IGNACIO CID HERMOSO
TEXTURAS
DEL MIEDO

El miedo tiene diferentes texturas. Forma siluetas de carne, viste piel de limo y se atraganta con tu pelo. No puedes combatirlo. Cerrar los ojos alimenta su avance, la oscuridad le sirve de carroña. Tus pesadillas le otorgan aún más espacio. Y lleva monstruos adheridos a su costado. Algunos están dentro de ti, entre tus costillas y tu corazón. Otros viven fuera, subidos a los árboles del bosque. Pero no son ajenos. Saben que piensas en ellos, que te angustian, que no quieres creer que, en cualquier momento, se mostrarán como lo que son, y entonces ya no habrá escapatoria… Yo los temo más que a nada. Me susurran al oído cada noche. Me incitan a palpar aquello que no debo. En esta antología hay monstruos. Son los míos, pero intuyo que no se diferencian demasiado de aquellos que aguardan escondidos bajo tu cama. De ti depende alargar la mano a ciegas. Ahora es el momento… ¿Has tocado alguna vez el miedo?

Ignacio Cid Hermoso

Texturas del miedo

ePub r1.0
Titivillus 07-06-2023

Ignacio Cid Hermoso, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Natalicismos

El primer bebé desapareció de una casita baja a las afueras de la ciudad de Moscú a las veintiuna cero tres de la noche.

A esa hora, un estruendo de madera avisó de la irrupción de un algo indescifrable que caía envuelto en hollín a través de la chimenea de la casa. Sin más tiempo que para batirse en un extraño forcejeo en mitad de una ensalada de atizadores, cojines y plumas, la familia Romanovich poco pudo hacer sino quedarse allí, arrastrándose y chillando de impotencia sobre el suelo cubierto de miedo, mientras el inesperado ladrón se llevaba a su bebé de tres semanas a través del angosto agujero de ladrillo por el que había entrado.

Un minuto después y más de tres mil kilómetros al este de aquella casa en llagas, la tarde era violada por un aleteo de funestas consecuencias: decenas de secuestradores caían en picado desde el cielo de Toulouse, rasando el Garona en busca de sus rosaditos trofeos. Una joven pareja lanzaba piedras contra su agresor desde el balcón, ambos confundidos y aterrados, mientras observaban cómo este se llevaba a su niñita recién bañada, que se iba para siempre junto con su rastro de olor a papilla y pompas de jabón.

En el pueblo de Missoula, Montana, un abuelo de setenta y tres años armaba su rifle de dos disparos mientras el ladrón le escamoteaba el tierno abrazo de su nieto de dos meses. La nada despreciable tara de unas grotescas cataratas inundándole los ojos —y un pulso a caballo entre un principio de párkinson y la artritis galopante de unos nudillos como nueces— no le permitieron más que arrancarle un par de gritos al aire de la mañana, mientras el alado delincuente se alejaba, ufano, sin el menor rasguño en su cuerpo.

Fue a eso de las cuatro de la madrugada, en un pueblito parásito de la sombra eterna que arrojaba el monte Fuji, cuando una niña de

nueve años y medio se despertó en su futón de un terrible susto al escuchar un estallido de cristales que pareció tragarse a la noche. De la ventana de la habitación que compartía con sus padres y su hermanito de cinco semanas surgió un demonio de alas blancas que se precipitó sobre ella. A pesar de sus gritos, los padres solo tomaron conciencia de lo que ocurría cuando la rápida figura ya se alejaba por el bostezo de la ventana mellada, perdiéndose en la oscuridad entre los llantos de la niña y las legañas del sueño interrumpido.

«¡Cigüeñas!», llegó a gritar alguien, justo cuando el sol desaparecía del horizonte, tras el paisaje de hormigón triste que florecía en la primavera de Móstoles, al sur de Madrid.

«¡Santo Dios, son cigüeñas!», secundaban niñas, ancianos e indigentes tan solo unos minutos después, señalando hacia el cielo, mientras una bandada de cientos de aquellas aves desgarbadas se llevaban la más reciente hornada de bebés que había parido la ciudad, agarrándolos con sus picos anaranjados por el elástico de unos pañales que los sostenían en el aire, a más de cincuenta metros del suelo.

Apenas unas horas antes, el mundo se había ido a dormir sin miedo, con los frutos de su progenie guardando las cunas. A la mañana siguiente, millones de bebés forraban las calles de París.

El placer de comer

Hansel, con el pecho aún manchado de chocolate, se aferraba jadeante a los barrotes de su jaula. Sus manos, convertidas en rollizos apéndices cruzados por dedos rechonchos y sin forma definida, sujetaban con pesadez los hierros oxidados que le confinaban en aquel reducido infierno decorado con sus propios excrementos. El hecho de que su propia hermana le limpiara la mierda una vez a la semana no impedía que el olor se hubiera adueñado del cuartucho donde sufría aquel vil encarcelamiento.

Al siguiente anochecer se cumplirían siete semanas desde que aquella hacedora de aquelarres les hubiera encontrado royendo los contornos fabulosos y acaramelados de su cabaña suspendida en ese bosque de ánimas.

Todo empezó cuando, cierto día, los dos hermanos amanecieron sobre la alfombra de humus entretejido que conformaba el asiento vegetal de la floresta. Sin razón aparente, habían sido abandonados en mitad de la noche, apenas ataviados con unos harapos y sendas cuerdas de esparto ciñendo sus cinturas, las cuales fueron estrechándose más a cada jornada hasta avisar de su inminente extinción. Así pasaron los días, confusos, hambrientos, aterrados, atravesando las profundidades extrañas y colmadas de alimañas del horrible boscaje, recorriéndolo en círculos interminables, sin ser capaces de abandonarlo nunca, muriendo lentamente de inanición, delirando a causa de la fiebre, conscientes de que su fin se encontraba enredado entre matorrales y gimnospermas. No entendían cómo habían podido llegar a esa situación, y quizás su inocencia o su corta edad les impedía admitir que su madrastra les había utilizado como pasto para las bestias, alienando a su padre hasta el punto de convencer a aquel bruto de que el abandono de los pequeños a su suerte era la mejor opción para todos. Si Hansel y Gretel hubieran podido intuir la naturaleza malvada de su suerte y,

al mismo tiempo, hubiesen sabido verbalizar alguna maldición, quizás aquel eterno vagar por el bosque en busca de refugio y comida se les hubiera antojado más rápido al hervirles el odio en la sangre. Pero como su candor era infinito y solo conocían el lenguaje del miedo y del dolor, continuaron caminando con aquellas alpargatas descosidas a través de la negrura de su trágico destino, que tenía la forma de una arboleda interminable.

Presos de un cuento macabro, llegó el infame día en que se encontraron con un claro en el bosque. En él se alzaba apetecible la maravillosa estructura de una casita de chocolate, que descansaba dulce sobre unos pilotes de bombón, atravesada por cerchas de avellana y nuez moscada, de tejado crujiente y recubierto de praliné. Esclavos del hambre y los delirios de la locura, se arrojaron a los brazos de aquel azúcar divino, que los acogió en su seno con la suavidad de la vainilla. Comieron con la avidez de dos moribundos, ajenos a la improbabilidad de los tableros de mantequilla y las contraventanas de bizcocho, devorando la trufa de los pilares que sostenían el porche y el chocolate espeso que se afiligranaba entre los escalones de la entrada. Fue unos minutos después, mientras reposaban la vianda tendidos sobre el camino de entrada al caserón, cuando la vieja abrió la puerta y los descubrió allí tumbados. El resto ya lo conocen…

—Dale más de esa paletilla de cordero, que no se quede con hambre —decía la bruja con su voz de alfiler.

Aquel ser de nariz retorcida y verrugosa, con pestañas trenzadas en torno a unos ojos amarillentos y nicotínicos, clavaba sus palabras en vaharadas de aliento descompuesto, ordenando a la niña Gretel que alimentara sobremedida a su hermano mayor. Cuando ella, con lágrimas en los ojos, se negaba a hacerlo, la bruja la golpeaba con su vara de madera de olmo, o en ocasiones formulaba un cambalache con sus dedos artríticos y de uñas roñosas para causar los más terribles dolores en la carne de su esclava infantil. Ante ese avasallamiento, Gretel no podía hacer más que obedecer y seguir ofreciéndole tierno cordero, seboso cerdo y patata asada a su hermano Hansel, quien, hechizado por la bruja, sentía la urgencia del alimento en su estómago y no podía dejar de comer.

—Come, pequeño cerdito, come… así estarás más jugoso y tierno para mí… —declamaba la sucia y torva bruja.

Gretel observaba cómo el sebo de la carne ligeramente asada resbalaba por la blanda papada que se había alojado bajo la barbilla de su hermano, quien devoraba músculos, depósitos de grasa, arterias y tendones con ambas manos, embadurnándose en la propia esencia del animal que deglutía. La niña sintió una arcada, pero, al cabo, la violencia de la madera de la bruja le quitó las ganas de vomitar su escaso rancho del mediodía.

—No vayas a vomitar, niña estúpida, si no quieres que te retuerza los intestinos con algún truco —escupía aquella inefable arpía, nacida del útero del mismísimo diablo.

Gretel era muy pequeña aún, pero ya era capaz de intuir su responsabilidad sobre el estado y el futuro de su hermano, quien hacía días que había perdido la capacidad del habla, pues ya solo conseguía emitir una suerte de respiración aflautada, como de fuelle averiado, que a duras penas le servía para mantener ventilados sus pulmones y así continuar inflándose de comida. Gretel albergaba una sensación rayana en la culpa, pero su fragilidad de niña le hacía temer aún más el dolor físico infligido por la bruja que el dolor moral, de cuya habilidad para crearlo ya había sido testigo en varias ocasiones. Así que continuaba alimentando a Hansel, observando cómo este degeneraba a cada día en su mórbida obesidad, convirtiéndose en poco más que en un redondo de carne con algunos huesos desperdigados en su interior.

Cuando la bruja hubo quedado satisfecha, deleitándose al escuchar los eructos colmados de Hansel, ordenó a la niña que se detuviera. Después se retiró a sus aposentos, arrastrando tras de sí su capa negra tejida por la cloaca de mil viudas negras. Con ella, también se alejó su risa, tan fétida como su aliento y tan afilada como su voz de cristal.

Hansel y Gretel volvieron a quedarse solos una vez más, aunque únicamente Gretel permanecía despierta, pues el niño se había desmayado ante el colosal esfuerzo digestor de sus entrañas. Como cada noche, la puerta del sótano quedaba cerrada con llave y un madero atravesado. Era imposible escapar de allí, y aunque Gretel lo había intentado durante los primeros días, ya apenas le quedaban fuerzas para aporrear la puerta.

Perdidos en la oscuridad, apenas intuyendo los pocos y polvorientos objetos que se hacinaban en torno a ellos, Gretel tomó la mano inanimada de su hermano e intentó secar con ella sus lágrimas, pidiéndole perdón con voz trémula.

El día que todo había de acabar, Gretel fue instada con vehemencia a sacar a su hermano de la cochambrosa jaula y untarlo con una grasa especial que la bruja le tendía. La niña Gretel, entre gritos y sollozos, abrió la portezuela de la ínfima prisión y Hansel cayó rodando con pesadez hasta quedar boca arriba. El chiquillo tenía los ojos abiertos y en ellos se reflejaba un terror visceral, como de muñeco de trapo que poco más podría hacer que patalear por mantener su integridad física. A Gretel se le cayó el alma a los pies cuando, de la lata de sebo que la bruja le tendía, hubo de comenzar a extraer el viscoso aceite para embadurnar la piel replegada y fofa de su hermano, otrora ágil y risueño jovenzuelo. Las lágrimas que le caían por las mejillas se mezclaban con la grasa, redundando en el brillo del cuerpo rechoncho de Hansel. Sus ojos horrorizados se le clavaban como dos estacas. Intentaba hablar, pero su garganta no era más que un depósito de carnes que le constreñía las cuerdas vocales, por lo que su único lamento era una especie de gemido becerril que inundaba de miserias los oídos de su hermana.

—N-no puedo… no puedo hacerlo —dijo Gretel finalmente, agachando la cabeza.

La bruja, que avivaba con leña el fuego de la enorme caldera situada en el ángulo más oscuro del sótano, cerró la portezuela y se quitó la manopla de cocina con la que trajinaba.

—¡No puedes decirlo en serio, niña boba!, —graznó—. ¡Tú harás lo que se te ordene, o los dedos de mil demonios hurgarán en tus tripas hasta que se te salgan por la boca!

—¡No, por favor! ¡No me haga daño! ¡No puedo hacerlo! ¡No puedo cocinar a mi hermano!

Esto último lo dijo poniéndose de rodillas, dejando caer la lata de sebo y besándole las pezuñas a la hechicera. El estrépito metálico enlazó con el acerado chillido que emitió aquella nigromante encolerizada. Sacudió su pierna velluda y delgada, pateando la boca de Gretel, que cayó como un pelele al cochino suelo, sangrando.

—¡Harás lo que se te ordene, raposa!, —chilló.

—¡Pero no puedo! ¡Es mi hermano! ¡No puedo meterlo en el horno!

La bruja, encorvada y con los pechos rozándole las rodillas como los cadáveres de dos animales muertos, ululó al aire viciado y corrompido de la estancia. Después, retorció sus muñecas y traqueteó con los dedos, arrojándose sobre la niña sollozante. Rasgó su camiseta con unas uñas afiladas, dejando al descubierto el vientre blanco que allanaba el terreno a unos pechos pequeñitos y respingones. La bruja enterró su rostro en la tripa de Gretel, que gritó aterrada ante aquel arrebato de la dama negra. Cuando la bruja se apartó, tenía los labios hinchados y del color de un atardecer. Gretel se agarró las tripas y retrocedió hasta la jaula donde pataleaba y gimoteaba su hermano. Se arrastró desnuda por el suelo sin dejar de mirar a la hechicera. Cuando topó con los fríos y oxidados barrotes de la jaula, un reguero de sangre comenzó a fluir espeso desde su entrepierna. El dolor no se hizo esperar y Gretel aulló con fuerza, sacándole una sonrisa a la terrible arpía. Se llevó los dedos hacia su sexo y sintió cómo la sangre se filtraba entre ellos. Estaba profundamente asustada, solo Dios sabía qué perrerías le habría provocado aquella maldita hechicera en las entrañas.

—La próxima vez te haré sangrar por la boca y morirás —dijo la bruja como si contestara a la mirada enloquecida de la niña—. Es sencillo… o me entregas a tu hermano, o mueres tú también.

—¿Por qué he de hacerlo yo? ¿¡Por qué!?, —chilló Gretel, intentando taponar su hemorragia vaginal con las manos pegajosas.

—Porque el fratricidio aviva la carne, evita que esta se vuelva correosa —le sorprendió la bruja, respondiendo en absurdos términos gastronómicos.

Sea como fuere, Gretel comprendió al instante que solo contemplaba una opción, pues si obedecía, aún tendría una oportunidad de sobrevivir. No se paró a pensar si merecería la pena vivir en esas circunstancias, o si el tormento del acto que se disponía a cometer le impediría volver a sonreír en el tiempo que le quedara sobre la tierra. Quizá su debilidad de corazón le viniera de sangre y fuera un ser tan pusilánime como lo era su propio padre, quien vilmente les había abandonado a su suerte en aquel tétrico

bosque. Amparada por ese sucio pensamiento, simplemente se levantó y se dispuso a recoger la lata de grasa del suelo.

—No —le conminó la bruja—, no utilices la grasa… utiliza… — Se llevó las manos a su añejo y yermo sexo, arqueando levemente las piernas—, utiliza mejor tu sangre…

Gretel la miró aturdida, incapaz de entender aquella locura. Observó cómo una baba verduzca resbalaba por las comisuras peludas de la bruja. Se limitó a obedecer sin dejar de llorar.

Deslizó su mano teñida de rojo por la frente y el rostro de Hansel, quien comenzó a resoplar y a ponerse de un color rojo muy intenso. Sus ojos le bailaban en las cuencas, el pavor de su ánimo se filtraba a través de sus pupilas: *¿por qué me haces esto, hermanita, por qué obedeces a la bruja?* Parecían decir… pero Gretel se limitó a bajar el rostro y apartar su mirada de los ojos de Hansel.

Después de todo, no le quedó otra opción que la de cocinar a su propio hermano.

Dos horas de horno más tarde, el asado estaba al punto. Doradito y crujiente, listo para servir. La bruja malvada lucía un fabuloso babero a la mesa, su lengua lasciva rebordeaba los labios, ansiosa por degustar la pieza que tan bien había cuidado y alimentado durante tanto tiempo. Enfrente de ella esperaba Gretel, taciturna y con la cabeza gacha. Tenía los ojos irritados, pero ya no lloraba. Armada con un cuchillo largo y un tenedor de dos puntas, la bruja se levantó sobre la fuente y pinchó el vientre hinchado del niño. Atravesó la piel corrugada como pan de oro y penetró en la carne humeante y sonrosada. Gretel se llevó una mano a la boca. El cuchillo se deslizó con agilidad, recortando un buen filete de la zona del costado, que la vieja sirvió con ceremoniosa cordialidad a su invitada. Después hizo lo propio con su parte, eligiendo la jugosa zona del muslo. Desde la fuente, Hansel les miraba con ojos vidriosos y los brazos atados a la espalda. Su cabeza calva aún crepitaba por el calor que emanaba desde las entrañas. La bruja se llevó un buen pedazo al gaznate y lo masticó con la boca abierta, chascando sus dientes y revolviendo nauseabundamente la carne entre sus muelas.

—Come, pequeña… sabe a cerdito —le animó, sonriente y con

pedazos de su hermano entre los colmillos.

Gretel armó su cuchillo y penetró la carne asada que otrora conformara el fraternal regazo sobre el que tantas noches pasara en vela allá en el bosque. Después de tanto sufrimiento —pensó— aquel era el trágico final de su hermano: acabar saliendo con un mondadientes de entre las muelas de esa anciana y diabólica bruja. Acabar siendo engullido por su propia hermana…

Gretel pinchó un pedacito de Hansel con el tenedor y se lo llevó a la boca.

Sabía a hermano mayor.

De inmediato, Gretel vomitó hasta su primera papilla sobre el asado.

El regusto agrio de su propio vómito la despertó. Desorientada, miró en derredor y vislumbró la casona entre la bruma de la madrugada. Intentó abrazarse para proteger su liviano cuerpecito del frío, pero ni fuerzas albergaba para mover los brazos. Otro pinchazo le obligó a vaciar su vientre por la garganta. En el vómito había sangre, madera, barro y algún que otro clavo. Gretel no entendía nada. Comprobó que también tenía sangre en su vestido, manchándole desde la entrepierna hasta el faldón. A su derecha descansaba Hansel, horriblemente delgado y con la boca ensangrentada y sucia de alguna sustancia negra y espesa. Gretel se arrastró hacia él y lo besó por toda la cara. Sin embargo, comprobó que este no se movía. Ya no respiraba. Confundida, se abrazó a su hermano y comenzó a llorar muy débilmente. Después, otro pinchazo provocó que se doblegara ante el dolor lacerante que manaba de su vientre. Gretel no entendía cómo el sabor dulzón del chocolate había desaparecido de su boca. Alguien encendió entonces las luces de la casita y del porche salió una mujer envuelta en una bata tan negra como la noche.

La bruja, pensó Gretel.

Pero aquella mujer, que en ese momento se agachaba acongojada sobre los dos niños moribundos que yacían entre vómitos a los pies de su porche, poco o nada tenía de parecido con la bruja de sus sueños.

—¡Por Dios Santo! ¿Qué os ha pasado, criaturitas de Dios? ¿Qué

os habéis comido?

La bruma se arremolinaba en torno a los tobillos y la bata de aquella mujer de cabellos de oro, presta a ayudarles aunque fuera ya demasiado tarde…

—¡Dios Santo! ¿Qué tienes en la boca, niña de mi vida?, —preguntó la asustada mujer, sacando un trozo de madera embarrada de la boca de Gretel—. ¿Esto es… es un pedazo de mi porche? ¡Escúpelo, escúpelo ya!

Pero Gretel, que nunca conocería el significado médico del delirio por inanición, que jamás llegaría a saber que aquella sangre formaba parte de su primer y último flujo menstrual… y que aún ardía en deseos por llevarse al otro mundo un retazo del placer papilar de este plano de realidad, se relamió los labios ensangrentados, atravesados de astillas, y dijo:

—Es chocolate… chocolate de la casita de caramelo…

Después, ya no dijo nada más.

El quimérico autoestopista

Su visión quedaba ahogada por la asfáltica presencia de una lengua a rayas blancas discontinuas que se precipitaban bajo las ruedas del coche. Los faros delanteros iluminaban una franja abrumada por una suerte de límpida neblina embarazada de lluvia que bajaba desde un cielo electrificado. Un cielo electrificado para una noche de cualidades mágicas. Las gotas de rocío danzaban sobre las luces macilentas, limitando la percepción de ese hombre cansado que conducía a altas horas de la madrugada en un estado de semiinconsciencia inalterable. Harto de un trabajo que no le correspondía, un trabajo infiel al que nunca había querido, pero que le robaba todo su tiempo y le chupaba las ganas de vivir. Conducía con la esperanza de que la oscuridad que invadía el exterior decidiera entrar en su coche y arrancarle de su asiento para llevárselo de allí.

Llevárselo para siempre.

Dentro hacía calor, y la sensación de confortabilidad que se filtraba por entre sus párpados le ayudaba a olvidar que aquel tortuoso sendero apenas iluminado por los faros del Ford no era ninguna lúcida alucinación, ni tampoco la visión de alguna antigua película en blanco y negro enredada al anverso de sus ojos. Quería avanzar entre la noche, seguir huyendo de un destino que llevaba atado a los faldones de su automóvil. El efecto de la soledad a bordo de aquel cálido habitáculo generaba en su mente una serie de pensamientos fugaces que se cruzaban en la carretera como liebres ciegas y aturdidas. Aquel hombre que avanzaba a través del bosque, oscuro y desierto, pensó que lo mejor sería aumentar la velocidad de su coche para poder atropellar a alguna de esas ideas. Ideas de divorcio, ideas de suicidio. Ideas de frustraciones ahorcadas en lo alto de los árboles que le miraban con impavidez desde el otro lado del cristal.

Fue en ese momento, mientras pisaba el acelerador a fondo, cuando algo voluminoso impactó contra su coche. Al principio, la máquina zozobró de un lado a otro del camino forestal, dando bandazos y bizqueando los faros hasta que pudo clavar las ruedas sobre el asfalto húmedo y sucio de vegetación. El conductor nocturno permaneció un instante sentado frente al volante de su coche, perplejo, asustado, intentando despejar los retazos de aquel estado febril en el que se encontraba. Un estado de letargo que se esfumó por completo cuando abrió la portezuela del vehículo y el frío de la noche le abofeteó en el rostro sin compasión. La aleta derecha del Ford Escort aparecía doblada en un breve acordeón que remitía directamente a aquella época lejana en la que los coches aún se fabricaban de metal. Las arrugas presentaban desconchones de pintura azul y un rastro irregular de algo que, fuera del haz de luz, parecía negruzco y alarmante. El conductor miró en derredor, sobresaltado, con el aliento escapando en volutas de condensación que al instante desaparecían en la quietud de la noche. No había nada cerca de él, ni tampoco más allá, entre la maleza. En aquel instante se percató de que estaba completamente solo. Las nubes se habían tragado a la luna y en la carretera no había un alma. A lo lejos crepitaba el bosque, respirando acompasadamente mientras sus moradores dormitaban en sabía Dios qué oscuros e inhóspitos agujeros horadados en sus entrañas. Sintió un leve escalofrío que se deslizó como una tela de araña sobre su piel, erizando el vello que cubría unos brazos en encarnizada lucha contra la congelación. Caminó hacia donde había tenido lugar el impacto.

—Habrá sido un zorro. O algo más grande… un jabalí, tal vez…

Sin embargo, sobre el asfalto no aparecía ni rastro de sangre. Unos metros más hacia delante de su posición no se veía absolutamente nada. Aquel hombre asustado, con amplias ojeras colgándole de los pómulos y barba de tres días, volvió sobre sus pasos y sacó una linterna de la guantera de su Ford. Se giró e iluminó un abanico de carretera sucia y escarchada sobre la que se inclinaban decenas de siniestros árboles y tímidos arbustos. En un punto a su izquierda notó que algo se movía entre la vegetación. El corazón le golpeó el pecho con violencia y escupió un nudo de sangre que se le quedó atragantado bajo el mentón. Temblando, se

acercó con paso vacilante hasta aquel lugar. Avanzaba por el impulso de su propia adrenalina, haciendo ondear el haz de luz blanca en un arco frenético y mareante. Cuando llegó, guiñó los ojos para intentar vislumbrar algo entre todo aquel montón de sombras primitivas y escurridizas. Nada se movía, nada se quejaba. Tan solo podía sentir las finas gotas de lluvia que reflejaban la luz de su linterna en una cortina de vapor…

De repente, un agudo dolor le recorrió la pierna derecha. Dobló la rodilla y cayó al suelo, manchándose con el barro que inundaba la cuneta. Aturdido, se llevó la mano al costado y la miró sin dar crédito a lo que veía. Estaba empapada en sangre. Se incorporó y lanzó un grito de dolor al cielo de aquel triste invierno. Cojeando, intentó llegar hasta su coche, pero cuando miró hacia el lugar donde se suponía que estaba, allí ya no había nada. Arrugó el ceño y se quedó parado, petrificado, intentando pensar. Intentando recordar. Otro latigazo de dolor laceró su pierna y su costado. Volvió a bajar la mano hacia esa zona y comprobó que una tétrica protuberancia hinchaba su piel por debajo de la cadera. Sus fuerzas volvieron a flaquear y estuvo cerca de caer de nuevo sobre el asfalto. Tenía los ojos desorbitados, el rostro blanco y cadavérico, las manos entumecidas. En ese momento, dejó caer la linterna, que trazó un amplio semicírculo hasta quedar apuntando al centro de la carretera.

Y entonces apareció, a tan solo unos metros de él, deslumbrando con sus faros amarillos, el morro de un Ford Escort de color azul oscuro. Levantó los brazos para intentar detenerlo en un ademán instintivo, pero la bestia metálica se abalanzó a gran velocidad sobre el quimérico autoestopista.

Antes de ser embestido con violencia, pudo ver el rostro del hombre que lo conducía. Era el rostro de un tipo extraño al que conocía demasiado bien, con barba de tres días y la mirada perdida. Un hombre que intentaba atropellar sus ideas.

Ideas de divorcio. Ideas de suicidio.

La clase de las tres

Todo empezó en el momento en que aquel chico tímido que solía sentarse en la última fila de la clase empezó a toser con fuerza, distrayendo al resto de alumnos y finalmente al propio profesor.

Hasta entonces, la clase estaba siendo todo lo tediosa que cabía esperar de una introducción teórica a los criterios de plastificación de sólidos, y más aún a una hora tan improductiva como eran las tres de la tarde, justo después de haber comido, mientras el estómago se retorcía en ácida respuesta a la ingesta y lanzaba señales químicas al cerebro para que este desconectara y se entregara definitivamente a los brazos de Morfeo. No obstante, el profesor —un tipo de aspecto perruno con un gran bigote canoso remando a ambos lados de una cara fofa que se perdía en pliegues inútiles, no demasiado alto pero tampoco bajo, y con la extraña capacidad de poder extraviar un ojo mientras hablaba, haciéndolo sobresalir un pelín de la cuenca orbital— continuaba con su discurso, presentando ejemplos incomprensibles, haciendo hincapié en los aspectos más teóricos de una clase interminable, bombardeando indiscriminadamente a la multitud con palabras planas que no significaban nada en absoluto entre las brumas del sueño que se colaba a través de nuestros párpados. Yo miraba a un lado y a otro para intentar recuperar la lucidez, pero el panorama era igual de desolador en los rostros de mis compañeros. A mi derecha, Miguel dibujaba con ímpetu una especie de viga con piernas, brazos y ojos de cuya boca brotaba una burbuja en la que había algo escrito que no lograba entender bien; a mi izquierda, María mantenía la cabeza gacha mientras escribía un mensaje en su móvil, ocultándolo bajo la cajonera. No podía parar el avance del sueño, era evidente que mi rendición se encontraba próxima, veía los contornos aburridos de aquel gris profesor a través de la jungla de mis pestañas, dulce y lentamente me aletargaba…

Pero entonces, el primer ataque de tos tuvo lugar detrás de nosotros. El profesor no dejó de hablar, como era lógico, a pesar de que aquel chico —que llevaba una camiseta amarilla con las mangas rojas, el pelo cortado a cepillo y unas gafas de montura fina demasiado anticuadas, probablemente de la misma época en que le detectaran sus primeras y felices dioptrías como miope— tuviera que agacharse en su asiento para contener la violencia del ataque, incorporándose después con la cabeza del mismo color que las mangas de su camiseta. María no apartó la vista de su móvil, Miguel giró el cuello y poco después retomó su tarea como artista ingenieril, mientras que otros tantos hicieron más o menos lo mismo que yo: mirar descaradamente, con una pizca de preocupación y otro tanto de curiosidad, para intentar combatir al monstruo del sueño. Esa primera vez, el acceso de tos quedó en nada y yo regresé a mi posición como mero espectador del paso de las musarañas que se quedaban enganchadas a cada frase magistral pronunciada por aquel profesor. Cinco minutos después, el sueño acabó por derrotarme y perdí la noción del tiempo, el control de mi cuello y la estabilidad balanceante de mi cabeza.

Cuando desperté, sobresaltado por el murmullo de la clase a mi alrededor, no sabía muy bien qué era lo que estaba ocurriendo. Giré la cabeza hacia María, que ya había dejado de escribir en su móvil y en ese momento miraba hacia atrás con una expresión en su cara mezcla de asco y de sorpresa. Me fui fijando en cada rostro, en cada mirada incrédula, en cada gesto torcido, y a los pocos segundos me percaté de que toda la clase estaba paralizada, escuchando aquella suerte de estertor gutural, a medio camino entre el vómito y la tos violenta, que procedía de nuevo de la garganta de aquel chico extraño que nunca hablaba con nadie. El asombro generalizado, sin embargo, era a consecuencia de los grumos de sangre envueltos en flemas que el chico esputaba a cada golpe de tos. Se convulsionaba como si alguien le estuviera zarandeando, con el cuello hinchado y la boca abierta, los ojos pendiendo del filo de la cara, envueltos por una fina maraña capilar que palpitaba a cada sacudida. Escuché decir algo absurdo al profesor desde la pizarra, algo como que se fuera al baño para que pudieran continuar con la clase, pero nadie pareció reparar en sus inútiles palabras. Menos aún cuando a aquel chico de gafas —del que nadie que yo conociera sabía su nombre—

estiró la cabeza hacia el techo de la clase y su cuello se rasgó como una tela vieja, erupcionando en un festival de sangre y vísceras cartilaginosas. De entre los labios curvados que formaban la herida que se abría entre su barbilla y su pecho, surgieron unas garras de reptil que se asieron a los bordes de la misma para dar a luz al engendro que venía detrás. A partir de aquel momento, todo ocurrió en apenas unos minutos. Algunos de mis compañeros comenzaron a gritar y a levantarse de sus asientos; otros como yo nos quedamos atenazados por el pánico, en silencio, observando cómo de aquella brecha de proporciones bíblicas nacía la grotesca cabeza de algún monstruo *lovecraftiano*, rasgando la camiseta amarilla del chico y asomando por primera vez sus ojillos verdes al mundo, un mundo que para esa criatura se reducía a aquella aula de universidad. Las garras abrieron la herida hasta la tripa, de la que, además de un cuerpo zancudo como macho cabrío —de cabeza desproporcionada y cubierto de un pelaje apelmazado por el líquido amniótico de su extraña gestación— comenzaron a brotar los fluidos víscero-intestinales del propio muchacho, ya sin vida. La criatura que apareció ante nuestros ojos consistía en un abominable mestizaje entre un lagarto prehistórico y una cabra, de aberrante silueta antropomorfa, larga y fina cola de color verde, abultado cráneo surcado por crestas, pelaje húmedo y hediondo, innumerables hileras de dientes atravesados como agujas en unas encías carnosas y rosadas. No obstante, durante los primeros segundos, aquel ser mostró la inestabilidad de un recién nacido. Tanto fue así que, al entrar en contacto sus patas con la madera de la mesa y el metal de las sillas sobre las que acababa de ser parido, las pezuñas resbalaron y dieron con el cuerpo de la criatura en el suelo. Todos en la clase nos quedamos quietos, en silencio, congelados, mientras perdíamos de vista al monstruo. Unos sentados, inmóviles; otros de pie, agarrados a los respaldos de sus sillas. Todos esperando, en tensión. Solo transcurrieron unos segundos hasta que el monstruo levantó su cabeza por entre las mesas del fondo y lanzó un sobrecogedor chillido ululante que no dejó duda alguna sobre sus intenciones. En ese momento, todos empezaron a correr en un intento por alcanzar la única puerta de la clase, que se encontraba a la derecha del confundido e impávido profesor. Aquella cabra carnívora subió de un salto a una mesa y fue avanzando a trompicones hasta alcanzar

el ecuador del aula, donde varios compañeros habían tropezado en su precipitado intento de huida. El monstruo no pudo frenar a tiempo y chocó contra dos de aquellos chicos que estaban tratando de levantarse del suelo. Uno recibió un brutal topetazo de la crestuda cabeza del lagarto, que lo dejó tendido en el suelo, probablemente muerto. El otro consiguió levantarse, aprovechando que la bestia se encontraba aturdida entre las mesas, pero en el instante en que pasaba a su lado, el monstruo sacudió la cabeza y le propinó una salvaje dentellada en el brazo que le arrancó buena parte del bíceps, haciéndolo colgar por fuera de la manga corta de su camiseta. Aun así, el aturdido muchacho pudo escapar balanceando su medio brazo, mientras el zancudo animal de pesadilla se incorporaba a duras penas detrás de él. Fue entonces cuando me percaté de que era la única persona en el aula que se había quedado inmóvil después de todo. Por desgracia, el abominable lagarto-cabra también se fijó en aquel detalle casi en el mismo instante en que me fijaba yo. Creo que jamás podré despegar del anverso oscuro de mis sueños la imagen de aquel monstruo relamiéndose la sangre y los pedazos de tejido muscular que le colgaban de sus labios de dinosaurio. Jamás olvidaré la textura del aire flotando alrededor de sus fosas nasales, el modo en que fijó sus ojos reptilianos sobre los míos, y cómo después comenzó a saltar por entre las sillas, casi a cámara lenta, hasta alcanzar mi posición. El terror en esencia descargó toda su adrenalina sobre mis venas y, guiado por el más bajo instinto de supervivencia, me quité la camiseta roja que llevaba puesta aquella tarde y la arrojé hacia un extremo del aula mientras echaba a correr hacia el lado opuesto. La criatura cambió bruscamente de dirección, a la caza del estímulo textil, y resbaló una vez más sobre la pulida superficie de una de las sillas de metal, derribándola junto con otros dos estudiantes que se habían ocultado allí para evitar cruzarse en su camino, esperando y deseando que el monstruo continuara su trayectoria y me devorara a mí. Aquellas dos personas —una chica rolliza con gafas de pasta y la cara granujienta, y un chico delgaducho con pantalones cortos, que probablemente fuera su novio— sufrieron una horrible muerte que con toda seguridad ninguno de los dos esperaba para aquella calurosa tarde de mayo, y ni mucho menos imaginaban de aquella manera. La violencia con que el monstruo se comió la cara de

aquella muchacha, salpicando de sangre el rostro de su aturdido compañero, solo podría ser equiparable a la voracidad con la que devoró después los intestinos del propio chico. Yo no pude dejar de mirar durante unos segundos, hechizado por la plasticidad de los movimientos de la criatura, tan libres y originales, sin las ataduras técnicas de la ciencia, rasgando la carne en bruscos arrebatos de hambre animal. Al final, alguien tiró de mi brazo y di media vuelta, echando a correr de nuevo hacia la puerta, por donde ya desfilaban todos mis compañeros, apelotonándose, empujándose y cayendo al suelo. Cuando estaba a punto de llegar hasta ella, resbalé con un charquito de sangre. Caí al suelo y dos o tres personas pasaron por encima de mí, pateándome las costillas y el estómago. Comprobé que en el suelo, a mi lado, estaba el chico al que el monstruo le había comido medio brazo, sujetándose el inerte pedazo de carne sanguinolenta con la otra mano, los ojos abiertos pero sin ver nada, el rostro blanco como si se le estuviera escapando el alma por la boca. Me incorporé e intenté levantarlo. Volví a mirar hacia el lugar donde la criatura se estaba comiendo a aquellos dos pobres chicos (*mejor ellos que yo, mejor ellos que yo*) y comprobé atónito cómo en aquel momento el perruno profesor de bigotazos elípticos se encaraba con la criatura cartabón en mano, arrojándole tizas de colores con la otra. Le gritaba, muy solemne y orgulloso, que era intolerable su comportamiento de aquella tarde, que regresara a su cálida cuna de vísceras y le dejara continuar con su clase porque la aplicación práctica de aquellas teorías entraría de cualquier modo en el examen final. La criatura chillaba con el cuello estirado hacia el maestro, pisando con un zanco el guiñapo de cadáver mutilado en que se había convertido la chica de generosas carnes, sacando su lengua ondulante ante las amenazas del atrevido hombrecillo bizco que tanto le había estado aburriendo minutos antes. Por fin conseguí levantar al pobre muchacho, pero en cuanto este apoyó sus pies en el suelo, se desvaneció por completo y vomitó toda la comida sobre su pecho en un penoso estado de inconsciencia. Como quiera que entonces el lagarto se abalanzara sobre el profesor y yo apenas podía sostenerme a mí mismo, decidí dejar al chaval a su suerte y salvar mi culo de una vez por todas, atravesando la puerta y tropezando al otro lado con varios alumnos que habían corrido mi misma suerte. Reconocí a Miguel entre ellos. Por fin, alguien cerró

la puerta justo detrás de nosotros, dejando caer un pesado eco desde el techo del edificio.

Y entonces, yo también vomité. Justo encima de mi amigo Miguel.

Desperté con brusquedad, levantando la cabeza de golpe, arrastrando por accidente un folio que se había quedado pegado a la comisura de mi boca debido al grosero efecto de una baba traicionera. Alguien se rio desde algún lado. Yo me despegué de la cara el folio a medio escribir y enfoqué mis ojos hacia la penetrante mirada del profesor.

—¿No le parece interesante el criterio de Tresca, joven?

—¿El… el criterio de Tresca…? Sí, sí que me parece interesante, yo solo… es que… la clase de las tres es dura, profesor, ya me entiende…

—Es dura para todos, joven, así que, si no puede aguantar la clase, haga el favor de salir del aula y tomarse un poleo-menta en la cafetería… pero no me vuelva a interrumpir con sus ronquidos o le tomaré el nombre.

—Claro, entendido, disculpe —me excusé con torpeza, retorciéndome en la silla, muerto de vergüenza. Miré a María, que se reía disimuladamente con las manos en la boca, y después a Miguel, que había optado por ocultar el rostro detrás de sus apuntes.

—Usted, el de al lado del *Bello Durmiente*, ¿tanta gracia le hace que le falten al respeto a usted y a todos sus compañeros?

—No, señor, claro que no —contestó Miguel, cortando su risita nerviosa en seco.

El nuevo profesor de la asignatura de «Mecánica de Sólidos» era un tipo extremadamente seco, alto y estirado. No era tan feo como el anterior, pero era igual de capullo y prepotente. Además, tampoco había logrado hacer de la clase de las tres un evento didáctico y cautivador, por lo que todo seguía siendo la misma mierda de siempre.

El maestro, que vestía traje y corbata, reanudó sus explicaciones en la pizarra y yo me aclaré la garganta e hice crujir mi cuello, dispuesto a soportar el resto de la lección sin volver a caer en la

inopia. Cogí mi bolígrafo y presté atención al dibujo del sólido-patata flotando en algún lugar entre los tres ejes que correspondían a las tres dimensiones de la realidad de tiza del encerado. No obstante, dos o tres minutos después de mi firme propuesta de enmienda, mi mente volvió a emprender el vuelo a través el aula. Esta vez, mis ojos se posaron sobre el comunicado del rector, que colgaba a la derecha de la pizarra desde el mes pasado. Volví a releer las primeras líneas de la arrugada hoja de papel:

… por lo que, a pesar de los esfuerzos del Rectorado, la admisión de alumnos sigue estando regida en base a una nota de corte que, una vez superada, proporciona el derecho de ser admitido en la Escuela Politécnica a cualquier alumno que cumpla con semejantes exigencias académicas, independientemente de que después pueda soportar o no la carga abrumadora que esto supone. Es casi imposible poder discernir quiénes seguirán adelante sin perder el…

Me aburrí, volví los ojos a la pizarra, y de nuevo al escrito, esta vez al último párrafo del mismo. Aquella era mi parte preferida:

… tantos años que esto no ocurría, que nos cogió a todos con la guardia baja y sin la seguridad pertinente. Por ende, insistimos una vez más: la Universidad, a todos los niveles de autoridad, departamentos y competencias docentes, se compromete a realizar controles rutinarios con el propósito de evitar la proliferación de alumnos inadaptados que generen este tipo de monstruos en sus entrañas. No obstante, desde el Rectorado volvemos a recomendar a todo aquel que no esté de acuerdo con las medidas adoptadas, o cuya sensibilidad le impida soportar la incertidumbre de su futuro con nosotros, que abandone la carrera sin ningún tipo de reparos y opte por una opción más sencilla y gratificante para su espíritu. De hecho, en otros campus de esta misma universidad disponemos de una oferta rica y variada que desde luego no entraña los mismos riesgos psíquico-biológicos que esta en la que ahora se encuentran, tales como Derecho, Filología Hispánica, Historia del Arte o Administración de Empresas, impartidas con absoluta seguridad y con el pleno convencimiento de que en estas titulaciones nunca podrán proliferar criaturas de tamaña fiereza…

Cuando dejé de leer, saltándome la despedida, la oración por las víctimas y la firma del rector, esbocé una sonrisa, sintiéndome entonces más despierto, aunque ajeno por completo al hilo de aquella clase magistral.

Meneé la cabeza y pensé: *Administración de Empresas… ¡Por el amor de Dios!… ¿A dónde vamos a ir a parar?*

Acto seguido, desde algún lugar por detrás de mi posición, alguien comenzó a toser con fuerza.

La mujer violeta

Subió con torpeza infantil las escaleras de roble, arrastrando tras de sí una escala musical de lamentos de madera que le siguieron a oscuras hasta el desván. Al llegar, no encendió la luz: no quería que la magia escapara volando escaleras abajo y le dejara solo en mitad de aquel lugar tan siniestro.

Abrió la puerta guiándose solo por el tacto, arrastrándola sobre sus goznes hasta que la escasa luz de luna que filtraba el cristal esmerilado de la claraboya iluminó el lugar donde descansaba su baúl de los juguetes. David era solo un chiquillo de siete años al que le gustaba jugar en compañía de las bolitas de polvo que inundaban el desván de la vieja casona de sus padres. Su madre le dijo en una ocasión que, antes que a ellos, había pertenecido a los padres de ella. Pero David solo había visto a sus abuelos en fotografías en blanco y negro, por lo que no sabía mucho de ellos, ni siquiera de qué color eran, así que nunca había podido hacerles uno de sus muñecos especiales. El caso es que aquella casona era aún más vieja que sus propios abuelos, y desde que David la conocía, siempre había estado triste, con aquellos dos ventanales en la parte frontal que parecían ojos cansados de tanto mirar, cubiertos por sendos párpados de vidrio con legañas de madera sin pintar. La boca, por supuesto, era la puerta principal, cruzada por dos columnas que hacían las veces de colmillos de mármol, flanqueada por unos dientes picados de escalera que bajaban a intervalos regulares, prolongando su burlona bienvenida en una lengua de tierra húmeda que servía como sendero de entrada. En ocasiones, David colocaba una maceta negra en un rincón de los escalones para que, al internarse unos metros en el bosque y mirar hacia atrás, la vieja y triste cara de la casona diera la sensación de tener un diente de menos. No obstante, David sabía que la casa había muerto hacía un par de años, cuando su padre se empeñó en colocar aquella claraboya en el centro de la fachada principal. Desde entonces, cuando David la miraba desde el bosque, parecía como si algún asesino de casas viejas le hubiera descerrajado un tiro en mitad de la frente, y la lengua de tierra —que antes se extendía burlona— se

retorcía en un último rictus de agonía antes de fenecer. Por eso, cuando David subía al desván para jugar con los muñecos de su baúl, lo primero que hacía era coger la manta que guarecía del polvo a la desvencijada gramola de sus padres y colgarla con un par de pinzas del arco superior de la claraboya para que no entrara aquella luz sanguinolenta y arruinara sus juegos vespertinos. Así, lo único que alumbraba sus dramatizaciones nocturnas era una vela medio derretida que descansaba de medio lado sobre un plato de porcelana.

Aquella noche, David disponía de poco más de media hora para jugar con los muñecos de trapo a los que él mismo había dado forma. Su madre le había enseñado a hacerlos cuando él apenas era un crío de cuatro o cinco años y ella todavía tenía tiempo para él. Cuando David todavía era el pequeño de la casa y sus padres hacían algo más que regañarle a cada momento. Era muy sencillo: con un par de trapos, relleno de esponja, dos botones pequeños, aguja e hilo, David era capaz de crear a cualquier miembro de su familia o de sus amistades. Solo necesitaba haberlo visto antes para saber cómo era de alto, cómo de gordo, cómo tenía el pelo y qué color de trapo era el que mejor le sentaba. Su color, por ejemplo, era el rojo. Su padre también era rojo, su hermanita azul y su madre violeta. Darles forma no era demasiado difícil, solo requería de algo de tiempo.

Darles vida y hacer que respiraran tampoco era mucho más complicado. Simplemente tenía que hacerse con algún objeto que definiese la personalidad de cada individuo.

A su edad, David no sabía definir con estas palabras lo que se traía entre manos, pero sí sabía que un trozo de miga de pan bastaba para dar vida a aquel muñeco verde con una mata de pelo de hilo negro en su cabeza: el muñeco del señor Antonio, que había cosido la noche anterior a la luz de aquella misma vela, hasta que la voz de su madre, procedente del primer piso, le indicó que ya era hora de irse a la cama. Para acabarlo, necesitaba hundirle en su barriga de esponja aquel pegote de miga de pan que había sobrado de la cena. Así, aquel muñeco dejaría de ser un muñeco nada más. David aplastó y retorció el trocito de masa panosa hasta que advirtió que

el juguete abría sus pulmones de relleno de trapo al aire viciado del desván. Sus ojos, dos botoncitos tan negros como su pelo, se curvaron y abrieron con timidez a la luz de aquella nueva forma de vida.

—Hola, señor Antonio, ¿qué hace usted por aquí?, —le recibió David, llevándose su mano libre a la boca para ahogar una tímida risita, que, dadas las circunstancias, resultaba poco halagüeña para ese recién nacido de mentira.

Acto seguido, David deslizó esa misma mano a través de los contornos del baúl, que bailaban al son de las sombras que proyectaba la luz amarillenta de la vela, extrayendo un instrumento esencial para la dramatización de aquella noche: las oxidadas tijeras de costura de su abuela. Las abrió ante sus ojos, que despedían aquel característico brillo febril de cuando jugaba a las venganzas. Eran grandes y robustas, de un acero resistente a todo menos a la humedad de aquel lugar, que las había convertido en un objeto de encías encostradas con reúma crónico, metálica enfermedad que las hacía chascar cada vez que alguien las utilizaba.

—Ya le dije que no fui yo quien rompió los cristales de la panadería, señor Antonio. Que no tenía por qué gritarme así. Me parece que usted también lo sabía, pero no quería escucharme porque era más fácil gritarle al niño enfermizo de la casona de la colina que a los gamberros del pueblo que juegan a la pelota cada tarde y que seguramente fueron los que le rompieron el escaparate. ¿Verdad que sí?

El muñeco miraba sin ver, cegado por la opacidad de los dos plastiquitos agujereados que constituían toda su videncia en aquel sorprendente estado vital. Giró su cabecita todo lo que le permitían sus costuras de hilo verde, retorciendo su hendidura bucal sin emitir sonido alguno, pues ni lengua ni cuerdas vocales tenía que se pudieran distinguir entre todo aquel batiburrillo de entrañas blanditas de algodón. David acercó las tijeras al muñeco del señor Antonio, el panadero de grito fácil al que su madre compraba el pan cada mañana. Las plantó ante su cara verde y las abrió con la dureza del óxido adherido a sus fauces. Los ojitos de botón quedaron planos al instante, fijos en su metálico verdugo. David enseñaba los dientes mientras sonreía, sintiéndose el director de aquella macabra obra de trebejos.

—Ahora no puede gritar, señor Antonio, ahora es usted el que ha roto el cristal y son mis tijeras las que le regañan —murmuró David mientras abrazaba el cuello de trapo del muñeco con las hojas de sus tijeras, formando un collar letal a su alrededor—. Aunque solo sea un niño, debería respetarme más, porque tengo poder sobre usted y sobre todos.

Las palabras quedaron adheridas con suavidad a la alfombra de motivos indios sobre la que David permanecía sentado en una postura imposible para sus padres. Palabras demasiado sonoras para un niño tan pequeño, pero que no resultarían tan extrañas para cualquiera que echara un buen vistazo a su biblioteca particular de novela policiaca y de terror. Era un niño especial. Un niño distinto. Deslizó las tijeras en un vaivén esquizofrénico alrededor del cuello del muñeco, que se limitó a formar una O con su boquita de trapo. Fue entonces cuando el polvo que le acompañaba en las alturas de la casa —lugar apenas frecuentado por utensilios de limpieza— se le metió en la nariz y le hizo estornudar. Cuando volvió a levantar la mirada, restregándose por la nariz el dorso de la mano que aún sujetaba las tijeras, comprobó que el muñeco del señor Antonio había perdido la cabeza y en su lugar sobresalía un poquito de relleno de esponja. Una ráfaga de aire procedente de algún agujero en el tejado hizo oscilar la llama azulada de la vela.

—¡Vaya!, —se limitó a decir, sorprendido, mientras observaba el muñecajo decapitado.

—¡David, mira qué hora es! ¿A qué esperas para irte a la cama?

Era su madre, que le llamaba una vez más con ese tono entre irritado y desafiante que había adoptado como propio desde que naciera Paula, su hermanita.

—¡Ya voy!, —contestó David al momento.

Entonces volvió a meter el muñeco y las tijeras dentro del baúl. Se levantó de la alfombra y encendió la luz eléctrica que pendía de una apolillada bombilla en el techo. Con la luz artificial se retiró la oscuridad más reticente y con ella toda la magia que le había acompañado hasta ese momento. Apagó la vela de un soplido y dio por finalizado el ritual. No obstante, se percató de un pequeño detalle antes de salir de allí. Volvió sobre sus pasos y recogió la cabeza del muñeco, que yacía olvidada en un rincón de la alfombra.

No supo si se trataba de un efecto de la nueva luz que lo

inundaba todo, pero justo antes de cerrar el baúl, le había parecido que algo rojo y brillante goteaba del muñón esponjoso de aquel pedazo de trapo.

Esa mañana, cuando su madre llegó a casa, parecía excesivamente agitada, enjaulada dentro de la cocina. Dejó a Paula sobre su trona y se dispuso a prepararle la papilla. David se encontraba desayunando sus cereales de dinosaurios y observaba la vehemencia en cada gesto de su madre, que ni siquiera se había acordado de darle los buenos días. En cierto momento pareció como si le fuera a decir algo, pero después meneó la cabeza y continuó su frenética danza a lo largo y ancho de la cocina. Finalmente, colocó el humeante plato de papilla en la mesa frente a la trona de Paula y dijo:

—David, cuando se enfríe la papilla se la vas dando a la niña, que tengo que hablar con Julia un momento.

Por supuesto, mientras Virginia, su mamá, le decía aquello, no le miró a los ojos ni un instante, como si fuera evidente que David tuviera la obligación de realizar semejante tarea porque esa conversación telefónica no pudiera esperar ni un instante. David sabía cuándo las cosas iban mal, y aquel no era el caso. Aquel, sin duda, era el típico caso en que su madre necesitaba hablar con alguien para comentarle uno de sus cotilleos. Si no lo hacía, podría darse la circunstancia de que reventara. Cuando echó un vistazo a la encimera y vio que solo estaban las llaves del Audi, comprendió de qué se trataba: a esas horas de la mañana, junto a las llaves del coche, solían descansar un par de barras de pan recién hechas dentro de una bolsa de papel.

David acabó sus cereales, depositó el cuenco en el fregadero y rodeó la mesa hasta el plato de papilla de su hermanita, que jugaba a explotar una pompa de moco que se le había formado en uno de sus diminutos orificios nasales.

Estaba tan guapa, allí sentada, sin conocimiento, sin culpa de nada de lo que la rodeaba. Parecía tan inocente…

David echó un vistazo a la papilla, sopló, y el humo volvió a remontar de inmediato su etérea figura. Aún debía esperar un poco más. Tenía tiempo para escuchar qué era aquello tan importante

que su mamá no podía callarse, pero que ni por asomo contaría a su impresionable y rarito hijo de siete años.

—… Me parece increíble, chica… es que no somos nadie. Un día está aquí, vendiéndote un par de *baguettes*, y al día siguiente le están cavando la tumba… sí… sí… pero es que eso es lo peor… sí… la forma de morir, así, tan violenta, ¡tan cruel!

David asomó un poco más la cabeza hacia el salón, donde su madre era incapaz de tomar asiento y tranquilizarse. Sostenía el auricular con una mano, mientras con la otra se sujetaba el mentón. Continuaba hablando, impaciente por llegar a la mejor parte:

—… Pues resulta que estaba decapitado, chica, no tenía cabeza —bajó el tono de la voz y miró en derredor, por lo que David se vio obligado a retroceder un paso hacia la cocina—… bueno, en realidad sí que la tenía, pero la encontró su vecino del bajo cuando fue a tirar la basura. Dicen que estaba allí tirada, entre dos contenedores, con los ojos abiertos y la lengua fuera… ya ves, chica… increíble… sí… sí… parece ser que estaba asomado a la ventana, echándole la bronca a algún chiquillo, como siempre solía hacer, ya sabes las malas pulgas que gastaba… sí… pues resulta que vivía en un piso de esos antiguos en los que para abrir la ventana tienes que empujarla con fuerza hacia arriba… sí, de esos… pues entonces la ventana debió de descolgarse mientras tenía la cabeza por fuera y… ¡Chica!, debió de actuar como una guillotina, porque según me han contado…

No necesitó escuchar nada más. David sabía el resto. Volvió a entrar en la cocina y descubrió que la papilla ya no echaba humo. Se sentó junto a Paula y le metió la primera cucharada en la boquita. En ese momento se sentía raro, como si su madre estuviera hablando de él sin que ella lo supiera. Como si algún famoso del que todo el mundo hablara anduviera por ahí cerca y nadie supiera que, en realidad, el famoso era él. Entonces se sintió celoso. Una sensación estúpida, pero intensa. Febril.

«No tendría que haberme gritado, no debería haberse metido con alguien que tenía más poder que él…», pensó para sí mismo. Y después, al hilo de ese pensamiento, le llegó la respuesta más lógica:

«*Pero ¿cómo iba a saberlo él? ¿Cómo habrían de saberlo los demás? Quiero que sepan que soy yo. La gente tiene que saberlo*».

En ese momento, su madre, visiblemente más calmada —y, con toda probabilidad, orgullosa de su labor como informante— irrumpió en la cocina y no perdió un solo instante para echarle la bronca a David.

—¡Para! ¿No ves cómo le estás poniendo la cara de papilla? ¿Y los baberos para qué están?

David podría haberle contestado que los baberos estaban para ponerlos, y que las madres estaban para poner baberos, pero, en lugar de eso, sorprendió a su madre con otro tema:

—He sido yo. Yo le he cortado la cabeza al señor Antonio.

Virginia se quedó un instante petrificada, sin poder apartar la mirada de su hijo, que aún iba ataviado con su pijama favorito, aquel de vampiros. Después arrugó la frente y le plantó una indignada bofetada en la mejilla, contestando:

—David, te he dicho mil veces que no me gusta que espíes a mamá mientras habla por teléfono. Eso son cosas que solo se hacen en las películas y en los libros raros que lees, pero no se deben hacer en la vida real… ¡Y ni mucho menos te consiento que fantasees con algo tan serio como lo que le ha sucedido al señor Antonio!, —fue aumentando el tono de su voz a medida que iba saliendo de su asombro, ganando en confianza y creciéndose en su potestad como madre y educadora.

—Pero es que yo lo maté, anoche, antes de irme a acostar. Con las tijeras de la abuela le corté la cabeza a su muñeco —lo dijo casi como si quisiera convencerse a sí mismo, con una mano en la mejilla magullada y los ojos como platos, demasiado sorprendidos siquiera para llorar.

—¡Ya está! Veo que contigo no vale por las buenas. ¡Pues muy bien! Ya sabes lo que tienes que hacer: vas a estar castigado todo el día sin salir. Y me importa un rábano que hoy sea sábado. ¡Hala, A tu cuarto! ¡Ya hiciste llorar a la niña!

David sopesó durante unos instantes la posibilidad de contestar, pero al final decidió que lo mejor era hacerle caso a su madre. De cualquier forma, no tenía pensado salir de su habitación en todo el día. Como mucho, si lo hubiera hecho, habría sido para ir a buscar bichos al bosque que se extendía colina abajo. Su madre debería estar ya acostumbrada a sus aficiones. Daba igual, aquella era una guerra que acababa de empezar, y no imaginaba que fuera a

ganarla tan rápido ni de manera tan fácil. Por eso, David se levantó de su silla, le plantó un beso en la frente a Paula para que dejara de llorar, y se retiró a su habitación.

Mientras subía por las escaleras, todavía pudo escuchar el lamento plañidero de su madre, que no salía de su asombro ni era capaz de asumir su derrota anímica:

—¡Y esta noche, cuando vuelva papá de su viaje, se lo pienso contar todo!

Aquella era una casa vieja. Tan vieja que la acústica no estaba diseñada para aislar cada planta de la misma. Por eso, cuando Fermín, el papá de David, llegó esa misma noche de su viaje de negocios, este no tuvo más que entornar la puerta de su habitación en la segunda planta para escuchar todo lo que sus padres hablaban desde el salón.

—Creo que deberíamos empezar a cambiar las costumbres del niño, cambiar sus hábitos, buscarle amigos, que los traiga a casa para jugar si quiere…

—Vamos, mujer, ¿no crees que exageras? Eso ya se lo hemos dicho varias veces y nunca ha querido…

—Pues insistimos más, Fermín. Y no exagero: aparte de lo que te he contado, aparte de que se inventara esa historia tan truculenta en un segundo, sabes que últimamente pasa demasiado tiempo en el desván, jugando con esos muñecos tan feos que él hace.

—*Vir*, cariño, tú misma le enseñaste a coser esos muñecos…

—No son iguales, ¡ni por asomo! Los que hace él son tan feos, tan siniestros… yo no le enseñé a hacerlos así. Además, juega con las luces apagadas, como si anduviera haciendo espiritismo ahí arriba. Es todo muy raro, cariño, y me preocupa.

David sabía que no era preocupación lo que se adivinaba en los ojos verdes de su madre, sino miedo. Miedo a las extrañezas de su hijo.

—¿Y entonces tú crees que lo mejor sería quitarle los muñecos y cortarle la imaginación así, de raíz?

—No sé, Fermín, solo sé que no podemos seguir obviando lo que le pasa a nuestro hijo. Si sigue inventando cosas como esas, si sigue pensando como un loco, es posible que se obsesione y llegue a

enfermar… por no hablar de la aceptación.

—¿Aceptación?

—Sí, la aceptación de los demás. Pronto crecerá y los demás niños se darán cuenta de que no es como ellos.

—Claro que no es como ellos, es mucho más inteligente.

—Sabes bien a lo que me refiero.

David no estaba seguro de si su padre sabía a qué se refería su madre o no, pero él sí que creía estar seguro: Virginia tenía miedo a ser la madre de un inadaptado, la mamá de un bicho raro. Era ella la que tenía miedo a no ser aceptada.

En ese momento, una ola de ira se apoderó de su cuerpito y decidió saltarse el castigo y salir de su habitación. Sin embargo, en lugar de bajar hasta el salón y plantarles cara a sus padres, decidió subir las escaleras hasta el desván. David sabía perfectamente cómo vengarse en silencio y tomar cartas en el asunto.

Una vez más, entornó la puerta sin encender el interruptor, dejando que la tenue luz del atardecer se colara por aquella claraboya que le había costado la vida a la vieja casona. Esta vez, David no se molestó en cubrirla con la manta de la gramola. Embriagado por la rabia y la impotencia de aquel que no sabe solucionar sus problemas de otra manera —o, quizás, actuando tan solo como lo haría un niño—, fue directamente a abrir la tapa del baúl y sacó de su interior una serie de muñecos hasta que dio con el que buscaba.

Aquel era violeta, con una larga cabellera de lana negra y dos botones verdes pegados a su cabecita de trapo. David rebuscó un poco más dentro de su baúl de los juguetes y encontró una bolsa de plástico de la que extrajo un antiguo y reseco bote de rímel para pestañas de su madre. Lo abrió y extendió el aplicador sobre los botones verdes de la muñeca. Ni siquiera llegó a mancharla, pero esta cobró vida de inmediato y se incorporó todo lo que su cintura de hilo y trapo le permitió. Observando a su alrededor con curiosidad, entornó los ojos de plástico, mientras David inspeccionaba detenidamente sus manos anudadas. Dos hatillos de los que pendían cinco muñones de lana violeta. Entonces sacó las tijeras. Y eligió uno de los colgajos de lana.

Cuando David cercenó uno de los deditos de la muñeca, un estallido de cristal precedió a un sobrecogedor alarido que le llegó

desde la primera planta. Después, un golpe contra el suelo, y finalmente fue su padre quien volvió a gritar. Ruido, ajetreo, más golpes, maldiciones, la puerta del frigorífico al abrirse con violencia, hielos al romperse contra el suelo. Al final, la voz de su padre subió tremulenta y acobardada por el hueco de las escaleras:

—David, nos vamos al hospital, no te asustes. Mamá se ha cortado en un dedo con el cristal de la mesa, cuida de Paula, luego llamamos.

Un portazo y después silencio.

David bajó las escaleras corriendo y llegó a tiempo para contemplar, a través de uno de los ojos tristes de la casa, cómo su padre arrancaba el Audi y salía a toda prisa por el sendero de entrada. Desde la ventanilla derecha del coche, su madre miraba hacia la casa con la cara contraída en un rictus de dolor, sumida en un profundo estado de *shock*. Miró justo a tiempo para ver a su propio hijo a través de la ventana.

Su hijo David, que sostenía una muñeca de color violeta en una mano y las tijeras de costura de la abuela en la otra.

Cuando llamó su padre, David escuchó la voz cansada de un hombre que trataba de recuperarse de uno de los mayores sustos de su vida. Le dijo que mamá estaba bien, que ya le habían curado el dedo y que se podía acostar tranquilo; palabras que en realidad querían decir que mamá estaba mejor de lo que esperaban, que finalmente le habían podido coser el dedo y que preferían verle acostado cuando llegaran a casa, porque la cara de Virginia sería todo un poema.

Aun con tan corta edad, David era todo un experto en leer entre líneas.

Despertó y aún era de noche. Sentía la espalda húmeda y tenía las sábanas pegadas al cuerpo. El estado de furia que había experimentado unas horas antes ya se había apaciguado en parte, aunque todavía seguía latente bajo su piel. Aguzó el oído y sintió crepitar algo en la planta de abajo, en el salón. David se levantó de la cama y se calzó unas zapatillas. Todavía llevaba puesto el pijama

de vampiros, ese que tanto le gustaba y que no se había quitado desde la noche anterior. Atravesó la puerta de la habitación y se aferró al embellecedor de la barandilla de las escaleras. Un ocre resplandor se deslizaba como agua de fuego sobre la pintura blanca de las paredes. Giró la cabeza y descubrió que la puerta de la habitación de sus padres estaba abierta. Desde dentro le llegaban los ronquidos átonos de su padre, y David se preguntó cómo era posible que no despertaran a Paula. Después comenzó a descender por las escaleras de madera, un tramo más nuevo y robusto que el que conducía al desván, por lo que no crujía bajo el leve peso de un niño de siete años. Dio gracias por ello. Descendió con sigilo, midiendo sus pasos, observando cómo aquel extraño resplandor devoraba el vidrio de las fotos que colgaban de la pared. Una de ellas mostraba una estupenda estampa navideña de la familia al completo. David odiaba esa foto. Le parecía más falsa que la carne de los potitos que le hacían engullir a Paula. Cuando llegó hasta el pie de la escalera, descubrió al fin qué era ese crujido que trepaba por las paredes acompañando al baile de luces y sombras fantasmagóricas. En toda su vida solo la había visto encendida en otras dos ocasiones. Aquella era la tercera vez que sus padres encendían la chimenea en mucho, muchísimo tiempo.

En concreto, era su madre la que alimentaba el hogar, acuclillada frente al fuego, con el brazo izquierdo vendado hasta el codo y el dedo corazón estirado en una suerte de gesto obsceno. Tras ella, la mesa del salón aparecía hecha añicos. Nadie se había molestado en recoger los cristales, y todavía se podían ver rastros de sangre reseca entre los fragmentos. No obstante, la atención de David se centró en aquello con lo que su madre estaba alimentando el fuego. Por su rostro demacrado resbalan lágrimas, y en ese momento se giró para mirar a David, que se tambaleó mareado hacia su madre. Entonces, Virginia arrojó al fuego un pequeño muñeco de trapo rojo y, con un hilo de voz, dijo:

—Con el tiempo me lo agradecerás. Solo con el tiempo comprenderás el daño que te estaban haciendo estos muñecos.

David no contestó, porque la ira desbordaba su pequeño ser. Le impedía respirar. El impacto fue tan fuerte que casi no podía ni caminar. Avanzaba a trompicones con la mirada fija en el rostro compungido de su madre, en las lágrimas que surcaban esa piel

blanca adornada con sendos rosetones colorados por el calor que desprendía el fuego. Justo antes de desmayarse en sus brazos, pensó que no sabría decidir si esas lágrimas eran de pena, de arrepentimiento, o de puro temor.

Cuando volvió a despertar, ya no era de noche. Estaba amaneciendo y los pájaros cantaban desde el otro lado de la ventana de su cuarto. Sabía que lo que había presenciado antes era verdad porque aún le dolía la cabeza y en el aire flotaba un cierto tufo a trapos y esponjas quemados. Una pena muy profunda anegaba su corazón de niño solitario. Sin embargo, David sabía lo que tenía que hacer a continuación. Sabía de algo que, a ciencia cierta, se habría salvado de la quema, y lo pensaba recuperar antes de que fuera demasiado tarde.

Entornó la puerta con todo el cuidado que fue capaz de reunir en sus deditos hábiles y decididos. No encendió la luz, por supuesto, aquella vez tampoco. Para lo que iba a hacer, era necesario dejarse guiar por una luz hinchada y anaranjada como la del amanecer. Cuando los goznes hubieron girado menos de un cuarto de su recorrido, David soltó el pomo y se coló en el interior de la habitación. Paula no estaba. Su padre tampoco. Estaría en la cocina, dándole un biberón al bebé.

Era mejor así. A fin de cuentas, Paula era azul. Y su padre era rojo, como él, que no dejaba de ser un buen color. Pero Virginia era violeta. Demasiado violeta, a decir verdad.

Se acercó hasta el borde del colchón. Su madre dormía profundamente, sumida en un penoso estado de hibernación para intentar superar el trauma del día anterior. Tan solo un camisón, casi tan blanco como su piel, se interponía entre ella y su pudor.

David se había quedado sin sus muñecos. Se había quedado sin aquello que, en los libros que solía leer, denominaban «magia». Pero le quedaba lo más importante. Le quedaba el instrumento esencial para la dramatización de aquella mañana.

Le quedaban las oxidadas tijeras de costura de su abuela.

Una vez más, las volvió a abrir ante sus ojos, que despedían

aquel característico brillo febril de cuando jugaba a las venganzas.

Alma de cereal

Relato ganador del II Premio «Monstruos de la razón»

Errática y vestida de luto, aquella ave maldita traza un acrobático semicírculo en el aire, dejando caer en el vuelo una pluma larga y aterciopelada. Negra como sus ojos, que se fijan con avaricia en todo cuanto ven, dos espejos que reflejan el alma de quien los mira, pues los cuervos no poseen espíritu que dejar traslucir a través de ellos. Desciende con alado sigilo y se posa sobre el hombro del único que lo observa. No obstante, quien le mira también carece de alma, y si tuviera, sería de cereal. Cereal que rellena su pecho, pies de paja y cabeza de esparto. Colgado por encima del maíz y con hombros de palo de escoba, observa taciturno cualquier movimiento de su alado compañero. Permanece quieto y en silencio, observando el vasto campo a través de dos botones negros cosidos a su cabeza de saco. El cuervo se inclina y comienza a picotear uno de los granos de maíz que conforman su amarilla dentadura, pero al cabo se asusta y huye volando de allí.

«*Vuela, maldito cuervo, nadie te dijo que vinieras a hacerme compañía*».

Pero no lo dice, porque no tiene más que un tajo por boca de donde brotan granos de maíz seco a través de la paja que sobresale del relleno. Tampoco sabemos si lo piensa, porque sus neuronas de heno dan para poco más que permanecer allí, vigilando, infundiendo temor a las aves con su silueta antropomorfa, su rostro sin expresión, su camisa de franela a cuadros y sus pantalones vaqueros con el dobladillo cosido para que no caiga la paja.

No hay nadie más con él. Está solo, suspendido en el campo, escuchando día y noche la dulce canción que el viento silba a través del maíz. Todo lo demás es silencio y un montón de pensamientos

de paja que no llevan a nada.

«*Espantapájaros te hicieron, y como espantapájaros te habrás de comportar*», le dijo el señor de aquellas tierras, el capataz, el día que lo dejó allí plantado. Y eso hacía. Comportarse como el feo espantapájaros que era, asustando a los cuervos, a los verderones, e incluso a los propios perros del capataz. No obstante, hacía años que en el pueblo nadie se acercaba a él, pues una oscura leyenda se cernía alrededor de su horripilante figura. Los más supersticiosos del lugar atribuían a su mal fario la desaparición de dos niños en los últimos tres años. Niños a los que se les vio por última vez jugando en aquellos campos…

Algunos intentaron quemarlo, pegarle fuego para purificar la esencia diabólica que, según decían, llevaba adentro. Pero siempre ocurría algo que, en el último momento, les hacía desistir y salir corriendo de allí. Los que lo habían intentado, fuertes y valientes muchachos de campo, decían que se trataba de algo fantasmagórico relacionado con el reflejo de la luna en sus ojos y la brisa nocturna que balanceaba sus brazos… Había noches, según dicen, en las que esa conjunción de fenómenos casi lo hacía parecer con vida.

Pero, por mucho que dijeran, aquel no era más que un triste espantapájaros. Un muñeco algo macabro a cuya espalda se ponía el sol cada atardecer, extendiendo su figura por los campos de maíz, envolviéndolo todo con sus brazos en cruz y sus dedos de paja, torpes hatillos de cereal con los que, aunque quisiera, nunca podría hacer nada.

Ni daño, ni caricias.

De repente, unos gritos parten el silencio de la tarde. Es el capataz, que viene regañando con alguien a través de los altos tallos del maíz. El otro es un hombre mayor, un antiguo enemigo del pueblo. Los dos se dirigen hacia esa zona del campo, señalando con aspavientos los mojones de piedra mohosa que dividen las tierras por detrás del espantapájaros.

—¡A la mierda te vas tú y tu *abogao,*
tó'l
pueblo sabe que *metío*
t'has

diez metros más *pa*
p'acá,
mis tierras!, ¡y
eso's
jugar con el pan de *mis-hijo*, mameluco!

—Eso no son más que tonterías tuyas, que ves humo donde no lo hay. Los mojones siempre han estado aquí, y aquí se quedarán… ¡Y mameluco lo será tu madre!

Justo cuando llegaban a la altura de aquella siniestra figura, el hombre mayor, aquel que llevaba boina y parecía más bruto de verbo, arremetió contra el capataz y lo empujó al suelo.

—Mameluco aquí
n'hay
más que tú. Los *abogaos* no van a hacer *ná* porque son *tós* unos mariquitas, y *si-hay* que *arregla-lo* a ostias se arregla aquí *mimmo*…

El capataz, sorprendido, se levantó del suelo con la cara muy enrojecida, agarró al otro hombre por las solapas de su chaqueta de borrego y lo zarandeó. Este, sin mediar palabra, le propinó un puñetazo en toda la nariz que volvió a tumbarlo.

—¡Desgraciado, esto te va a costar la cárcel! ¡No sabes con quién estás jugando!

—A mí *peo*
m'encerrarán,
tú te *vaj-a tragá tos* tus dientes, mameluco…

El hombre con la boina se abalanzó de nuevo sobre el capataz, pero en esta ocasión, el tipo que una vez, hacía mucho tiempo, dejó allí colgado a aquel horrible espantapájaros, se pudo zafar de su embestida. Se levantó y pateó el trasero del viejo, que cayó con pesadez al suelo. Este, desde ahí abajo, agarró una piedra y se la tiró, aunque no llegó a darle. No obstante, el capataz, enfermo de impotencia ante el arrebato de aquel hombre que no se atenía a razones, copió su idea y agarró otra piedra, aún más grande, que había a los pies del muñeco de paja. Cuando el viejo, que había perdido la boina al caer, volvió a levantarse, el capataz se lanzó gritando sobre él y le golpeó en la cabeza. El sonido fue hueco y el golpe tan brutal que dejó frito en el acto a aquel pobre diablo,

haciéndolo caer desplomado sobre sus piernas, con los ojos en blanco. El capataz se quedó un rato jadeando, encorvado, con la piedra goteando sangre, mirando a su rival en el suelo, intentando asimilar lo que acababa de ocurrir allí de forma tan rápida, tan violenta e inesperada. Mientras tanto, en el horizonte, el sol ya se estaba poniendo y la luz se deslizaba en rojiza retirada, dejando paso a las sombras. La luna, por su parte, esperaba desde otro ángulo en el cielo.

—Le he matado… —musitó al fin, dejando caer la piedra de sus manos.

El capataz se arrodilló sobre el cuerpo del hombre y le tocó el cuello. Aún palpitaba. Solo estaba inconsciente. La adrenalina desatada en el cuerpo del capataz dio paso a un sentimiento rayano en la desilusión. Aquel viejo malhablado seguiría trayéndole problemas después de todo. Y los problemas atraerían a la policía durante más tiempo. Eso era justo lo que tenía que evitar. Sin embargo, que aquel viejo muriera allí solo le iba a importar a sus cuatro compañeros de cartas. No sería igual que cuando ocurrió aquel asunto de los niños… Esta vez se trataría de un hecho aislado que, una vez zanjado, se llevaría consigo todos los problemas. Siempre y cuando el viejo muriera de forma natural, claro. El hecho de que lo hiciera en sus tierras no le implicaría en lo más mínimo. De hecho, mucha gente entraba en sus cultivos —parejas en busca de intimidad, campistas despistados, niños con *demasiadas* ganas de jugar…— y no por ello se le iba a investigar más de lo debido. Era un hombre poderoso que había hecho mucho por su pueblo, nadie tendría interés en enfrentarse con él por algo tan nimio. Seguro que no.

Cuando se incorporó, el capataz fijó su mirada en el rostro imperturbable del espantapájaros. La noche abrazaba su silueta, recortándola contra el crepúsculo, y en aquella romántica estampa, el hombre de paja ofrecía una imagen capaz de erizarle la piel incluso a él, que no creía en los fantasmas. Por eso apartó la mirada del brillo de sus ojos abotonados y continuó pensando.

«*Aquí la gente es tan simple, tan crédula… que no hará falta que yo lo mate*».

Después esbozó una oscura sonrisa y avanzó hacia su muñeco de paja.

La noche encerraba un secreto, y solo la luna, con su lengua de plata lamiendo el maizal, se atrevía a ser confidente de un infarto anunciado. El espantapájaros ya no estaba sobre su peana. Aparecía arrodillado, flexionando los ramilletes de paja que articulaban su monstruosa reverencia, justo encima de aquel hombre viejo y supersticioso. Su rostro de saco relleno permanecía congelado a escasos centímetros de la nariz del hombre, que tenía las mejillas aradas en leves surcos sanguinolentos, casi como si le hubiera estado acariciando con sus dedos de paja.

Abre los ojos lentamente, y antes de que se pueda llevar las manos a la cabeza para amortiguar el dolor que le bombea a cada latido, se topa con la mirada sin alma de aquel muñeco de miedo. La boca abierta, la podrida nariz de zanahoria apuntándole directamente, los ojos… tan llenos de aquel fulgor, tan negros, tan muertos…

El viejo abre la boca para gritar, pero en ese momento su corazón le revienta dentro del pecho, estallando en una roja ola de pánico, de terror en esencia, inspirando por vez última el aliento dulzón que emana el horrible espantapájaros. Muere al instante, fulminado por el miedo.

Mientras tanto, el muñeco de paja permanece quieto en aquella postura, con sus ojos cosidos velando el rostro de la muerte.

Hay tantas cosas que solo él sabe, cosas que solo él vio durante todo ese tiempo, allí colgado… Tantos secretos que la noche en el campo se tragó.

Si pudiera llorar, una lágrima de cereal le caería en ese momento, humedeciendo su cara de esparto. Pero como no puede, simplemente se queda ahí, quieto, esperando a que alguien le encuentre y descubra su crimen.

Ya se lo advirtió su amo, y tenía razón…

«*Espantapájaros te hicieron, y como espantapájaros te habrás de comportar*».

De repente, mi casa se convirtió en un árbol de llagas

1. La escapada

El dulce olor del campo penetraba en el coche a través de las ventanillas bajadas, arrastrado por una suave brisa que no hacía sino falsear la sensación de bochorno que ahogaba las flores y susurraba al oído del bosque vagas promesas de lluvia frutal.

Llegaba el fin del verano, cuando el campo comenzaba a cerrarse en sí mismo y el otoño se echaba a temblar sobre las ramas caducas de los árboles. Manuel y Silvia habían decidido ir a pasar una semana a la casa del bosque, que hacía varios meses que no visitaban. De hecho, no habían vuelto a ir desde que él ya no estaba con ellos. Lo habían decidido aquella misma mañana, sin pensárselo demasiado. Quizá fuera mejor así.

Llevaban la radio encendida, tal vez como excusa para no tener que hablar sobre su precipitada decisión de coger el coche y echarse a la carretera. Silvia vestía una camiseta sin mangas, del sucio color amarillo del azufre, y unos pantaloncitos cortos. Tenía el pelo negro recogido en una cola de caballo que a ratos se convulsionaba por el efecto del aire que quedaba atrapado dentro del habitáculo del coche. Miraba por la ventanilla, sujetándose el mentón con el pulpejo de la mano. Sus ojos estaban en Venus, pero Manuel podía sentir cómo su mente se esforzaba por regresar hasta aquí, por aterrizar en este mundo y disfrutar de los colores del bosque, de la fragancia de la naturaleza y de la sensualidad de una tierra que suplicaba beber y ser pisada. En un momento dado, Silvia se había girado hacia él con una sonrisa a medio nacer y le había dicho

«*Qué bien huele el campo…*».

Manuel le había sonreído a su vez y había apartado una de las manos del volante para deslizarla sobre la rodilla descubierta de su mujer. Después, ella había apoyado su mano sobre la de él y la había girado, dejando al descubierto aquellas grotescas cicatrices violáceas justo donde el ramillete de venas verdes juntaban la mano con el antebrazo. Manuel miró entonces el recuerdo de suicidio que el dolor había dejado impreso sobre la piel de la muñeca de su mujer, y después había apartado la vista con las entrañas revueltas y el corazón contraído.

También apartó la mano.

Hacía casi un año que no hacían el amor. Desde la tragedia no lo habían vuelto a hacer. Ninguno de los dos había hablado nunca sobre ello, pero el agujero horadado en el centro de su mundo por la falta de algo tan primordial como el sexo era demasiado evidente como para poder pasarlo por alto. No era solo una necesidad espiritual lo que les embargaba —y al mismo tiempo les impedía prolongar el contacto entre sus pieles—, sino también algo violenta y ardientemente físico, algo carnal. El dolor había formado semejante costra entre ellos dos que ninguno había sido capaz de arrancársela y dejar brotar la sangre para abonar con ella el terreno de un amor físico que siempre había existido como el fuego, pero que ahora no era más que un melancólico tizón, sin esperanza de avivar su llama. De alguna forma, la perpetua existencia de la pérdida suponía la presencia de un elemento extraño que había convertido el sexo en algo vergonzante y, al mismo tiempo, en un característico tabú de la nueva oportunidad que le concedían a la vida. Una vida que nunca más volvería a ser normal para ellos.

En la radio languidecía la suave melodía de Charles Trenet dedicada al mar, empalagando con su francés una atmósfera que a cada instante se electrificaba más ante la inminente presencia de nubes de tormenta en el cielo. Manuel volvió a mirar a Silvia y comprobó que su mujer tenía la vista perdida de nuevo a través de la ventana, intentando formar parte de una naturaleza que se había vuelto venusina, agreste y esquiva, como todo en este mundo para ella. Como todo en esta nueva realidad que compartían los dos. Después bajó la mirada hacia el salpicadero y sus ojos se posaron sobre la fotografía de Marquitos. Bajo la superficie rectangular de la foto aparecía un contorno dibujado por el polvo en forma de una cruz que ya no estaba. La sonrisa congelada de aquella criatura de cuatro años era su única religión desde entonces. La nueva y única religión de su nueva y única realidad.

De repente, Manuel fue arrancado de su ensimismamiento por un famélico bocinazo que nacía justo delante de ellos. Tuvo que girar el volante con violencia y estuvo a punto de sacar el coche de la inestable calzada cuando vio aparecer ante sí un *Renault* 19 que circulaba en el sentido contrario. Por un instante pudo ver a través de ambos parabrisas los rostros angustiados de los dos hombres

contra los que iba a hacer chocar su coche. Durante sus divagaciones, Manuel había descuidado la conducción y había invadido parcialmente el carril izquierdo de la carretera. El vehículo viró a tiempo y no llegó a patinar sobre el pavimento roto y salpicado de arena. Una vez se hubo hecho de nuevo con el control de su *SEAT León*, volvió a mirar hacia la derecha y se topó con los ojos muy abiertos de Silvia. Su expresión era la de aquella a la que hubieran despertado con brusquedad de un profundo sueño.

—¿Estás bien, cariño? Me he despistado un momento y… —empezó a decir.

—Sí, estoy bien; no pasa nada —contestó Silvia, y le volvió a agarrar la mano para hacer de ella un puño que bombeara la sangre que ya le había dejado de bombear su propio corazón.

—Te quiero, mi vida —contestó Manuel.

Y ella sonrió de la forma más dulce que pudo rescatar de entre los restos del naufragio de hiel en que se habían convertido sus sentimientos.

—Yo también te quiero —dijo al final.

Después, ambos miraron al mismo tiempo por el retrovisor para comprobar cómo se alejaba el coche azul contra el que habían estado a punto de estrellarse.

En su parte trasera podían leerse las palabras *Sex Machine* inscritas sobre una pegatina roja, justo por encima de la matrícula.

La casa era una enorme mole de piedra con la pared frontal manchada de musgo, un tejado en forma de amplia uve invertida atravesado por una chimenea, también de piedra, y un coqueto balcón por encima de la puerta de madera. A partir de ahí, serpenteaba un camino de entrada invadido por los hierbajos, con la tierra removida después de tanto tiempo sin haber recibido cuidados.

Manuel aparcó su coche en el margen izquierdo del sendero de entrada. Después, el matrimonio se apeó y quedó observando la mirada triste de la piedra abandonada. La hierba crecía sin control, como si en ausencia de sus amos hubiera estado confabulando con la casa para que esta pasara a formar parte de una naturaleza que nunca debió haber abandonado. Allí, detenido como el tiempo que

los acogía, Manuel tuvo celos de esa naturaleza en la que no había lugar para algo tan humano como la tristeza. Lo natural solo entendía de violencia y sexualidad, de la encarnizada supervivencia animal y la callada agonía de los vegetales sobre el lecho del agua. Del trauma de la roca erosionada. Decidió que así debería ser todo en la vida. Si las cosas funcionaran así en el mundo humano, la pena habría de tener dientes para sernos de utilidad. Si no, sencillamente, no existiría. Y el olvido podría ocupar su lugar.

Cuando Manuel abrió la puerta de madera de avellano con la pesada llave de hierro, una bocanada de aire viciado escapó desde el interior del caserón. Silvia arrugó la nariz y miró en silencio a su marido: había pasado demasiado tiempo…

Sobre el mueble de la entrada les aguardaba una foto de Marcos. Jugaba con un caballito de madera que le talló su abuelo al poco de nacer. Silvia pasó de largo sin mirar la fotografía, casi como si lo hubiera estado ensayando durante todo el camino de ida, deteniéndose ante el inmenso salón que ocupaba toda la planta baja. Manuel la siguió y se paró detrás de ella. Un gran sillón pintaba el centro del lienzo de aquella estancia calzada con parqué, tan blanco por el polvo que lo cubría que casi parecía su color natural. El mueble estaba cubierto con un plástico, al igual que la mesa de madera que descansaba justo por delante. El mueble mural de la pared prolongaba su señorial presencia con un forro de madera que cubría la mitad inferior del resto de la sala, dejando en roca desnuda la mitad superior. La televisión también estaba cubierta por un plástico. La chimenea de piedra se abría en un bostezo —o en un grito— en uno de los laterales, tapada con una chapa de metal. Junto a ella descansaban los atizadores ornamentales de acero. El conjunto despedía un aire a nostalgia, y ese aire les sumió de inmediato en un silencio que, de haberse prolongado un segundo más, les habría servido como excusa para asumir la torpeza que había supuesto realizar aquel viaje. No obstante, como quiera que Manuel comenzara a darse cuenta de ello, prefirió hablar:

—Iré a por la maleta, cariño.

—Vale… yo iré limpiando todo esto un poco.

—Ahora vengo y te ayudo.

Al menos, con aquel breve cruce de palabras, querían dejarse

claro que lo iban a intentar. Aquella oportunidad que le concedían a su nueva realidad pasaba, en principio, por la concesión de una nueva oportunidad para con ellos mismos.

Al cabo de dos horas de limpieza y movimiento de muebles, la casa comenzó a respirar otra vez. La vida volvía a hacer acto de presencia bajo su cáscara de piedra y teja, aunque fuera una vida bastante distinta a la que había estado acostumbrada durante tanto tiempo. Sin embargo, a las casas de piedra les costaba bien poco amoldarse a los nuevos tiempos y a las nuevas realidades, fueran estas las que fueren. Una casa de piedra solo sentía pena cuando estaba sola, pero en cuanto alguien volvía a invadir sus tripas, le daba igual quién lo estuviera haciendo con tal de poder contagiarse de su vida. Señal inequívoca de su doble esencia, humana y salvaje.

Se habían dado una buena paliza limpiando. Silvia se había mostrado ante los ojos de Manuel casi como si nunca hubiera dejado de ser mujer, sintiendo aquello que hacía y concentrándose en cada movimiento, en cada acción. Parecía entregada a su propósito, aunque este fuera algo tan banal como la limpieza de su residencia de verano. Habían limpiado el salón y la cocina, también habían subido arriba para arreglar la habitación de matrimonio. Pero no habían entrado en la que estaba enfrente. La habitación que había sido de la madre de Manuel y después de Marquitos, y que ahora ya no era de nadie. Entrar allí sería el motivo que propiciara otro viaje hasta la casa del bosque, pero otro viaje que tendría lugar dentro de mucho tiempo. Dentro de un siglo, tal vez. Todavía era demasiado pronto para dejar escapar el último hálito de aire que había acariciado la piel de su hijo mientras jugaba allí adentro. Quedaría encerrado durante años como penitencia por haber sido el último en tocarle cuando aún sonreía.

En ese momento se encontraban los dos sentados en el sofá, cansados pero satisfechos. Silvia llevaba un pañuelo anudado a la nuca que le confería un aire encantador a dueña de la casa. Por primera vez en mucho tiempo, su marido veía irradiar algo de luz desde su interior, aunque esa luz fuera mínima y propensa a apagarse ante el más leve soplo de aire. Uno de los tirantes de su camiseta amarilla había resbalado por el sudor y dejaba su hombro

izquierdo al descubierto. Y como la carne al descubierto era un reclamo animal, Manuel la observó con fruición y comenzó a sentir algo poderoso e irrefrenable en su interior, aunque no dijera nada. Todavía no. En lugar de ello, preguntó:

—¿Tienes hambre, *Silvi*?

—Un poco. ¿Me prepararías un sándwich?

—Por supuesto, corazón. Ponte la tele mientras.

Manuel se incorporó con dificultad, abandonando el comodísimo sofá sin estar seguro de querer hacerlo en realidad. Se inclinó sobre su mujer y le besó la frente. Se apartó, todavía apoyado contra el respaldo del sillón, y volvió a besarla, esta vez un pulcro contacto en seco con sus labios. Ella le respondió mostrándose vulnerable, levantando el mentón para que él continuara besándola. Manuel se quedó un instante paralizado, un poco sorprendido, pero al cabo comprendió lo que debía hacer. Se sentó de nuevo, esta vez entre las piernas de su preciosa mujer, y le agarró el cuello por detrás. Siempre con dulzura, con la delicadeza de la seda, haciendo bailar los dedos sobre la piel al compás de su corazón. Se acercó despacio y la besó con suavidad. Esta vez pudo sentir la calidez y la humedad de sus labios. Deslizó su otra mano a través de la tela sudorosa, por su hombro descubierto, avanzando hacia el interior del pecho, acariciando el relieve que escondía su seno. Lo tomó como si fuera de cristal y pasó el pulgar sobre su pezón. Se miraron a los ojos y él le besó en las cejas, en la frente, en la sien, sujetando el lóbulo de su oreja entre los labios. De repente, Manuel sintió cómo ella se estremecía entre sus brazos y acto seguido crispaba sus músculos entre los de él, haciéndose un ovillo en el hueco del sillón. Se apartó unos centímetros y comprobó que Silvia se había echado a llorar.

—Cariño…

—N-no es nada… no es nada… es solo q-que…

—Lo sé. Lo sé, corazón. Por supuesto que no es nada. Tranquila —dijo Manuel, acariciándole el rostro compungido con tanta suavidad como fue capaz—. Tranquila, vida mía… quizás la próxima vez… Quizás la próxima vez.

Por el rostro de aquel hombre asomó el escozor de una lágrima. Se la enjugó con el dorso de la misma mano que había intentado

acariciar el pecho de su mujer.

Después se levantó y avanzó hacia la cocina.

2. El visitante

La televisión emitía imágenes sincopadas con la desgana de un aparato sin alma. La pareja comía sendos sándwiches de jamón york y queso que Manuel había preparado. Afuera, a lo lejos, se escuchaban los primeros truenos de una tormenta que no tardaría en llegar hasta ellos. Primero descargaría sobre el pueblo, y más tarde sobre el caserío que la pareja compartía en soledad.

Silvia estaba apoyada sobre el hombro de Manuel, sujetando su sándwich con las dos manos. En esa postura, parecía mucho más joven, casi una adolescente. Inspiraba inocencia y le transmitía un fuerte sentimiento de ternura. Pero cada vez que su marido le miraba las marcas que laceraban sus muñecas, se decía a sí mismo que aquella criatura que tenía echada sobre su hombro hacía tiempo que había dejado de ser una adolescente. Y hacía mucho más tiempo que había perdido todo vestigio de inocencia. Le acarició el pelo, apelmazado por el sudor, negro como la pena, y estaba a punto de decirle algo cuando alguien llamó a la puerta. El sonido hiriente del timbre les dejó un tanto helados. Silvia se enderezó con brusquedad y se quedó mirando a Manuel con el ceño fruncido.

—¿Tu tía? ¿Con la que está a punto de caer?

—No sé. Iré a ver.

Manuel se levantó y llegó hasta la puerta, pasando al lado de la chimenea y acariciando los atizadores de metal con la punta de los dedos, haciéndolos tintinear dócilmente bajo su tacto. Se acercó a la mirilla y después giró el cuello hacia su mujer con una expresión de desconocimiento dibujada en el rostro. Abrió la puerta.

—Hola, ¿qué desea?

—Hola, buenas tardes —dijo el visitante con una sonrisa generosa que le abarcaba toda la boca, tendiéndole la mano con cordialidad. Manuel se la estrechó, un tanto confundido.

El hombre que había llamado a la puerta era un tipo alto, de unos cuarenta y muchos años de edad, con barba de dos días y una cicatriz en la ceja. Vestía como un granjero, con camisa de franela y tirantes, y llevaba el sombrero apoyado contra el vientre.

—Perdone que le moleste, de verdad que lo siento, amigo, pero me preguntaba si sería usted tan amable de echarme una mano con el coche. Ese viejo trasto ha pinchado ahí atrás —dijo, señalando la precaria lengua de asfalto justo donde esta se doblaba en un promontorio, como a punto de tragarse a sí misma—. No se ve desde aquí, está detrás de ese resalto, a unos doscientos metros de su casa.

—¿No tiene rueda de repuesto?

—No… no es ese el problema… verá, sufro de artrosis, amigo, y me es del todo imposible agacharme para cambiarla. Llamaría a la grúa, créame, pero estos trastos no funcionan aquí, no hay… no tienen… señal… ¿Entiende lo que le quiero decir?

—Ya —Manuel se quedó un instante aturdido, intentando deshacer las hebras que aún brumaban su frente con los pensamientos que traía puestos desde el sillón—. Sí, vale, claro… cómo no. Le echaré una mano.

—Se lo agradecería eternamente, amigo. Con la que va a caer, no sé qué sería de mí si me quedara aquí tirado. Que Dios se lo pague.

Manuel iba a responder algo a eso, pero en el último momento se lo pensó dos veces y se calló. A ese hombre no le importaba la opinión que él tuviera sobre Dios.

—No se preocupe, entraré a por las llaves de mi coche y enseguida estaré con usted.

—No —Manuel, que en ese momento se giraba hacia la entrada, se detuvo en seco y se volvió hacia su inoportuno visitante—. No hace falta, amigo, de verdad… está a apenas doscientos o ciento cincuenta metros de aquí, ya le digo, detrás de ese resalto de la carretera. No hace falta que se moleste usted en coger el coche.

Manuel se volvió a quedar pasmado, sin palabras para rebatir a aquel hombre. Entonces pensó que llevaba demasiado tiempo sin actuar. Demasiado tiempo agazapado, sin dejarse ver cada vez que oía aullar a la vida. Se mostraba acobardado, sin el valor suficiente para enfrentarse a ningún contratiempo, asustándose con facilidad ante cualquier imprevisto. Pensó que ya iba siendo hora de volver a agarrar a la vida por los huevos.

—Vale, de acuerdo. Vayamos a pie. Tampoco me vendrá mal un paseo.

Dicho esto, Manuel volvió a girar sobre sus talones y se dirigió a su esposa, que ya se había levantado del sillón y asomaba la cabeza desde la entrada al salón.

—Cariño, no pasa nada. Es este… hombre, que ha pinchado cerca de aquí y no puede agacharse a cambiar la rueda. Sufre de…

—Artrosis —puntualizó el hombre con la misma sonrisa de antes, haciendo una simpática reverencia a la mujer de la casa, cuyo rostro apenas podía atisbar más allá del umbral de la puerta de madera.

—… Artrosis, eso. No te preocupes. Vuelvo enseguida. ¿Vale, cariño?

—De acuerdo, te espero, llévate las llaves —le contestó Silvia, que a pesar de la explicación de su marido, permaneció todavía un rato más ahí de pie, con un rastro de preocupación ensombreciendo su semblante.

Cuando Manuel volvió su mirada hacia la cara de aquel granjero, mientras salía de casa y sujetaba la puerta para que no se cerrara con violencia a su espalda, se detuvo una última vez con la cabeza girada y una expresión de extrañeza —que quizá fuera otra cosa— en su rostro.

—Perdone, pero… ¿No le conozco yo a usted de algo?, —le preguntó al fin al extraño.

—¿A mí?… No… no creo que me conozca de nada, amigo. Mi nombre es Desiderio, por si le dice a usted algo.

—¿Desiderio? No… no me suena, la verdad —contestó con los ojos entrecerrados, aún pensativo—. Yo me llamo Manuel, encantado —y volvió a tenderle la mano al visitante, como si aquella fuera la presentación oficial—. ¿No conoce a mi tía? ¿Mi tía Marta Castro?

—No, no tengo el placer de conocer a su tía. La verdad es que ni siquiera soy de aquí. Vengo del pueblo que está al otro lado del valle —dijo, volviendo a señalar hacia el supuesto lugar donde se encontraba su coche, pero con el dedo apuntando más hacia arriba, casi al cielo—. Villanueva de los Castillos, ¿lo conoce usted?

Manuel negó con la cabeza, intentando recordar dónde había visto antes esa cara. Después lo dejó por imposible y no le dio mayor importancia. Al fin, cerró la puerta tras de sí.

—Vámonos ya.

Los dos hombres emprendieron el breve camino hasta el tramo de la carretera donde Desiderio, el granjero, decía haber pinchado. A lo lejos, el cielo aparecía pintado de color púrpura, atravesado por arcos de relieve eléctrico que desplazaban hasta ellos el olor a humedad de la lluvia y le conferían el regusto metálico de la sangre.

—Démonos prisa si no queremos que esas nubes nos pillen debajo.

Por el camino, el granjero no paró de darle conversación a Manuel. Decía haber venido al pueblo a vender los últimos melones y sandías del año. No le había ido mal el día, pues había logrado colocar casi toda la mercancía, pero, citando su relato, justo cuando iniciaba el camino de vuelta a casa, sintió un petardazo y el coche comenzó a zozobrar *como una barquichuela en mitad de una tempestad*, según sus propias palabras. Aseguró no haberse estrellado porque no iba a demasiada velocidad, pero que si eso le hubiera pasado a alguien más joven, posiblemente estaría en ese instante empotrado contra algún árbol. Había tenido suerte —*qué demonios… debo de tener una flor en el culo*—, porque cuando se bajó del auto pudo comprobar que tenía el neumático izquierdo trasero reventado. No sabía *qué diantre* había pisado para que la rueda quedara así, pero de milagro había conseguido mantener el control para no salirse de la carretera. Además, por ese tramo no solían circular muchos coches, y menos a esas horas de la tarde, así que, después de confirmar el hecho de que su *trasto* no recibía *señal* en esa zona, estuvo esperando unos diez minutos a que pasara alguien que le pudiera auxiliar. Como no fue así, empezó a caminar con tan buena suerte que pudo divisar la casa de Manuel a lo lejos. *Creía que no había ninguna casa por aquí, pero gracias a Dios estaba usted bien cerca*.

El tipo hablaba como si tuviera más edad de la que aparentaba, quizá por haber pasado toda su vida en el pueblo, pero de cualquier forma era un lenguaje que le remitía a Manuel a su infancia y, de alguna manera, le resultaba tranquilizador.

Cuando pasaron el resalto de la carretera, Manuel pudo ver el coche atravesado en la cuneta, con sendos triángulos de

señalización demasiado cerca del mismo. Era un *Renault* 19 de color azul.

—Espere un momento, ya sé de qué le conozco —dijo en un arrebato de certeza—. Bueno, en realidad de nada. Nos cruzamos antes, en la carretera. Estuvimos…

—… A punto de chocar. Sí, ahora lo recuerdo yo también. —El gesto le cambió tan solo un segundo, tornándose fugazmente en algo más oscuro, aunque lo que más llamó la atención de Manuel fue que intentara por todos los medios que no se le notara demasiado. Como si tuviese miedo de que el buen samaritano se fuera a echar atrás y cancelara su propósito de ayudarle. Algo absurdo, por otro lado, ya que fue el propio Manuel quien tuvo la culpa de aquel amago de accidente.

—Entonces… supongo que ahora…, bueno, que debería excusarme por haber invadido su carril —dijo Manuel, no tan avergonzado como pretendía dar a entender.

El tipo se carcajeó de manera violenta.

—¡Para nada, amigo, para nada! Esto es algo así como… como una… ¿Cómo se dice? —Desiderio volvía a sonreír de nuevo en todo su esplendor de encías. Tenía los dientes bastante bien cuidados. Eso era algo en lo que Manuel ya se había fijado antes debido a una incuestionable deformación profesional.

—¿Una ironía?

—Sí, eso, eso, una ironía del destino, amigo. ¿No lo ve así? —Otra cosa curiosa de aquel campesino era que, a pesar de haber iniciado el intercambio de presentaciones, en ningún momento se había dirigido a Manuel por su nombre. Desde el primer momento lo había hecho con la palabra *amigo*, que la utilizaba de manera constante a modo de muletilla.

—Sí, podría considerarse una ironía, supongo.

La reparación le llevó un cuarto de hora, y estuvo condimentada por una buena ración de constante parloteo por parte del granjero. No era la primera vez que Manuel le cambiaba la rueda a un coche. La última ocasión en la que había tenido que cambiarla fue en mitad de un viaje a Málaga en una Semana Santa de hacía ya más de dos años. Tuvo que mancharse las manos de grasa mientras se

acordaba de todos los santos a quienes iba dedicada esa Semana, mientras Silvia le abanicaba desde fuera del coche y Marquitos correteaba más allá de la cuneta, en el campo seco de espigas y matorrales. La última vez que cambió una rueda era feliz, aunque en ese momento no lo supiera, o quizá no fuera consciente de ello.

Otra ironía para su colección de aquella tarde.

Cuando acabó, Desiderio le ofreció un trapo sucio para que se limpiara las manos y, una vez más, le volvió a agradecer su desinteresada ayuda. Mientras se restregaba las manos con la cochambrosa tela, Manuel volvió a reparar en la pegatina que tanto le había llamado la atención en aquel fugaz y temerario cruce de sus vehículos. *Sex Machine*. Tenía su gracia, después de conocer lo suficiente a Desiderio.

—Ahora suba, le llevaré a su casa. ¡Faltaría más!

Mientras Manuel pasaba a ocupar el asiento del acompañante dentro del coche, que olía a fruta y a algo más rancio oculto bajo las alfombrillas, las primeras gotas de lluvia comenzaron a aterrizar en aquel pedacito de tierra. Justo cuando Desiderio se sentaba al volante con un visible y doloroso esfuerzo al encorvarse, un relámpago cortó el cielo en dos mitades de cartulina azul marino. Al cabo, un trueno tomó la palabra de Dios desde las alturas.

—¡Toma ya! Menuda truena, amigo, justo a tiempo, ¿eh?

—Justo a tiempo. Una cosa, Desiderio —intervino Manuel—. Es tan solo curiosidad…

—Pregunte, amigo, pregunte lo que quiera.

—No es nada, pero… cuando nos cruzamos allí, en la carretera… ¿No iba usted acompañado?

—¿Acompañado yo? No, me temo que vio usted mal, amigo. Hace por lo menos un lustro que nadie me acompaña a vender la fruta, las gallinas o los gochos. Ya le digo, desde que el pequeño partió a la ciudad. ¿Le he contado que tengo un hijo que está estudiando en la universidad, en Madrid?

—No, Desiderio, no me lo había contado. El caso es que estaba completamente seguro de que…

—Pues sí, amigo, sí. Mi hijo pequeño, que tiene veintidós años, estudia ni más ni menos que Derecho en Madrid. Como lo oye…

Mientras continuaba divagando, Desiderio arrancó.

Era peculiar aquel tipo. Casi parecía como si estuviera

interpretando el papel de un granjero de sesenta años, y la verdad es que no lo hacía nada mal. Ese pensamiento hizo que Manuel se olvidara de sus visiones, e incluso llegara a pintar un esbozo de sonrisa en las comisuras de sus labios.

3. El árbol

Desiderio aparcó su *Renault* detrás del *SeatLeón* de Manuel. A pesar de que le dijo que no era necesario que se desviara por el camino de entrada hasta su casa, el granjero insistió con tozudez en que era lo mínimo que podía hacer por él. En realidad, Manuel se lo había dicho porque quería mojarse un poco con el agua de lluvia. Quería entrar en contacto directo con el cielo, pues esa era una de las principales razones por las que se había escapado hasta el pueblo con su mujer. No obstante, con aquel hombre era imposible hacer uso del libre albedrío. Tenía tal carácter y personalidad que acababa avasallando a cualquiera.

Manuel se apeó del coche cuando Desiderio dejó el motor en punto muerto. Dio la vuelta alrededor del morro y se inclinó sobre la ventanilla abierta del conductor. Empezó a decir algo cuando Desiderio le cortó en seco.

—Espere, amigo, no se vaya todavía. —Se retorció en el asiento y alcanzó a duras penas un buen ejemplar de sandía que llevaba en una caja en la parte trasera del coche—. Esto es para usted: un regalo simbólico por su buena acción de hoy —dijo el granjero, adornando su rostro con una nueva y amplia sonrisa.

Manuel pensó en decir algo como: *no tiene por qué, de verdad*, pero una frase como esa demostraría un imperdonable desconocimiento de la idiosincrasia de la zona. Así que se limitó a esbozar él también una ligera sonrisa y a darle las gracias mientras le tendía, por última vez, la mano.

En ese instante, otro relámpago inundó el cielo. Pero lo que le siguió a continuación no fue un fabuloso trueno, sino un desgarrador chillido de mujer que rajó con suciedad la lógica de aquel momento. Los dos hombres se quedaron en silencio por primera vez desde que se habían conocido. Un segundo después, el apocalíptico trueno que el relámpago había prometido hizo acto de presencia en mitad de una historia que iba a dar un giro radical a partir de este instante congelado.

Manuel sacó las llaves del bolsillo de su pantalón, haciendo

malabarismos mientras sujetaba la sandía entre la rodilla y el mentón. Desiderio también bajó del coche y se colocó detrás de Manuel. Mientras intentaba abrir la puerta de la casa, empezó a llamar a Silvia, cada vez con mayor intensidad a medida que pasaban los segundos y esta no le contestaba. Al fin, la llave encajó y Manuel empujó la puerta. Sujetando la generosa sandía con ambas manos, atravesó la entrada y se quedó a las puertas del salón. Desiderio le siguió, sibilino.

Silvia, su mujer, estaba de rodillas en el suelo. Tenía los ojos muy rojos y desorbitados, hinchados de tanto llorar. Una marca amoratada le subía por el cuello hasta uno de los pómulos. Nada le cubría el torso, y la ligera inclinación de su cuerpo hacía que los pechos, pequeños y bonitos, se balancearan con libertad al agitarse convulsa. Tenía las manos atadas a la espalda y la boca amordazada, por lo que no podía emitir ningún sonido articulado. Solo llevaba puestas unas braguitas blancas. Detrás de ella y de pie, un hombre encorvado y calvo, con la misma barba de dos o tres días que lucía Desiderio, la apuntaba con un rifle de caza a la cabeza. Silvia miraba a su marido con la vista perdida en un mar de fuego mientras el calvo del rifle levantaba la mirada por vez primera hacia sus huéspedes con una sonrisa extrañamente inteligente y maliciosa desdibujándole el rostro.

A Manuel se le cayó la sandía de las manos. Se partió en tres jugosos pedazos, desparramándose sobre el parqué.

—¿Qué haces, idiota?, —le gritó Desiderio desde detrás.

Manuel se giró, desconcertado, y por su mente cruzó de manera fugaz e ingenua la posibilidad de pedirle perdón por el descuido. Cuando le miró a los ojos, con los suyos temblando dentro de las cuencas, este había cambiado su sonrisa de cordero por la misma sonrisa de oreja a oreja, pero en forma de mueca de tiburón. Acto seguido, tan rápido como el trueno seguía al relámpago, el calvo que tenía atada y amordazada a Silvia le lanzó el rifle a Desiderio, que lo atajó al vuelo con las dos manos y le asestó un tremebundo culetazo a Manuel en la mandíbula. Este cayó redondo al suelo, trazando una espiral en el aire, y aunque no llegó a perder el conocimiento por completo, quedó conmocionado por un instante.

Que perdiera el conocimiento era lo último que aquella pareja de locos hijos de puta deseaba en ese momento. Los lobos de este

cuento pretendían, por encima de todo, que Manuel observara con atención cada detalle de lo que iba a suceder allí mismo.

Al abrir de nuevo los ojos, Manuel comprobó que su amigo Desiderio le estaba apuntando con el rifle de su compañero. Mientras tanto, su mujer seguía gritándole algo amortiguado e ininteligible desde el otro lado del salón, detrás de la mesa de madera que aquel hombre de aspecto poco halagüeño había apartado de una patada. Manuel se pasó la lengua por el interior del carrillo y probó por primera vez en la tarde el sabor de su propia sangre en la boca. Intentó palparse el mentón, pero el granjero que tan afablemente se había presentado como Desiderio le presionó el cañón del arma contra la mandíbula, haciendo que esta le estallara de dolor.

—¡Quieto, amigo, si no quieres que te haga un agujero en la cabeza! —Al menos aquella muletilla era una característica tanto de la propia persona como del personaje que, al fin y al cabo, había estado interpretando hasta entonces.

La nueva realidad de Silvia y de Manuel, aquella que tanto les había costado —les estaba costando— ubicar en su mismo plano de existencia tras la pérdida de Marquitos, se volvió desigual por los bordes y perdió los contornos, desdibujándose en una tercera realidad más brutal, visceral, contrastada y auténtica que ninguna de las dos anteriores. A Manuel todo le parecía un simulacro de pesadilla de la que, en cualquier momento, se podría despertar bañado en sudor y con la cabeza borracha por la humedad y calidez de su propia adrenalina. No obstante, su verdadero despertar sería lento y doloroso. Largo y humillante.

—¿Qué te parece la pareja de tortolitos que hemos cazado esta tarde, Julián?, —preguntó el hombre que les había estado esperando armado dentro de la casa. Julián era el verdadero nombre del actor detrás de la máscara de Desiderio. O quizá fuera el nombre ficticio del propio Desiderio. En aquel momento, nada de eso importaba.

—Me parece de lujo, *Sex*. En realidad, te digo que me parece una auténtica maravilla.

(¿*Sex?, ¿Sex Machine*?… Oh, Dios mío. Oh, Santo Dios).

—Me parece que va siendo hora de que le quitemos el bozal a esta perrita, ¿no crees?

—Puede ser que sí, quizá tenga algo importante que decirnos.

Sex Machine se agachó y permaneció un instante en cuclillas frente a Silvia. Manuel lo observaba todo desde su posición, incapaz de articular palabra, con el corazón desbocado bajo el pecho y la inefable sensación de que su cabeza acabaría igual que la sandía que ahora reposaba a sus pies. Quería apartar la mirada de aquella desagradable escena, pero sabía que más tarde sería incapaz de perdonarse no haber compartido el dolor de su mujer en esos instantes. Por eso, continuó mirando. El individuo que se hacía llamar *Sex Machine*, posiblemente el propietario del *Renault 19* que estaba aparcado a la entrada de su bonita casa de campo, se inclinó sobre el rostro de Silvia y lo lamió desde la barbilla hasta la frente, dejando un rastro de saliva maloliente para marcar la carne que ahora le pertenecía. Acto seguido, arrancó el esparadrapo de los labios de la bonita y asustada mujer. Silvia respiró con ansia y, al intentar hablar, se atragantó.

—Silvi… —empezó Manuel.

—¡Cariño! ¡Cariño! ¡Lo siento, perdóname! ¡Creía que eras tú! ¡Creía que eras tú y por eso abrí la puerta! ¡Perdóname, cariño, perdóname!

—Silvia… —volvió a repetir, incapaz de decir nada más.

—Muy bonito, Silvi, muy bonito. No me habías dicho que tuvieras un nombre tan sexi —continuó *Sex Machine* en una clara demostración de que la tortura sería tanto física como psicológica. Y que esta, además, sería larga. Muy larga.

El asaltante se levantó del suelo y se dirigió hacia el sobrio mural de madera que se erguía empotrado en la piedra de la pared principal del salón. Corrió una puerta deslizante y descubrió el mueble-bar.

—A ver qué tenemos por aquí para amenizar la velada. Mmmmmm, ¿*whisky* peleón, eh? Bueno, tampoco esperaba nada mejor. —El hombre agarró una botella de *Ballantines* y desenroscó el tapón. Se la llevó a la boca y vertió un generoso chorro del alcohólico elixir en su gaznate. Después, le lanzó la botella a su compañero, igual a como lo había hecho antes con la escopeta—. Huelga decir, zorra, que si se te ocurriese mover un solo dedo

mientras te esté haciendo lo que te voy a hacer a continuación, aquí mi amigo le volaría una buena porción de cabeza a tu hombre en un abrir y cerrar de ojos.

Silvia, mientras tanto, seguía reclamando el perdón de Manuel, tal vez como mantra desesperado para no volverse loca en mitad de aquella situación. Por ese motivo, o por otro cualquiera, Manuel no era capaz de hacerle callar, de calmarla, de asegurarle que todo saldría bien.

Desiderio/Julián atrapó la botella al vuelo con menos habilidad de la que antes había hecho gala para agarrar el arma, derramando un poco de *whisky* sobre el suelo del salón y sobre la propia sandía troceada.

—¡Mira, ya tenemos lista la macedonia!, —gritó con entusiasmo, señalando su chiste.

Los dos hombres rieron con ganas mientras Desiderio/Julián, a su vez, se llevaba el cristal a la boca y probaba un largo trago de la botella.

Fue en ese momento cuando Manuel decidió que debía actuar, y en un acto estúpido por su parte, se levantó de un salto y salió corriendo hacia su mujer, quien, asustada, dejó de lamentarse por primera vez desde que le hubieron quitado la mordaza. Apenas había cruzado la mitad del salón cuando el rifle detonó en mitad de la estancia cerrada, embebiendo el rugido de la tormenta dentro de la propia casa. Manuel cayó deslavazadamente sobre el pedazo de suelo que en invierno solía estar cubierto por la alfombra de piel de oveja que compraron en su luna de miel en Túnez. Silvia gritó con el cuello estirado, desgañitándose en su duelo verbal con un cielo que no le ganaba en ansias, pero sí en potencia. Manuel también comenzó a gritar, llevándose la mano al muslo ensangrentado, sembrado de perdigones del tamaño de guisantes. Su pierna comenzó a escupir chorros de líquido vital, y con una mano intentó taponar el agujero que se vaciaba a cada pulsión. Después tendió la otra mano en busca del contacto con su mujer, consciente de que posiblemente fuera el último, pero Silvia no pudo alcanzarle. *Sex Machine* lo evitó propinándole una patada en la cabeza que le nubló la vista por unos segundos.

—¡Ya estamos con las gilipolleces! ¡¿Qué pretendías hacer con esa actitud, eh?! ¡Dime!, —le sermoneó el mismo hombre que le

acababa de patear, con un inequívoco tono de disgusto en la voz, quebrada a su vez por el trago de alcohol que acababa de pegarse.

Después lo agarró por los pelos y lo puso en pie, pero Manuel no pudo aguantar el peso de su cuerpo con la pierna herida y, al ser empujado contra el granjero de nombre incierto, volvió a caer al suelo. Este le hizo un gesto de negación con un dedo, mientras con la otra mano hacía oscilar el rifle aún humeante.

—¿Po-por qué… por qué nos hacéis esto?, —quiso saber Manuel desde el suelo, con la voz entrecortada por el llanto. Un llanto que era a partes iguales de impotencia, desesperación y dolor.

—¿Sabes? Es curioso… en otras circunstancias me habría reído de tu pregunta, e incluso te habría pegado un tiro en la cabeza como respuesta, pero esta vez te voy a contestar —dijo *Sex Machine*, mostrándose displicente con Manuel—. Y no es porque seas tú, no te creas tan importante. Lo haré para que no te equivoques, para que te quede bien claro por qué a ti y no a otro. En primer lugar, no tenemos ninguna razón especial para hacer lo que hacemos, ¿me equivoco, Julián?

—No te equivocas, amigo, ¿por qué habríamos de tener alguna razón?

—Esa es la cuestión. ¿Por qué tiene que haber siempre una razón para todo?

»Te podría decir que hemos venido a por ti porque tienes una preciosa mujer y una casa de lujo a las afueras de este pueblo de mala muerte. Que nos ha traído hasta ti esa más que evidente muestra de tu holgura económica. Que hemos venido para robarte y darte una lección de chico pobre a hombre rico. Te podría decir eso para que te sintieras mejor, pero lo cierto es que aquí mi amigo y yo somos dos personas que andamos bastante desahogadas en el aspecto económico, a pesar de lo que puedas creer. En realidad, somos dos personas a las que no les interesan el dinero ni la fortuna de los demás. De hecho, no tenemos ni la más remota idea de quiénes sois, ni de dónde venís. Solo sabemos que estamos aquí, y el porqué te lo fabularé a partir de un cuento, si no te importa. Ese cuento se llama *Caperucita Roja*, supongo que habrás oído hablar de él.

»En el cuento, un lobo muy feroz se adelantaba a la muchacha de la cestita en su solitario camino por el bosque y la esperaba en casa de su abuelita tras habérsela comido, con la evidente intención de devorarla a ella también. De todas las veces que he escuchado contar este cuento delante de niños y padres, nunca nadie se preguntaba por qué el lobo hacía lo que hacía. La gente, simplemente, asistía al curso del relato y asumía como necesario el grotesco hecho de que el lobo se hubiera zampado a la abuelita de aquella niña tan mona. Lo aceptaban porque era un lobo. Y los lobos son bestias. En la realidad, las bestias no tienen maldad. La maldad del lobo del cuento viene dada por la única e inexcusable realidad de que se le ha antropomorfizado, se le ha otorgado el carácter y las cualidades de una persona. ¿Acaso no somos conscientes, desde la primera vez que escuchamos el cuento, de que tras la piel del lobo se esconde la esencia de un hombre muy malvado, asesino de ancianas y violador de niñas? Claro que sí. Sin embargo, como digo, a pesar de que lo sabemos, o lo intuimos, se lo perdonamos porque es un lobo, y se supone que los lobos se comen a las personas. Los animales matan porque son animales, porque no sienten remordimientos, ni pena, ni tienen que dar explicaciones ante la ley o ante la justicia. Ni ante su propia moral. Matan de la misma manera que follan, sin importarles dónde, ni mucho menos con quién. ¿Cambiarían mucho las circunstancias si hubiéramos irrumpido en tu mansión disfrazados bajo una piel de lobo? Para vosotros dos, seguro que no. Al menos, no demasiado. Pero para la gente que leyera nuestro cuento, seguro que sí. Siendo así, obtendríamos el perdón del público. El hombre no tiene por qué dejar de ser un animal. Y aquí, en el campo, lejos de la civilización, uno puede sentir el pulso de su raíz animal. Uno puede escuchar la llamada de sus más bajos instintos. ¿No os sucede eso a vosotros también?

—Estáis locos —dijo Manuel, cada vez más convencido de que iba a morir aquella tarde. Tal vez aquella noche.

—No estamos locos —continuó aquel lobo disfrazado de persona.

»Representamos la esencia animal que a ti y a tu mujer os faltan las agallas de recuperar. Representamos la libertad del instinto. ¿O acaso habéis viajado hasta vuestra casa del pueblo para hablar de política y de trabajo? Ya lo creo que no. Habéis venido aquí para follar. Para follar como animales. He visto las fotos y, ¿sabéis lo que pienso? Pienso que habéis dejado al niño con sus abuelos o con quien coño sea para poder pasar unos días solos sin la necesidad de poneros los disfraces que soléis llevar en vuestras vidas. Habéis venido al campo para poder pasearos desnudos por la casa y dar rienda suelta a vuestras fantasías. ¿Sabéis otra cosa? En realidad pienso que el carácter exorcizante de la violencia no se diferencia demasiado del poder que tiene el sexo. Habéis venido hasta aquí para comportaros como animales. Y ahora tú me llamas loco por trataros como a los animales en los que os veníais a convertir. Eso sí que no tiene sentido.

—¡¡¡¡AÚUUUUUUUUUUUUUUUUU!!!! —Julián demostró su conformidad con las palabras del gurú del grupo profiriendo un aullido espeluznante que se elevó por encima de la tormenta.

—Eso mismo digo yo… Y ahora, dejémonos de tanta palabrería y pasemos a la parte interesante, al *tour de force* del cuento, que podríamos decir. Para empezar, me estoy meando.

Sex Machine se palpó el paquete y, acto seguido, se bajó la cremallera de sus pantalones vaqueros. Se giró hacia Silvia, que comenzó a retroceder pegando pequeños brincos con las rodillas mientras pronunciaba algo inútil de manera entrecortada. El hombre calvo y encorvado de aspecto dudoso y verbo fácil hizo un gesto dirigido a Julián, levantando una mano. En seguida, Julián volvió a apoyar su rifle contra la cabeza de Manuel, que en ese momento escupía un coágulo de sangre por la boca. Silvia entendió la amenaza y, a sabiendas de lo que habían sido capaces de hacer hacía tan solo unos minutos, utilizando toda la fuerza de su maltratada voluntad, logró mantenerse quieta. El individuo que se había bajado la cremallera delante de la mujer se sacó a continuación el pene a través de la abertura de los pantalones. Silvia bajó el rostro y comenzó a gimotear con mayor intensidad.

—Levanta la cara, bonita —musitó con dulzura.

Tras unos segundos de escatológica tensión, el pene de *Sex Machine* empezó a descargar un generoso chorro de orina sobre el rostro de Silvia. La mujer, indefensa y más asustada que nunca, soltó un gritito de sorpresa.

—Ahora abre la boca, princesa… —dijo—. Y tú, hombre, mira bien lo que hago. Mírame e intenta comprender por qué lo hago. Si se te ocurre algo bueno, quizás así lo puedas aceptar.

—¡No, por favor, por favor no, por favor, por favooooooor! —Silvia se retorcía bajo la potente meada de *Sex Machine*, intentando girar el rostro para que no le cayera directamente encima, pero sin atreverse a agachar la cabeza por miedo a que volvieran a hacerle daño a su marido. Como al suplicar tragaba el repugnante orín de aquel degenerado, decidió callarse y rezar en silencio.

—Chupa el cañón.

—¿Qué?

—Que chupes el cañón del rifle, amigo —volvió a repetir Desiderio/Julián en un tono muy distinto al que había estado empleando hasta entonces con Manuel. Era uno de los lobos del cuento, y como buen lobo de cuento, se había presentado en escena con piel de cordero.

Manuel, de cuya pierna no dejaba de brotar sangre —la que, a pesar de su empeño, seguía escapándosele por entre las manos—, empezaba a sospechar que alguno de los perdigones le había tenido que seccionar algún vaso importante. En lugar de hacer caso a aquel lobo con piel de granjero, le lanzó una petición desesperada:

—Primero déjame que me haga un torniquete —dijo—. Con la camiseta.

—Primero harás lo que yo te diga. Y lo que quiero ahora es que chupes el rifle mientras *Sex* se mea encima de tu mujer. —El tono de Julián era el de aquel que necesitaba excitarse con urgencia para satisfacer su onanismo más sucio y arrastrado.

—Si no me practico un torniquete ahora mismo, perderé el conocimiento y moriré desangrado.

—¡Maldita sea!

—¿Qué sucede, Julián? ¿Cuál es el problema? Luego os la podréis machacar mientras miráis como me la tiro, pero dejadme que me desahogue primero. —Parecía que nunca fuera a dejar de mear, y la bajeza de aquella grotesca imagen era tan desagradable

como sus propias palabras. El orín caía por la cara, la boca y los ojos de Silvia, que en ese momento volvía a llorar. Sus pechos relucían a la luz de la lámpara que pendía del techo, otorgándoles un brillo maloliente, pero, de alguna sucia manera, seductor. Mientras tanto, Manuel comenzaba a desmayarse. Sin embargo, no podía dejar de mirar. Por alguna extraña razón, había algo en aquella escena que le impedía apartar la vista de su mujer. Lejos de toda depravación o locura pasajera, había algo que…

—Está bien… ¡Joder! Háztelo, rápido.

Manuel hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban y se sacó la camiseta. La desgarró con ambas manos mientras *Sex Machine* escanciaba las últimas gotas sobre el pelo de su mujer. Después, Manuel enrolló el tejido hasta formar una cuerda tensada. La pasó por encima de su rodilla izquierda e intentó atarla con todas las fuerzas que fue capaz de reunir. No fue suficiente.

—Tendrás que echarme una mano, Desiderio —dijo, al tiempo que *Sex Machine* volvía a taparle la boca a Silvia con un nuevo pedazo de esparadrapo, el pene colgándole aún por fuera de los pantalones. En ese momento se los bajó por completo y se colocó por detrás de ella. Después la agarró por los muslos y comenzó a sacarle las braguitas, mientras ella intentaba zafarse propinándole coces. Manuel apartó la mirada por primera vez desde que había empezado aquel salvaje acto. Silvia se retorcía, luchando por su integridad, defendiendo su vida y su honor. Después de tanto tiempo comportándose como una muñeca de trapo, sin alma, sin ganas de vivir, Manuel pensó que era esa entrega la que le tenía hipnotizado. Quitándole lo único que Silvia creía tener a salvo, estaban devolviéndola forzosamente a la vida.

—Agarra de este lado y estira fuerte, por favor… No puedo hacerlo yo solo —sollozó.

—Mierda, date prisa, que nos vamos a perder lo mejor. —El hombre disfrazado de granjero se agachó con ansia, apoyando la culata del rifle en el suelo, sin dejar de mirar un solo instante cómo su compañero violaba a la mujer. Con la otra mano agarró uno de los extremos del nudo y comenzó a tirar, mientras Manuel hacía lo propio con el de su lado.

Fue entonces, cuando la cabeza de Desiderio se acercó lo suficiente a la de Manuel, cuando este echó la suya hacia atrás y la

descargó contra el cráneo de aquel hombre. El sonido fue bastante parecido al que había hecho la sandía al caer al suelo. Para Manuel, el salón se volvió del color de las hormigas, y para cuando estas quisieron empezar a dispersarse, apenas tuvo tiempo de ver cómo Julián se abalanzaba sobre él para rematarle. No obstante, licencias del que se permite escribir esto, el granjero resbaló con el agua de la sandía y el *whisky* derramado, y cayó hacia atrás con estrépito. *Sex Machine*, quien todavía no había sido capaz de iniciar la penetración, se quedó parado con el pene erecto asomando tras el culo desnudo y enrojecido de Silvia. Manuel se incorporó con una pierna y le arrebató el arma a Desiderio/Julián, que mientras se intentaba levantar fue empujado contra la chimenea, hacia una de las paredes laterales del amplio salón. Manuel tuvo que apoyar la pierna dañada para hacer la suficiente fuerza como para sobreponerse a su asaltante. Cuando, embargado por una lacerante sensación de desgarro y rotura, lo consiguió, apuntó con el rifle a la cabeza del granjero de la sonrisa de tiburón.

La acción en este tipo de sucesos se suele desarrollar con una rapidez solo equiparable a los reflejos musculares del que sale vencedor. La narración, por tanto, se queda en un simple esbozo esquemático de la cinética de la carne. Sabiendo esto, lo que viene a continuación es un esquema de la acción de la venganza, un boceto del bosque que se abre y da a luz al lobo, a Caperucita y a la abuela. Contemplemos la lógica de la carne herida.

Manuel encasquetó el rifle en el interior de la boca de Julián sin querer hacer aquello de manera concreta. Solo pretendía deshacerse de él, pero entre el tamborileo acuoso de su cabeza y el dolor colosal de su pierna, mezclado con la adrenalina del instante y un fugaz pensamiento de que nunca antes en su vida había disparado un rifle, introdujo la cabeza del arma en la boca del granjero lujurioso y apretó el gatillo. El disparo tembló entre las paredes de la casa mientras un racimo de agujeros rojos florecía a través del carrillo derecho, la barbilla y la nariz de aquel al que habían llamado Julián. La sangre brotó espesa a través de los orificios practicados, pero al instante comenzó a chamuscarse entre volutas de humo con olor a alcohol y carne asada. Julián abrió la boca, con los globos oculares sujetos por un rojizo puñado de capilares hinchados. A través de ella, Manuel pudo ver el pequeño incendio

provocado al instante por la mezcla de la pólvora, el *whisky* y la detonación. La imagen de aquella cabeza iluminada y ardiente que evaporaba la grasa de la cara deformada del granjero entre sonoras pompas sanguinolentas le hizo recordar a Manuel que el famoso y aclamado *Sex Machine* estaba violando a su mujer. Se giró justo cuando Julián caía desplomado al suelo, sujetándose la cabeza y emitiendo un ronquido gutural, tal vez el único sonido que podría emitir a partir de entonces, con la lengua perforada por el metal y quemada por la pólvora. *Sex Machine* seguía detrás de Silvia, con el pene tan erecto como antes, pero esta vez sin aquella estúpida sonrisa de lobo feroz caricaturizando el efecto de su expresión. Se volvió de manera torpe y lenta con los pantalones por los tobillos, echándose las manos a la cara para protegerse del inminente disparo. Manuel le apuntó a la cara, pero en ese instante su pierna cayó derrotada en su lucha por mantenerlo en pie, y mientras hacía su segundo disparo, se derrumbó con pesadez. Los perdigones alcanzaron a *Sex Machine* en el lugar de su anatomía que más sangre acumulaba en ese momento: el pene le explotó en un globo de músculo inflado al ser atravesado por la metralla, que le perforó también los testículos y el bajo vientre. La inmundicia salpicó la espalda, el trasero y las bragas de Silvia.

El rugido de dolor resultó ensordecedor, pero al cabo quedó relegado a una anécdota sangrienta en mitad del máximo apogeo de una tormenta que, en ese instante, se encontraba descargando justo encima de aquel árbol de llagas.

4. Caperucita y el lobo

El hombre calvo con los pantalones por los tobillos había dejado de ser el macho dominante de aquella jauría de lobos para pasar a convertirse en un guiñapo retorcido y palpitante cuya entrepierna había mutado en una suerte de fuente eviscerada y sangrante. Una vez quedó abatido en el suelo, gritando y pataleando, Silvia se puso en pie como pudo y echó a correr encorvada, con las manos atadas a la espalda y los ojos saliéndosele de las órbitas. Cuando llegó hasta Manuel, le restregó su cabeza contra el pecho y la cara, como un animalillo herido —*como un animalillo en celo*— que acabara de escapar de su amo maltratador. Manuel la besó y la abrazó con ansia posesiva, sintiendo el calor de los pechos mojados contra su torso, también desnudo. Le quitó el esparadrapo de los labios y la besó con violencia. El hedor a orina que manaba del rostro de su mujer, junto con el tufo a sangre revuelta y a carne chamuscada que inundaban la sala, le acabaron por retorcer las tripas, y en ese último instante fue capaz de apartar la cabeza y vomitar los restos del sándwich de queso y de la comida de aquel mediodía sobre la chapa metálica que cubría la chimenea.

Al final, Manuel cayó desmayado sobre su propio vómito.

Cuando despertó, abrumado por los alaridos de dolor que procedían desde detrás del sillón, Silvia regresaba de la cocina con un botiquín en la mano. Había conseguido liberarse de las ataduras que le aprisionaban las muñecas —y que habían estado penetrando con firmeza en las violáceas cicatrices de la memoria de su hijo— con un cuchillo de sierra que llevaba en la otra mano. Su expresión era la de la viva locura. Por completo desorientada, se acercó hasta Manuel y le dejó el botiquín entre las piernas. Acto seguido, arrastrando por el parqué la hoja serrada del enorme cuchillo, se acercó a gatas hacia el lugar donde su viejo compañero de juergas seguía retorciéndose y gritando. Silvia rodeó el sillón por la parte de atrás. Desde su posición, apoyado sobre un brazo a uno de los lados de la chimenea, Manuel podía ver el torso desnudo de su

mujer, sus pechos firmes y pequeños, su cabello crespo y despeinado, sus ojos incapaces de fijarse en algo más allá de aquel hombre agonizante. Del calvo lenguaraz solo veía su cabeza y su brazo derecho por detrás del sillón. Estaba tendido bocarriba, clamando al cielo mientras se desangraba por el abdomen. Silvia se agachó y desapareció por un momento de su campo de visión.

—Silvi, no…

En un segundo, los aullidos de dolor del lobo se tornaron en un gorgoteo ululante, y el brazo derecho de *Sex Machine* quedó crispado en un rictus de agonía. Manuel pudo ver un arco ascendente de finas gotas de sangre que mancharon la tapicería del sillón. Le siguió un sonido como de carnicería, de algo rasgándose y abriéndose, tendones saltando y músculos partiéndose. En un momento dado, la pierna peluda de aquel que decía ser un lobo con piel de hombre se movió en un espasmo y asestó una patada a la mesa de madera. Un instante después, dejó de gorgotear y de moverse. Silvia se incorporó entonces por detrás del sillón. Su rostro aparecía cubierto de sangre. Tenía el cabello *enlacado* con hemoglobina y sus pechos completamente bañados en aquel líquido viscoso, que le caía en espesas gotas desde los pezones erectos. Aturdida, fue ella quien vomitó esta vez sobre el cadáver del hombre mutilado. Se derrumbó por detrás del sillón, dejando caer sobre este el cuchillo de panadero con el que acababa de practicar un desuello. Se quedó allí, inmóvil, lejos de la mirada empantanada y obtusa de Manuel.

—Silvia, cariño…

Y en ese momento, Silvia gritó como nunca antes había gritado en su vida.

Manuel se metió tres calmantes en la boca y los tragó como un pato, engulléndolos sin tomar agua. Del botiquín obtuvo dos vendas que se enrolló alrededor del torniquete, y que al instante quedaron empapadas en sangre. Tenía la mandíbula hinchada y apenas podía hablar. Un sonido de uñas sobre la madera le hizo percatarse de que no había vuelto a mirar hacia atrás desde que le había descerrajado aquel tiro en el gaznate a Desiderio, el visitante inoportuno. Cuando lo hizo, comprobó que este había permanecido sin conocimiento

durante todo aquel tiempo, y en ese momento intentaba ponerse en pie a pesar del horrible temblor que sacudía sus piernas. Tenía la cara coloreada en un desagradable tono parduzco, la mejilla derecha se había convertido en un amasijo de carne retorcida y chamuscada que despedía un acre olor a estercolero. No quedaba ni rastro de la blancura dental que le hacía brillar cada vez que se prodigaba en su amplia y excelsa sonrisa. El hombre se apoyó contra una de las esquinas de piedra del salón y siguió avanzando a trompicones hacia la entrada a la casa. Manuel se estiró a pesar del terrible dolor de su pierna y alcanzó el rifle. Apuntó al falso granjero justo antes de que este desapareciera tras la esquina y apretó el gatillo. De la garganta reseca del rifle solo brotó un chasquido metálico. No quedaban cartuchos. Manuel intentó incorporarse, pero descubrió que no podía hacer ni un último esfuerzo para tenerse en pie. Entonces, apoyándose contra uno de los atizadores ornamentales de acero, desenvainó el metal y salió a rastras detrás de Julián o de Desiderio. Cuando este le vio aparecer, emitió un chasquido con la garganta, tan seco como el percutor del rifle al golpear el aire apelmazado en sus entrañas. Sus ojos se abrieron de par en par y se aferró con pavor al pomo de la puerta. Manuel avanzó lo más aprisa que pudo sobre ambas manos, arrastrando tras de sí la vara de metal acabada en punta de bayoneta. Mientras Desiderio conseguía girar la manecilla de la puerta, Manuel levantó el brazo y lanzó el acero contra la cabeza del granjero. Su pulso tembloroso, o el azar de un destino demasiado benévolo con Julián, quisieron que no acertara en su ataque. No obstante, el arpón se clavó con fuerza en el panel interior con que estaba forrada la puerta de madera, pillando el lóbulo de la oreja izquierda de Julián entre medias. El criminal no pudo emitir quejido alguno más que otro *claqueteo* nacido entre las paredes maltrechas de su garganta. Se aferró al mango de madera del atizador e intentó tirar de él hacia atrás para liberarse, pero la punta estaba tan clavada en la madera que todo esfuerzo fue en vano. Como Manuel siguió avanzando inexorablemente, gritando palabras a medio articular debido a la hinchazón de su mandíbula, Julián no tuvo más opción que tirar de su cabeza, estirando contra natura el lóbulo de la oreja hasta que este quedó con la forma y la textura de una tira de chicle tensada. Acabó por rajarse en una

nueva fiesta de sangre. Justo cuando Manuel le agarraba del tobillo, Desiderio lograba abrir la puerta y, sacudiéndose la pierna y el pavoroso tembleque que llevaba adherido a su propio miedo, consiguió zafarse de su perseguidor para siempre. Corriendo de manera atropellada, Desiderio/Julián salió a la noche en mitad de la tempestad, pisando los hierbajos y los charcos embarrados del descuidado camino de entrada a la casa. Manuel no se rindió y siguió arrastrándose tras sus pasos, borracho de un éxtasis de muerte y violencia muy próximo al que había profetizado el malogrado *Sex Machine*. Quería agarrarlo para hacerle trizas con sus propios dientes. Salió a la calle y dejó que las gotas de lluvia resbalaran sobre su rostro magullado, sobre su pierna malherida. Dejó que rebotaran sobre la venda y tornaran el rojo intenso de la sangre en un amable color rosado.

Cuando Silvia apareció de pie en el umbral de la puerta de entrada, Desiderio ya se había metido dentro del coche y lo estaba intentando arrancar. Silvia salió entonces corriendo tras él, saltando por encima de Manuel, con los pies descalzos pisando el barro y los pechos desnudos siguiendo el ritmo de su carrera. Le dio alcance y golpeó con los puños en la luna trasera del *Renault 19*. No obstante, el granjero Desiderio consiguió salir para siempre de esta masacre de papel, acelerando con furia la máquina del sexo y perdiéndose de vista entre la lluvia.

Silvia se apoyó sobre sus rodillas, intentando cobrar el aliento mientras el agua resbalaba por su piel, arrastrando la sangre y la orina, así como los jirones de piel y cabello que tenía adheridos a su cuerpo semidesnudo. Cuando se volvió, dos regueros de color púrpura caían por sus ojos a modo de lágrimas de payaso desquiciado. El agua empapaba sus braguitas, que transparentaban su sexo bajo la tenue luz procedente de la casa. Se acercó hasta Manuel, que yacía en el suelo con el rostro vuelto hacia el cielo, jadeando, con la pierna estirada y las manos aferrándose al barro que se estaba formando alrededor de la silueta de su cuerpo. Silvia se colocó justo encima de su marido y descendió con brusquedad. Sus miradas se cruzaron sin un atisbo de reconocimiento mutuo. Solo había sed en aquellos dos pares de ojos. Sed animal. Lujuria en sus instintos.

Mientras se acercaba, Manuel le agarró del cuello por detrás.

Con la tosquedad de la urgencia y la brutalidad de una fiera, frotando los dedos sobre la piel desnuda de su amante al compás de la sangre que le bajaba por la cintura… se acercó deprisa y la besó con violencia. Pudo sentir la calidez y la humedad de sus labios suplicantes, mezclándose con el barro y con esa textura extraña de las malas hierbas que crecían por doquier en un estallido de salvaje liberación. Deslizó su otra mano a través de la tela empapada de su ropa interior, por su hombro descubierto, avanzando hacia el pecho excitado y aún manchado de sangre reseca que se volvía a reblandecer a causa del agua, arañando la orografía de sus senos. Los tomó como si fueran de goma y pellizcó los pezones con sus dedos. Se miraron a los ojos y él la lamió entre las cejas, en la frente, en la sien, mordiendo con fuerza el lóbulo de su oreja, haciéndola sangrar. De repente, Manuel sintió cómo ella se estremecía entre sus brazos y acto seguido crispaba sus músculos entre los de él.

Pero esta vez no lloraba.

Esta vez, Manuel la agarró con firmeza y la penetró.

Revolcados en el lodo, arañándose la piel, bajo un cielo justiciero que los castigaba con la dureza de sus rayos y de sus truenos, derramando el agua de su propio lamento…

… Silvia y Manuel follaron como animales.

Cuando nos quedamos solos

Relato ganador del IV Premio Liter de literatura fantástica

Alrededor de una hora después de que se hubieran ido sus padres, Mario le propuso a su hermano mayor jugar al escondite. Cuando le miraba así, con los ojos bien abiertos drenando a puños su ilusión, Jesús no sabía decirle que no.

—Pero no sé cuánto tiempo tardarán papá y mamá en regresar.

La mirada muda de Mario le indicaba que eso no importaba. Por ello, cuando su hermano se levantó de la silla, este apagó la luz de la habitación y salió corriendo a través del pasillo. Jesús cruzó el umbral de la puerta justo a tiempo para atisbar sus talones vaporosos perdiéndose en la oscuridad del salón.

—¡Cuenta hasta veinte!, —le llegó la vocecilla ojerosa de su hermanito de tres años desde algún rincón suspendido entre la cocina y el abismo de la oscuridad que reinaba en toda la casa.

Jesús desanduvo sus pasos y se tiró sobre la cama cuan largo podía llegar a ser un niño de diez años, apretando el pulpejo de sus manos contra los ojos aburridos. Contó hasta veinte de uno en uno, a cada número una pulsión de su corazón intranquilo y medio feliz. Cuando acabó, millones de hormigas danzaron ante sus pupilas, recortándose en negativo contra los párpados aún aturdidos por la presión de sus manos. Jesús se incorporó entonces y gritó:

—¡Vooooy!

Al hacer esto, sin ninguna razón aparente, sintió un leve estremecimiento bajando con pies descalzos y fríos por su espalda.

Avanzó despacio hacia la puerta y oteó el pasillo. El corredor

parecía eterno, flotando inerte en la ausencia de luz. Las paredes contenían la respiración, cómplices de un juego que también era el suyo. Jesús atravesaba las tinieblas despacio, esperando escuchar algún ruido, muy alerta. Se paró ante el umbral de la habitación de Mario. La puerta estaba cerrada. Asió el pomo e hizo llorar a los goznes. Dentro, todo estaba más oscuro. Las persianas aparecían bajadas, como los párpados cansados de un gigante de yeso y hormigón. Jesús entró, con cuidado de que la puerta no se cerrara tras de sí. No le gustaría quedarse encerrado ahí adentro, razón por la que se aferraba con vehemencia al mortecino fantasma luminoso que se filtraba desde el pasillo. Las estanterías rebosaban de juguetes congelados en el tiempo, acumulando polvo sin que nadie les prestara atención. Sobre la mesilla descansaba una lamparita algo tímida, con la cabezota agachada, quizá triste. La cama estaba coronada por una valla protectora de color blanco, y sobre ella dormitaba una caja de cartón de grandes proporciones. Jesús pensó en la posibilidad de que Mario se hubiera escondido allí adentro, pero al cabo desechó esa idea por tonta e improbable. De estar allí, yacería bajo la cama, tragando polvo. Para probar su idea, Jesús se paró en mitad de la habitación y guardó silencio. Todos los ruidos huyeron en retirada, ocultándose entre las sombras de los ángulos menos accesibles del cuarto. Nada se movía, pero todo permanecía atento. Entonces, al igual que aquel escalofrío le había cogido por sorpresa con anterioridad, Jesús temió de repente que la manita trémula de su hermano sesgara la penumbra y agarrara su tobillo por debajo de la cama. Ante la textura imaginada de ese tacto, pegó un leve respingo y retrocedió un paso. Miró el rectángulo de aire negro que se debatía entre las fauces cubiertas por los faldones y volantes del edredón, pero seguía sin ver nada. Por alguna razón, decidió que ya no le gustaba continuar buscándole allí adentro, así que dio media vuelta y salió, volviendo a cerrar la puerta quejumbrosa a su espalda.

Nada más salir, decidió engañar a Mario valiéndose de su corta edad, así como de su propia e incipiente picardía. Colocando ambas manos alrededor de su boca a modo de amplificador, gritó:

—¿Se pueden encender las luces?

Pero Mario no contestó.

Jesús se sintió un poco avergonzado por haber dudado de la

inteligencia de su hermanito, quien hábilmente había mantenido la boca cerrada para no delatar su posición.

Como quiera que entonces comprendiera que no recibiría ninguna concesión por parte de Mario, Jesús volvió a ponerse en marcha, rumbo al salón. Sus ojos ya se habían adaptado a la oscuridad todo lo que unos ojos atenazados por la tensión crispada de un dulce y macabro juego infantil podían adaptarse a ella. Más que andar, avanzaba con las manos extendidas, palpando el papel de las paredes del pasillo, sembrado de florecillas amarillentas y descuidadas, sin luz con la que poder hacer su fotosíntesis artificial. Llegó entonces al umbral del salón y le abrumó la inmensidad de aquella sala nodriza, matriz de la casa, atravesada en su costado por las escaleras que bajaban al cuarto trastero. Pensó en correr hacia ellas, pero concluyó que, de haberse encerrado en el trastero, su hermanito ya le podía esperar sentado. Por eso giró sobre sus talones y se encaminó hacia la cocina, reino de alacenas ocultas y armaritos secretos donde poder esconderse. Apenas dio dos pasos cuando escuchó algo por detrás. Solo un rumor, un murmullo con eco, un gemido lanzado desde el extremo opuesto de la galaxia. Jesús se quedó helado, sus huesos echaron el ancla en aquel punto del salón, suplicándole que no regresara por donde había venido.

Pero aquello era un juego, así que Jesús dio media vuelta y se enfrentó de nuevo a la boca desdentada de la puerta del pasillo. Fuera lo que fuese aquel extraño rumor de ultratumba, seguía escuchándolo. Volvió a recorrer el intestino empapelado que comunicaba las habitaciones de los dos hermanos, el cuarto de baño y la habitación de sus padres al fondo. Se paró ante la puerta que hacía apenas un minuto había cerrado con un aborto de repelús retozando entre los pelillos de la nuca. La observó con atención. Un segundo después, descubrió que el sonido no procedía de allí, sino de la pared opuesta.

Alguien estaba pronunciando su nombre desde el cuarto de baño. Pero no con un susurro. Era más bien un sonido burbujeante y hueco, preñado de eco. Como la puerta estaba abierta, Jesús entró sin más y se acercó a la fuente de aquellos lamentos, que no era otra que la bañera, situada al fondo del pequeño cuarto. Las cortinas estaban echadas, ninguna luz permitía adivinar lo que se ocultaba tras ellas. Jesús tomó aire y lo expulsó entrecortadamente.

En aquel momento se arrepentía de haber aceptado el juego de Mario, pero sabía que no le quedaba más remedio que acercarse hasta la porcelana resquebrajada de la bañera y seguirle la corriente. El cuarto estaba en obras y aparecía cubierto de polvo de yeso. Ya nadie lo utilizaba.

Se acercó con sigilo, sin dejar de escuchar aquella voz de túnel que invocaba su nombre. Agarró el plástico de las cortinas cerrando con fuerza su mano en un puño diminuto, las descorrió despacio, asomando la cabeza con precaución, preparándose para el susto… pero allí no había nadie. Rápidamente, sus ojos cayeron en espiral hacia el sumidero, por donde reptaba aquel sonido escalofriante. Jesús se inclinó sobre la porcelana helada y sucia, se dejó engullir por la absoluta oscuridad que gobernaba aquel orificio de cualidades casi antropófagas. Miró en su interior mientras la voz variaba su discurso:

—Jesús —graznaba—, estoy aquí adentro… no puedo salir… ayúdame… ven a por mí, no me dejes solo…

De nuevo sintió un escalofrío, y esta vez le acarició con dedos de pluma, abrazando toda su espalda. Jesús gritó al agujero:

—Mario, eso no me hace ninguna gracia. Deja de hacer tonterías.

A pesar de saber que su hermanito no podía haberse colado por ahí, Jesús gritaba hacia el interior del sumidero de la bañera. En realidad, aquella voz acuosa procedía de allí mismo, hacía gárgaras en las profundidades higiénicas de la bañera desastrada. Aquí y allá faltaban azulejos en las paredes. Justo encima del grifo se abría otra oscura oquedad, iniciada por su padre hasta el punto en que se había hecho necesaria la ayuda de un fontanero. Aunque de medidas nada desdeñables, Jesús sabía que Mario tampoco podía haberse colado por ese agujero.

—Jesús… ayúdame, por favor, está muy oscuro aquí adentro… está mojado, no puedo respirar. Ayúdame, hermanito…

En este punto, Jesús comenzó a preocuparse de veras. Se metió dentro de la bañera, ensuciándose las perneras de yeso, y se arrodilló ante el sumidero metálico y ciclópeo.

—Mario, sé que me estás engañando. No puedes haberte caído por aquí —dijo Jesús al agujero negro, con un deje de inocencia quebrando apenas el hilillo de su voz—. Es imposible…

—No me dejes solo, Jesús… por favor… tengo los dedos arrugados… el agua me… el agua me ahoga…

Una vez más, se hizo el silencio, dejando la angustiosa frase de Mario suspendida en el tiempo. Jesús tenía los ojos muy abiertos, como si por ellos quisiera entrar el aire que a sus pulmones le faltaba. No podía ser cierto, lo sabía, pero al mismo tiempo era tan real…

Estaba casi seguro de que Mario le llamaba desde las profundidades de la bañera. Aunque aquello fuera imposible.

Justo entonces, unos dedos fantasmagóricos rozaron las cortinas a su izquierda, dibujándose contra el plástico azul. Jesús lanzó un aullido y se golpeó la cabeza contra la pared, cerrando la boca al instante para que no se le escapara el alma a causa del susto. Acto seguido descorrió las cortinas con la violencia de la adrenalina corriendo por sus venas y descubrió a su hermano, de pie en la oscuridad del baño, con las dos manitas apretadas contra su boca y una mirada afilada que intentaba contener toda su pillería. Jesús no supo qué decir, tan solo balbuceó:

—Por… por qué haces… por…

—Era una broma —dijo Mario, mostrando su sonrisa de niño perdido.

A Jesús se le helaba el corazón cada vez que hacía algo como aquello. Pero no podía decirle nada. Tampoco quería decirle nada. Le quería tanto… estaba tan unido a él…

En ese momento sonó la puerta, abriéndose como resultado de una metálica disputa entre el cerrojo y la llave. Las luces de la entrada se encendieron, las de la cocina también. Un halo de claridad inundó entonces el cuarto de baño a través de la ventanita que daba a la cocina, y Jesús pudo ver cómo la expresión del rostro de Mario tornaba en sorpresa. En un instante, la casa murió ahogada en luz y los pasos de sus padres se hicieron audibles hasta alcanzar la entrada del cuarto de baño. Cuando su madre se asomó y vio a Jesús con las piernas por fuera de la bañera, la espalda apoyada contra la porcelana y un rictus de perplejidad pintado en el rostro, se paró en seco y abrió la boca de manera exagerada. Después, su rostro se compungió y salió corriendo de allí. Jesús pudo escuchar el sonido de la puerta al cerrarse al final del pasillo y los sollozos de su madre amortiguados tras ella. Después, fue su

padre quien asomó la cabeza. Jesús seguía sin moverse.

—¿Qué estás haciendo, Jesús? ¿Qué te hemos dicho del baño?

—Papá, solo estaba… estaba jugando con…

—¿Por qué te empeñas en hacerle daño a tu madre de esta manera?

—Pero papá, si yo solo estaba jugando al escondite con…

—Algún día, cuando seas mayor, pensarás en todo esto y te darás cuenta del daño que nos estás haciendo a todos. Ya va siendo hora de que comprendas lo que significa la muerte. —Esto último lo pronunció atenazado por la congoja que le subía desde el corazón a través de la garganta.

Después, él también se marchó y entró en la habitación de matrimonio para consolar a su mujer.

No fue hasta que sus padres se hubieron marchado cuando Mario se asomó otra vez por el quicio de la puerta. Con un dedo estirado, ocultaba su boca y su nariz en un gesto típico de silencio:

Nuestro juego. Nuestro secreto.

Un nuevo escalofrío atravesó a Jesús de la cabeza a los pies.

Feel the Horror Experience

Al cabo de los minutos, su respiración se ha ido convirtiendo en una suerte de hipo que nace salvaje en el diafragma y resuella con fuerza en su cuello, resultando vivo y palpitante, imposible de apaciguar. Un jadeo que brota de su garganta y eclosiona entre sus oídos, dejándola sorda ante cualquier sonido, ante cualquier ruidito que pudiera resultarle útil o definitivo en mitad de toda aquella oscuridad. Se guía por el tacto de sus manos en contacto con las paredes, palpando con las ansias del pavor, aferrándose a aquella situación imposible, pensando con las uñas y respirando entrecortadamente a cada latido desbocado, a cada bocanada de aire viciado, a cada golpe de adrenalina mezclada con lágrimas y mocos, salada y violenta, salvaje y real como una condena.

No sabe dónde está ni quién hay con ella, solo sabe que lleva varias horas dando vueltas por una serie de pasillos negros y laberínticos cuyas paredes han ido tragándose cualquier posibilidad de atisbo luminoso. La claridad es una utopía devorada por la penitencia que supone recorrer aquella interminable sucesión de corredores fríos y húmedos levantados a la sombra del Señor. Llora y grita, todo al mismo tiempo, mientras intenta comprender qué diablos le ha ocurrido. Peor aún: qué diablos le está ocurriendo.

A veces camina despacio, como si atravesara un campo de minas. Otras veces echa a correr como si hubiera enloquecido. Y esas veces son las peores. Con diferencia las peores. Sobre todo cuando su carrera es provocada por la alarma que se enciende en su ser cada vez que toca aquello, tan blando y cubierto de pelo, tan hediondo y repulsivo. La primera vez que se topó a oscuras con una de aquellas moles de carne caliente y palpitante, peluda e inflada por el aire que entraba y salía de sus cochinos e improbables pulmones, Beatriz echó a correr como nunca lo había hecho en su vida, con las sienes entumecidas y el cerebro privado de riego

sanguíneo. Corrió con los ojos vueltos hacia atrás, delirando de miedo, hasta que chocó con fuerza contra una de las paredes del laberinto y acabó por perder la consciencia. Cuando despertó, lo hizo por el olor penetrante de su propio vómito, que le resbalaba por la boca, el cuello y la pechera de su camiseta. La oscuridad que seguía imperando en las galerías del infierno aumentó su desorientación, y en aquel primer instante, lastrada por la ignorancia del pánico y la conmoción, pidió unos huevos fritos con beicon para desayunar. Como nadie le contestaba, y aún seguía degustando la acidez de su bilis, se percató de que aquella oscuridad con vida, silenciosa y con la textura de un ahogamiento, no era consecuencia de tener las luces apagadas de la *suite* nupcial del hotel en el que debería estar. Beatriz se dio cuenta de que ya no estaba en aquel hotel con su marido, ni tampoco en ningún lugar que se le pareciera. También se percató de que tenía la nariz rota, el tabique desviado y algún que otro diente de menos en la boca. La garganta le sabía a sangre y a vómito, a lágrimas y a mocos. Se apoyó contra la pared que había frenado su carrera en seco y se incorporó, palpando un reguero de algo húmedo y frío con olor a agua estancada que bajaba mojando el yeso. Por último, en un ramalazo de comprensión, recordó que no recordaba nada y supo que estaba donde era imposible que estuviera. También recordó que había echado a correr porque había tocado algo vivo y de morfología espantosa en mitad de aquella nada. Decidió retomar su carrera, esta vez con el cuidado de llevar los brazos extendidos por delante de su cara. Hubo un momento, la segunda vez que tocó aquel pegote estático disfrazado de montaña de heno, carnoso, tembloroso y gorgoteante, en el que empezó a pensar que estaba dando vueltas en círculo como un ratón encerrado en un laberinto. Un laberinto que en realidad no era tan grande. También pensó en dejar de andar, en pararse y esperar, pero la única vez que lo hizo, sus piernas comenzaron a botar y retorcerse por culpa de los calambres musculares. La adrenalina había pasado a sustituir a la sangre en sus venas, y si permanecía estática, esta se transformaba con premura en depósitos de agujetas que se clavaban en su carne como afilados cristales. Sabía que tendría que seguir andando durante el tiempo que le quedara de cordura.

En aquel instante, Beatriz chocó contra el quicio de una puerta

de madera podrida, y en el golpe —que por fortuna no fue tan violento como el anterior—, algo se desprendió del lugar donde debería de estar el techo. La enloquecida mujer soltó un gritito y se echó a un lado, pero al cabo se detuvo y se agachó a recoger lo que parecía un pedazo mellado y triangular de vidrio grueso y mojado. Se lo acercó a la cara para intentar vislumbrarlo a través de la espesa cortina de oscuridad que se cernía sobre todo cuanto la rodeaba más allá de sus pestañas. Mientras se pasaba una mano sucia y convulsa por la cara, apartándose el pelo churretoso y pegado al cráneo por la sangre y el sudor, Beatriz pensó en algo rojo y horrendo que podría hacer con aquel pedazo de cristal. Aunque quizá no fuera con el cerebro con lo que moldeó aquella inminente acción, sino con algo más recóndito y reptiliano que bien pudiera pertenecer al limbo de los instintos que la dominaban al borde mismo de la locura. Sea como fuere, la avasallada y temblorosa mujer reinició su carrera por las tripas del absurdo, blandiendo el pedazo de vidrio a modo de puñal por delante de sus ojos ciegos. Unos minutos después, volvía a tropezar contra algo que parecía una mesa hinchada y combada, impactando con el apéndice armado y clavándose el cristal en el pulpejo de la mano. El dolor le recorrió en un latigazo todo el antebrazo hasta el codo, provocando que soltara el vidrio. Y entonces, en algún lugar que no sabría decidir si se encontraba delante o detrás de ella dentro de aquel laberinto de intestinos de ladrillo y yeso, se escuchó un tono grave articulado por una garganta que, desde luego, no era humana. El efecto de las paredes hinchadas de agua le proporcionó un eco amortiguado que resultaba fantasmal. Beatriz se tiró al suelo y palpó su heterogénea y asquerosa textura, buscando con ansia su recién adquirida arma. Mojó sus manos en charquitos de algo que prefirió pensar como agua, mezclando su sangre, que caía lenta por el brazo, con aquel apestoso y cálido fluido. Tocó moqueta podrida atragantada con bolitas de polvo y pedazos de algo blando que se le escurría entre los dedos. Después palpó el caparazón de algún que otro insecto, y por último encontró el filo de aquello que pretendía utilizar para alargar —o quizás acortar— su vida dentro de aquella cloaca. Entonces se incorporó y un pinchazo le perforó breve pero intensamente los intestinos. Beatriz no pudo controlar su esfínter y manchó los pantalones en una diarrea sin fin que la dejó doblada en

un ovillo de nervios. Cuando al fin cesaron los retortijones y se pudo levantar del suelo, empezó a reír con cierto atisbo de histeria, haciendo rebotar unas siniestras carcajadas contra las paredes entumecidas de agua y suciedad. Como no podía controlarse, se lanzó de nuevo a aquella carrera sin rumbo. Si bien no caminaba despacio, tampoco llegaba a correr, pues sabía lo que le había pasado hacía tan solo unos minutos. Unos segundos después, su risa estridente y embotellada fue tornando en llanto y gritos átonos. Ecos de ultratumba que helaban su propia sangre.

Y, de repente, sin esperarlo, una vez más, volvió a toparse con aquella mole de carne vestida con una especie de manta áspera y flecos de esparto. La criatura emitió una especie de rebuzno que se congeló a medio camino entre el horror y la amenaza. Beatriz también rebuznó, chilló y se desgarró la garganta, aspaventando ante sí una suerte de molinillo letal con ambas manos. En una de esas acometidas en forma de hélice, clavó el triángulo de vidrio en la carne flácida y abombada del vientre o concentración principal de carne de aquel ser horripilante e inmóvil. El monstruo chilló como una mujer, lanzando coces a la oscuridad, revolviéndose como un animal herido. Pero Beatriz, embriagada por una inusitada furia asesina, continuó apuñalando a la bestia, perforando piel y tendones, carne blanda que reventaba entre sus dedos, introduciendo el codo hasta la profundidad, cálida y humeante, de sus entrañas. Soltaba espumarajos de rabia por entre los labios, retorcidos en un rictus de acongojada demencia, con los ojos pendiendo del borde mismo de sus órbitas y la lengua acariciando los colmillos astillados de su maltrecha dentadura. Unos minutos después de que la bolsa de carne envuelta en pelo de esparto quedara definitivamente inerte sobre el piso mojado y apestoso, Beatriz frenó su arrebato matador y consiguió detenerse entre jadeos y arcadas, con medio cuerpo introducido en el interior de las costillas de aquella cosa. De repente, como si se tratara de la sombra de Dios arrojada con vehemencia sobre la cabeza de sus criaturas más desquiciadas, un potente foco de luz iluminó con sobrecogedora y nueva intensidad la escena del destripamiento. Beatriz tuvo que apartar la vista de inmediato después de haber estado arrastrando sus ojos por la más negra de las oscuridades durante tantas horas. Cuando miró ante sí, descubrió que tenía la

cabeza sumergida entre las tripas de algo que se parecía a un burro, con la cabeza vuelta y los ojos entornados bajo las orejotas peludas, rematadas en sendas manchas blanquecinas. Tenía un cordón de intestino grueso enrollado en torno al cuello, con el estómago rajado entre sus manos y el vidrio roto en dos mitades incrustado entre las costillas y los depósitos de grasa y fibra que rodeaban el corazón del animal. Beatriz intentó gritar, pero se había destrozado las cuerdas vocales y de su garganta solo brotó una bocanada de sangre que fue a juntarse con la del corpachón medio abierto y reventado del borrico. El último coletazo de lucidez le planteó a Beatriz el problema lógico de qué diantre hacía un burro en aquel lugar, pero la matemática del asunto se difuminó como un hilillo de arena en el desierto cuando el resto de preguntas que despertaron en su psique a la luz de aquel potente foco intentaron abrirse paso hasta las puertas de su cerebro.

Beatriz pestañeó una última vez y sus retinas se deshicieron en una ola de fuego que desapareció a través de un agujero de gusano, desembocando con urgencia estática y náusea creciente en la lujosa habitación de hotel de la que nunca se había movido.

Justo enfrente permanecía sentado Javi, su marido desde hacía dos o tres días, con quien seguía compartiendo aquella habitación de hotel en su hasta entonces típica luna de miel. Tenía el rostro desencajado y los ojos hinchados, como de haber estado llorando. Una chispa de culpa e incredulidad le bailaba en las retinas. Entre sus manos reposaba una corona metálica en forma de casco modernista con protectores almohadillados para sienes y mandíbula. Cuando vio que Beatriz despertaba, se echó a sus brazos y comenzó a gimotear. Ella descubrió que aún seguía gritando, con la mandíbula presionando la tira de cuero que se ajustaba firmemente bajo su mentón. Javi se apartó unos centímetros y la sujetó con dulzura, colocando sus manos a ambos lados de la cara, haciendo que su mujer centrara la atención en aquella nueva realidad. Acto seguido la desconectó del casco y Beatriz despertó por completo, rompiendo a llorar sobre los brazos de su esposo.

—¿Qué… qué… qué ha
sid-qué
ha pasa-pas-pasado? Por el amor de Dios… ¿Qué ha sido
es-eso,

qué mi-mi-mierda me ha pasado, qué…?

—Chsssssssst, tranquila, amor mío, tranquila… ya pasó todo, ya pasó todo… —Javi la intentaba consolar, aunque apenas conseguía dominarse a sí mismo.

—¿Qué fue, qué… qué pasó con…?

—Fue culpa mía, ha sido todo un error… me equivoqué… me equivoqué de cartucho… cariño. Ya se acabó, solo me confundí al introducir el juego…

Y como para corroborar sus palabras, Javi levantó el aparato en forma de coqueto reproductor compacto que descansaba sobre la cama, entre las sábanas revueltas, justo entre los dos. De sus tripas extrajo un cartucho en forma de *pen-drive*, en cuyo lateral se podían leer en color rojo las palabras «Feel the Horror Experience». Con la otra mano acercó una cajetilla metálica ante la mirada incrédula de su mujer. Aquella estaba ilustrada con una sugerente carátula de un hombre y una mujer en plena experimentación de alguna excitante postura del Kamasutra. En letras azules del color del cielo en un día sin nubes se podía leer: «Feel the Sex Experience». Javi abrió la cajetilla, en cuyo interior aparecía una oquedad pensada para encajar un *pen-drive*, y le mostró a su mujer que estaba vacía. En el suelo, a la derecha de la cama, descansaba una mochila con un lote de estuches como aquel. Uno de ellos tenía una carátula oscura tiznada de sangre.

—Los debí de equivocar de caja al meterlos dentro. Ha sido un error tonto, una… —Y, esta vez, fue él quien rompió a llorar—. ¡Era… era un animal, un animal de cuatro patas! No tenía manos, no podía hacer nada, estaba atado, intentaba levantar las manos pero n-n-no tenía manos, ¿me entiendes?… ¡No tenía manos! Estaba muy oscuro y no podía moverme, se escuchaban gritos, risas, llantos, alaridos, golpes… algo o alguien corría por los pasillos y a veces me tocaba, chocaba contra mí… estaba húmedo y oscuro, muy oscuro… y entonces esa… eso…

me-me…

Beatriz siguió escuchando aquella retahíla de palabras que no le costó engarzar con su propia experiencia del horror.

Al parecer, el casco de Javi se desconectó cuando ella le… cuando ella le ganó la partida.

Escuchaba sus palabras mientras le acariciaba el pelo, con el

corazón sobrecogido y los ojos perdidos en un limbo doloroso y cada vez más vergonzante.

Cuando paró de llorar, aún abrazado a ella, Javi preguntó:

—Bueno. ¿Y ahora? ¿Te apetece probar el… el otro juego?

—¿El de…?

—Sí, el de… bueno, el que teníamos pensado poner. El de…

—Ya, sí, yo solo…

—No sé, pensaba…

—La verdad es que…

—Claro… no importa, yo tampoco…

Y después vino el silencio, quebrado tan solo para albergar una última pregunta:

—¿Entonces? ¿Echamos otra partida a lo mismo?

Lejano, salvaje Oeste

1. La reunión

A la mesa redonda estaban sentados Billy, Alain, Tom, Kenchuagh y el viejo Jonás. Los cuatro primeros escuchaban con avidez lo que el último decía mientras gesticulaba y hacía aspavientos, torciendo el gesto para hacer énfasis en los aspectos más relevantes o complicados de su plan. Movía las manos con rapidez por encima de un plano topográfico de aquella zona del cañón, rodeando en círculos con uno de sus retorcidos y amarillentos dedos lo que parecía ser el punto conocido como el Desfiladero del Perro Muerto. Los demás permanecían en silencio: Tom jugueteaba con su navaja, recortándose las uñas y llevándose de vez en cuando un sucio pedazo de cutícula a la boca; Alain permanecía apoyado contra la pared, escuchando con atención, los ojos brillantes casi cerrados en un guiño que denotaba inteligencia, el puño alrededor de una cruz de madera que le colgaba del cuello; Kenchuagh, por su parte, permanecía sentado como un palo, tosco y recto, con el semblante característico de los indios Ktolúas, oculto por completo entre las sombras de aquella apestosa habitación. Sin embargo, no todos mantenían esa amistosa disposición ante la charla del anciano, pues Billy ya empezaba a impacientarse, tamborileando con los dedos de ambas manos sobre sus piernas delgaduchas.

En un momento dado, Jonás se levantó para coger un trozo de papel, lo colocó sobre la mesa e inmediatamente después comenzó a garabatear, con trazo tembloroso pero decidido, una serie de cajas unidas por palitos:

Sobre aquel torpe dibujo, que en definitiva parecía un tren de mercancías, escribió las siguientes palabras de izquierda a derecha:

ARMERÍA.

A continuación señaló la parte posterior de este vagón y dijo:

»Aquí habrá un par de vigilantes, cada uno de ellos con un rifle de dos disparos. Nada útil en una emboscada. Nos aprovecharemos de eso…

HABITACIONES

»Aquí es donde duermen. Cada noche se quedan seis pistoleros de un total de doce vigilando en turnos de dos horas. Los demás se meten en ese destartalado cuchitril a planchar un poco la oreja.

COCINA Y BAÑOS

»Aquí comen y cagan, y es donde esos patanes pasan la mayor parte del tiempo durante el día.

DINERO/OBJETIVO

»Y aquí está lo que venimos a buscar, los veinte millones de dólares repartidos en quince sacos de lona, custodiados por seis hombres… tres y tres

Aquello lo dijo mientras colocaba tres de sus dedos deformes a un lado y a otro de un rudimentario dibujo en forma de caja que representaba la planta del primer vagón.

Fue en ese momento cuando Billy se levantó y plantó ambas manos sobre el plano y los dibujos de Jonás. Su cara era el vivo reflejo del ansia y la impaciencia, los ojos le bailaban dentro de las cuencas al ritmo de la avaricia.

—Todo esto me parece muy bien, viejo; cojonudamente bueno… pero ¿cuándo diablos se supone que pasa el tren del dinero por el desierto de Ktualpé? ¿Cuándo cojones debemos estar preparados para dar el gran golpe? Dinos, viejo, contesta…

—Maldita sea, Billy, ¿es que no puedes estar callado un jodido minuto…? Todavía no he llegado a esa parte, ¿de acuerdo? Estoy explicando la estrategia a seguir, la situación de los blancos a eliminar…

Billy se quedó mirándole con los ojos bien abiertos y la boca torcida en un gesto de absoluta incomprensión. Era el más joven e impulsivo del grupo, pero también el más torpe en menesteres intelectuales y demás aptitudes mentales básicas.

—Coño, viejo… yo solo te estoy preguntando por la fecha y la hora a la que pasará el puto tren del dinero, ¿me entiendes?

—El chico tiene algo de razón, Jonás —intervino Alain desde su posición apartada del resto—. Quizá deberías decirnos de qué fecha

estamos hablando.

Billy miró hacia Alain y, cuando volvió a girar la cabeza hacia Jonás, en su rostro aparecía pintada la inconfundible expresión de quien acaba de ser avalado por el listo de la clase, legitimando de alguna manera su insolente intervención.

—Maldita sea, rapaces, tengo más años que todos vosotros juntos. Vuestras madres no sabían ni hablar cuando yo calzaba ya este calibre 45' —dijo manoseándose los viejos testículos—. Y ahora me venís a decir cómo diablos tengo que hacer las cosas… —expresión que condimentó con un guiño agriado y un escupitajo verduzco que salió volando a través de la ventana.

Después vino un silencio, más teatral que sentido.

—Está bien, impacientes del demonio —continuó al fin—: os diré cuándo es el gran golpe… pero yo sé bien que habría sido mejor escuchar mi plan hasta el final, pues ahora os vendréis sobre mí para echarme a las fieras… Y es que uno puede ser viejo, pero conservar el oído de los búhos y la vista de los linces. Así, cuando en la Tasca de Joe se dejan caer unos imberbes licenciados de la capital hablando de asuntos bancarios y hacendosos, el viejo Jonás siempre está ahí para…

—Mierda, viejo, suéltalo de una jodida vez si no quieres que patee tu huesudo culo de carcamal —volvió a intervenir Billy, irritado.

—Está bien, está bien, ya veo que los jóvenes no tenéis tiempo para escuchar las artimañas de un viejo como yo. Maldita sea… aquí va, pues: el asalto es esta misma noche. Nos reuniremos en la Pendiente de Salem dos horas después del ocaso para repasar el plan sobre el terreno.

Todos se quedaron paralizados, pues no creían disponer de tan poco tiempo para una misión tan arriesgada, pero aparentemente lucrativa, como podía ser aquella.

—Joder, viejo, no voy a tener tiempo ni para echar un último polvo —se quejó Tom, apartando los ojos de su tosca manicura por primera vez durante la velada.

—En cuanto acabe aquí podrás irte a un prostíbulo de la ciudad para tirarte a alguna de esas fulanas entradas en carnes que tanto te gustan. Joder, pero ahora préstame atención, que está en juego el mayor tesoro que haya pasado nunca por este desierto del demonio.

—En eso estar tú equivocado —interrumpió de repente el indio Kenchuagh, hablando con su voz grave, sin perder en ningún momento aquella postura de pétreo tótem.

El resto del grupo se giró para poder verlo mejor, pues seguía oculto entre las sombras de la esquina más alejada del local.

—¿Qué quieres decir con eso de que estoy equivocado, indio?, —le recriminó Jonás, no sin cierto deje de interés en su tono de voz.

—Yo querer decir lo que tú haber oído, anciano *tlutual-té* [1].

—Joder, indio, intenta hablar en cristiano, por el amor de Dios —apuntilló Billy con una estúpida sonrisa que evidenciaba su necesidad de hacerse notar.

—Tesoro de *Tupukanpaka* ser mayor tesoro que pasar jamás por desierto Ktualpé.

—Vamos, amigo, todo el mundo sabe que eso es una leyenda. El tesoro ese no existe, es tan solo una historia de piratas que os contaban a los indios malos para que os durmierais por las noches —intervino Tom.

—Decirse tesoro de *Tupukanpaka* y no ser ninguna *leyenda*. —Pronunciaba la palabra leyenda como si fuera un objeto material, casi como si tuviera textura entre sus labios—. «Leyendas» ser palabra de hombre blanco. Indios Ktolúas no decir «leyendas», indios Ktolúas decir verdades grandes como montaña *Popocapate*.

—Vale, tío; lo que tú digas —concluyó Tom, encogiéndose de hombros y retomando el desastre cuticular que perpetraba con su sucia navaja.

En ese momento, Jonás sacudió la cabeza y volvió a hablar.

—Bueno, maldita sea, nos estamos alejando de la cuestión, que no es más que el hecho —porque es un hecho, joder, y lo sé de buena tinta— de que el maldito tren del dinero pasará esta noche por delante de nuestras propias narices. La cosa está clara, rapaces: llegados a este punto ya sabéis lo que hay, así que… o estáis conmigo, o no lo estáis —finalizó, manteniendo su mirada afilada y antigua sobre los ojos de sus esbirros.

Era difícil no estar con el viejo, después de todo.

Era difícil taparse los oídos y no hacer caso de algo tan grande como aquello. Tan difícil como dejar de pensar en osos blancos, que diría el bueno de Alain.

Habían cometido alrededor de siete atracos en grupo, siempre

juntos, pero nunca algo tan gordo. No obstante, ahí mismo, en aquel océano polvoriento, se les brindaba la oportunidad más grande de sus miserables vidas, bien a resguardo entre las tripas de un triste tren que en apenas unas horas atravesaría el pedregal arenoso del desierto. Un desierto que nadie mejor que ellos conocía.

Por eso, poco a poco, cada uno de los miembros de aquella banda de ladrones fue levantando la mano para pasar a formar parte del plan.

Un plan que haría historia.

—No sé por qué cojones haces esa pregunta, viejo, sabes que puedes contar conmigo hasta para dar por culo a un perro sarnoso —masculló Billy escupiéndose en la mano y estrechándosela al viejo Jonás, que respondió al saludo con una mueca que, quizás en otra boca con más dientes, hubiera parecido una sonrisa.

—Es muy pronto, casi no tenemos tiempo ni para pensar qué nos llevaremos puesto al baile. Pero ¡qué cojones! No voy a permitir que os repartáis todo el puto dinero entre vosotros dos —accedió Tom dando una palmada sobre los dibujos y los planos que había desplegado el viejo Jonás encima de la mesa.

—Son veinte millones. Veinte millones entre cinco son cuatro millones limpios para cada uno. Cuatro millones limpios para cada uno es mucho dinero. Es justo lo que necesito para marcharme de este lugar y empezar una vida nueva. Lejos de los hombres, lejos del polvo. Poder entregar, al fin, mi alma a Dios. Poder dedicar mi mente a la meditación. Contad conmigo, pues —convino Alain, golpeándose el crucifijo de madera contra el pecho—. Contad conmigo, compañeros —repitió de manera solemne.

—Mi también luchar codo con codo para conseguir tesoro. Dinero que ir en ese tren ser dinero de hombre rico. Hombre rico blanco ser *jatt-alp-Eka*[2]. Kenchuagh siempre tener sed de sangre de hombre blanco rico *jatt-alp-Eka*.

—Bien —concluyó Jonás—. Entonces, muchachos, ya no hay mucho más que hablar. Solo recordad esto: dos horas después del ocaso nos reuniremos en la Pendiente de Salem. Y no olvidéis vuestras monturas y vuestras armas, hijos de perra. ¡Les prepararemos una bienvenida de sangre y pólvora que esos cabrones jamás olvidarán!

Jonás acabó aquella sarta de sucias palabras con una no menos

sucia carcajada áspera y flemosa.

2. El plan

La luna, grande y redonda, iluminaba con luz robada la llanura que se extendía bajo los pies de aquellos hombres montados a caballo, creando sombras en los resquicios de las rocas y haciendo de la entrada a la garganta conocida como el Desfiladero del Perro Muerto una siniestra boca de lobo.

Desde lo alto de la Pendiente se podían ver las vías férreas, que transcurrían en línea recta por el desierto hasta perderse en las oscuras profundidades del estrecho que se abría entre aquellos dos muros de roca pedregosa situados al noreste de su posición.

Ahí estaban los cinco hombres, cada uno montado a lomos de su caballo; y junto a ellos, amarrado de una cuerda que pendía de la silla de Jonás, les acompañaba un pollino con sendas alforjas cargadas hasta los bordes. Unas lonas raídas y descoloridas ocultaban el contenido de las mismas. Todos llevaban un rifle enfundado en la montura, amén de uno o dos revólveres que colgaban de sus cinturas. Kenchuagh, por su parte, traía una ballesta de madera de palo fierro, y su caballo blanco de pura raza del desierto lucía con salvajes pinturas de guerra en torno a los ojos y el hocico. El propio Kenchuagh llevaba tatuada su piel con pintura ocre, el largo cabello negro recogido en un moño atravesado por sendas varas de mezquite, que le conferían el aspecto de una criatura salvaje, nacida para la guerra.

En aquel momento, habló Jonás:

—Atendedme bien, muchachos. Escuchadme con atención porque esta noche pienso hacerme asquerosamente rico. El plan que seguiremos es sencillo, y a nuestro favor contamos con dos factores esenciales: la salvaguarda que nos ofrece la oscuridad entre aquellas paredes naturales, y el hecho de que ninguno de los guardias espera jaleo esta noche. No dejaremos nada al azar —acompañó esta última frase con una mueca de complicidad, que a la luz de la luna le confería aspecto de loco—. Para empezar, nos dividiremos en dos grupos: Billy… tú y Tom vendréis conmigo. Alain y el indio formarán el otro grupo. Nosotros bajaremos por la Pendiente hasta la entrada al Desfiladero. Cabalgaremos cien metros por su interior

y después colocaremos la primera carga de fuegos artificiales. A partir de ese punto los iremos colocando a uno y otro lado de las vías del tren, cada cinco metros, ocultándolos entre rocas, maleza y cualquier porquería que encontremos ahí adentro. La mecha principal que conectará con cada carga estará colocada en ese primer punto de explosivos. Allí la prenderemos y esperaremos a que las paredes de roca hagan su trabajo e impidan que el viento pueda jodernos el truco de magia —sonrió, mostrando sus dos muelas mal colocadas—. Ya verás, indio: será más espectacular que las alucinaciones que tenéis cuando el puto chamán de la tribu os prepara la poción mágica para desayunar —después carraspeó una carcajada entrecortada y cargada de flemas. Solo Billy secundó el chiste con un bobalicón golpe de risa. Kenchuagh, por su parte, se limitó a seguir escuchando al viejo—. Después nos retiraremos a la entrada de la garganta y nos ocultaremos allí con nuestros caballos hasta que el tren del dinero haga su inocente entrada en esta boca de lobo. Entonces dará comienzo la primera parte del plan. Hasta entonces, todo habrá sido un largo preparativo. Y la primera parte de ese esencial preparativo es la siguiente: vosotros dos —dijo, señalando a Tom y a Billy— subiréis por la vertiente norte del Desfiladero…

—¿Qué coño estás diciendo, viejo? ¿Cómo diablos vamos a subir hasta allí por el otro lado?

—Escalando, Tom, ¿cómo cojones vais a subir si no?

—Pues a eso me refiero, joder, ¿cómo vamos a subir escalando? Hay veinte putos metros de ascenso hasta arriba. Eso como mínimo. ¿Es que tengo cara de chimpancé, viejo?

—Tendrás cara de lo que me salga de la punta del…

—¿Es algo que tengamos que hacer los dos, Jonás?, —terció Billy.

—¿Qué? Pues claro que… bueno, no sé, ¿por qué coño lo dices?

—Porque yo sé escalar como la puta madre que me parió, Jonás, por eso te lo digo —Tom miró a Billy de soslayo, como queriendo agradecerle el gesto, pero al cabo se dio cuenta de que no lo hacía como favor, sino tan solo por pura vanidad. Después devolvió la mirada a Jonás.

—De acuerdo, Billy, pero tendrás que obrar con premura.

—¿Con qué?

—Nada, que te des prisa, joder —le interrumpió Jonás, impaciente con la estupidez del muchacho—. El caso es que, una vez arriba, podrás ver a Alain y al indio desde el otro lado del Desfiladero. Vosotros dos subiréis por el lado de la Pendiente, así que podréis hacerlo en vuestros caballos —dijo, dirigiéndose entonces al otro grupo—. Tú —señaló a Kenchuagh (a quien nunca conseguiría llamar por su nombre) con un dedo artrítico y de color amarillo— te encargarás de lanzar al otro lado del Desfiladero una flecha bien atada a una cuerda de cáñamo que tengo por aquí —palmeó una de las alforjas del pollino, que rebuznó lánguidamente —, y los dos os encargaréis de atarla bien a donde sea, mientras que Billy hará lo mismo con el otro extremo. ¿Sabes atar cuerdas, Billy?

—¿Que si sé atar cuerdas? ¿Crees que soy gilipollas o algo de eso, viejo?

—Joder, Billy, pues claro que pienso que eres gilipollas… mierda, si no lo pensara no te lo habría preguntado. Por eso me quedaría más tranquilo si Tom subiera contigo y se encargara de…

—Maldita sea, Jonás, el chaval ya tiene edad como para afeitarse, ¿no? Pues entonces tendrá edad suficiente como para hacer un jodido nudo a una cuerda alrededor de un árbol, ¿no crees?, —protestó Tom, a lo que Jonás respondió con un gruñido y un meneo de cabeza algo irritado y poco convencido.

—Confiemos en Billy, Jonás —intervino Alain, que siempre intentaba permanecer callado, escuchando a los demás, inequívoca señal de inteligencia en aquellos tiempos difíciles—. El caso es que, si he entendido bien, pretendes que Kenchuagh y yo bajemos por esa cuerda y, gracias a la parábola que formará nuestro peso sobre el cáñamo, reducir la altura desde la cual tendremos que saltar sobre uno de los vagones del tren, preferiblemente el de detrás del vagón blindado, el de la cocina y los baños, si no recuerdo mal. Desde allí pasaremos al otro vagón, donde tendremos que encargarnos de los vigilantes, ¿no es así?

—En efecto, Alain, ni yo mismo lo hubiera explicado mejor. Esa es la segunda parte del plan, la razón de ser de todo este asunto —dijo el viejo con orgullo—. Mientras tanto, vosotros dos os aprovecharéis de la jarana que tendremos montada el resto de nosotros en la parte de atrás, con fuegos artificiales y jinetes fantasma disparando desde todos lados. Nos separaremos para

confundirles más, y entre el humo, las luces, el estrépito y los colores les aturdiremos lo necesario como para que estén disparando al aire y a las rocas durante un buen rato. Para cuando todo esto ocurra, el tren ya se habrá tenido que detener gracias a unas cuantas piedras que Tom y yo acabamos de dejar sobre las vías.

—¿Tom y yo? Joder, Jonás, tú solo mirabas —se quejó Tom. No obstante, Jonás apenas le hizo caso.

—Cuando los vigilantes comiencen a bajar… tú, indio, te encargarás de hacernos una señal para que mi grupo se ponga en marcha. Cabalgaremos raudos mientras los vigilantes estén apeándose del tren y prenderemos la mecha de los fuegos artificiales. Cuando dé comienzo el festival de luz y sonido, reinará el pánico y el desconcierto entre esos pipiolos, que no tendrán más remedio que retroceder hacia la cola del tren y comenzar a disparar contra las sombras, porque eso es lo que seremos para ellos. Durante el desconcierto deberíamos ser capaces de cargarnos a unos cuantos de esos mamones. En ese momento, vosotros dos bajaréis como bien ha dicho Alain, y supongo que en el vagón del dinero quedarán entonces cuatro guardias nada más, como obliga el reglamento. Cuatro pistoleros, dos para cada uno. Podréis entrar por las ventanas del vagón de la cocina y desde allí…

—Eso ya ser asunto de mí y de *ktlamán* [3] Alain —intervino Kenchuagh por vez primera.

—Claro, indio, de eso ya os ocuparéis Alain y tú, y espero que os ocupéis con éxito, porque nosotros nos estaremos jugando la vida por vosotros aquí afuera. —En ese punto, Alain quiso señalar que la vida se la estarían jugando por el dinero, no por ellos, pero no creyó necesario puntualizar algo que todos sabían a ciencia cierta—. Tomad… para el descenso necesitaréis guantes —dijo, arrojándoles dos pares de guantes de minero—. Estos os servirán. —Hizo una pausa, esperando a que alguien dijera algo más, pero como no fue así, acabó con un—: Pues bien, muchachos, por mi parte no tengo nada más que añadir, así que… ¡Manos a la obra! Tenemos todavía mucho trabajo por delante antes de estar preparados.

—Pero ¿no tenemos ningún plan alternativo?, —preguntó entonces Tom, con el gesto constreñido—. ¿Por si algo saliera mal?

El viejo lo miró con socarronería, tomándose su tiempo para

contestar.

—Mierda, Tom, ¿crees que he tenido un mes entero para planear todo esto? ¡Apenas he tenido un día para pensar y hacerme con los putos cohetes de artificio! ¿Te parece que me he parado a pensar en otro plan alternativo cuando este único plan que tenemos entre manos ya tiene de por sí suficientes lagunas como para echar hacia atrás a cualquier pistolero hijo de puta con agallas del Medio Oeste?

—No, supongo que no —asumió Tom, bajando la cabeza—. Y supongo que los sacos con el dinero los llevaremos con la punta de la p…

—Llevaremos cinco por montura, pues solo tendremos tres caballos en el momento de la huida. Pensé en que los caballos de Alain y del indio quedaran ocultos dentro del Desfiladero, pero eso supondría añadir dos elementos más que no podríamos controlar y un riesgo que no estoy dispuesto a asumir. Así que cada uno de vosotros recogerá a uno de esos dos, que llevarán los cinco sacos correspondientes de esta manera: uno en cada mano y los otros tres atados a las cartucheras. Mientras tanto, yo tendré que adelantarme y hacerme con los otros cinco sacos que sobran. Ese será uno de los momentos más delicados, pues tendremos que detenernos durante unos segundos. Aun así, confío en que, para entonces, nos hayamos cargado a tantos de esos hijos de perra como para que me podáis cubrir durante el periodo de carga.

—¡Esto es el salvaje Oeste, cabrones!, —gritó de repente, alzando un puño al aire—. Y esta noche rodarán cabezas…

3. Los preparativos

Después de un tiempo que pareció ser eterno, Alain vio aparecer a Billy al otro lado del desfiladero. El chico no mostraba signos de cansancio después de haber ascendido una escarpada pared de piedra de por lo menos quince metros de altura. Como muestra de ello, nada más alcanzar el nivel paralelo al que pisaban Kenchuagh y Alain en ese otro lado de la garganta, se sacó una manzana de la parte de atrás de sus pantalones y la cazó al vuelo para después propinarle un bocado en un exagerado gesto de satisfacción.

Alain se llevó las manos a ambos lados de la boca y se dirigió a Billy con estas palabras:

—¿Billyyyyy, estás preparadooooo?

El chico se limitó a levantar un pulgar, lo que Alain interpretó inequívocamente como un gesto afirmativo. Entonces se volvió a Kenchuagh, que ya estaba atando la cuerda de cáñamo al extremo de la flecha. El indio lo miró, vaciló, y después se inclinó para decirle algo al oído. Gesto innecesario, pues ni lo que dijo era un secreto, ni allí había nadie más que pudiera escuchar sus palabras. La luna reinaba ya en lo más alto del cielo, por lo que la visibilidad, si no perfecta, sí era suficiente para que alguien como Kenchuagh pudiera llevar a cabo su cometido con eficacia. No obstante, lo que le acababa de proponer a Alain era harina de otro costal…

Alain esbozó una sonrisa y se volvió a llevar las manos a ambos lados de la boca para vociferarle a Billy que dejara su manzana encima de una roca que sobresalía justo debajo del árbol que tenía a su lado. Le aseguró que Kenchuagh la partiría en dos mitades. Billy echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada al cielo estival, seguida de una serie de juramentos que ninguno de los otros dos pudo escuchar desde la distancia. De cualquier manera, aceptó el reto y colocó la manzana justo donde se le había pedido.

Kenchuagh tensó el arco de su ballesta y colocó la flecha en el pequeño surco tallado en la madera por su propia mano. Guiñó un ojo y trazó una amplia semicircunferencia hasta adoptar una posición de alrededor de cincuenta grados con respecto a la horizontal. Después contuvo el aliento y esperó. Alain observaba

atento, con una sonrisa colgando de las comisuras de sus labios. Desde su posición no podía distinguir la expresión de Billy, pero estaba seguro de que el rostro del muchacho tendría una sonrisa bien distinta a la suya. Una sonrisa socarrona y de absoluto escepticismo.

En ese momento, Kenchuagh soltó la presa de su mano derecha y la flecha salió disparada, trazando una elegante parábola que se hizo eterna hasta quedar clavada justo a un par de metros por encima de la roca y la manzana.

Billy soltó una risotada, y después comenzó a decir algo sobre lo patético que era el indio y lo tonto que era proponer una apuesta como aquella. No obstante, sus aspavientos quedaron en un arrebato bufonesco cuando una piedra desprendida por la flecha cayó encima de su cabeza, provocando que se llevara las manos a la frente lastimada y desviara la vista en el preciso instante en que una segunda piedra de tamaño similar a la que le había caído encima —pero esta en forma de cuña—, caía justo encima de la manzana, cortándola en dos mitades perfectas —si pasábamos por alto el único bocado que Billy le había propinado—.

Kenchuagh dirigió la mirada hacia su compañero Alain, que tenía la misma expresión que pudiera tener un niño que acabara de presenciar el primer truco de magia de su vida, y le dijo:

—Flecha no ser buena para cortar, flecha solo atravesar manzana. Mas piedra afilada sí cortar manzana como mi prometer a *ktlamán* Alain.

Cuando Billy hubo atado la cuerda en torno al raquítico árbol seco, asegurándola con un buen montón de piedras encima, ambos hombres le vieron alejarse con los últimos coletazos del cabreo aún nublándole la cabeza, sentimiento expresado en forma de molinetes y gruñidos inarticulados. Alain, por su parte, hacía lo propio con el extremo de cuerda que había quedado a sus pies. En un momento dado, observando al indio que permanecía sentado con el torso descubierto a pesar de las bajas temperaturas de la noche en el desierto, afilando su cuchillo de guerrero, no pudo evitar hacerle una pregunta personal.

—Perdona, amigo —comenzó—. Siempre he querido preguntarte por qué alguien como tú ha acabado convertido en un simple ladrón. Por qué alguien tan brillante utiliza sus habilidades

para robar y amasar fortuna en lugar de hacer el bien.

Kenchuagh lo miró con la templanza de quien se deleita mediante el ejercicio de una buena plática.

—¿Qué ser bien para tú, *ktlamán* Alain?

—Ya —convino Alain, sonriendo—. Pero sabes bien a lo que me refiero. Vamos a matar personas ahí abajo, y yo no me creo toda esa porquería que dijiste esta mañana sobre el hombre blanco rico. Creo que sabes perfectamente lo que es hacer el bien y lo mucho que se aleja ese concepto del hecho de matar a inocentes. Sé que tú eres una buena persona, Kenchuagh.

—También ser tú buena persona, *amert*[4] Alain. Y también ser tú brillante. Ser distinto de otros tres. Vivir en otro *patelkeke*[5]. Pero también matar tú personas por dinero —rebatió, mirando con fijeza a los ojos de Alain.

—Yo quiero dinero para irme de aquí. Quiero dinero para alejarme de este mundo que se pudre cada día más y que da lugar a que personas como yo maten a otras personas por el mero hecho de querer irse de aquí. Por eso quiero dinero. Para pagar mi huida de mí mismo y llegar hasta un lugar donde me pueda reencontrar con Jesucristo Nuestro Señor. Donde pueda pagar con mi sudor y con mi sangre los pecados que he cometido. Voy a matar a esas personas porque ellos ni siquiera se plantean huir de esta mierda de mundo que se nos cae en pedazos. Porque viven con sus miserias y creen que son capaces de expiar sus pecados sin más que asistir a misa cada domingo. Solo con eso creen lavar sus conciencias. Lo he visto con mis propios ojos. Yo, al menos, sé que he pecado y que seguiré pecando. Por eso quiero pagar por ello como me corresponde. Como es justo. Sé que Dios es misericordioso y me otorgará un castigo adecuado. Y ese castigo no pasa por rezar de rodillas una falsa oración.

El indio asintió lentamente con la cabeza. Tenía los ojos cerrados.

—Ayuk —pronunció en una suerte de hipido gutural.

—Todos estamos condenados —prosiguió Alain—, pero yo me muevo porque reconozco mi pecado, y aun así busco la justicia en este mundo. Porque en la vida que venga después solo quiero descansar. Ya sé que vosotros, los indios Ktolúas, tenéis otra filosofía de vida. Pero en cierto modo se puede interpretar mi visión

de la existencia desde vuestra perspectiva, y puedo afirmar sin miedo a equivocarme que todo se basa en el mismo anhelo.

Una pausa silenciosa siguió a la perorata de Alain. El sol daba sus últimos bocados a un cielo parduzco, cubierto por el polvo del desierto.

—De cualquier manera, eso no contesta a mi pregunta, amigo Kenchuagh.

—Tu pregunta ser contestada de misma manera, pero mí tener mujer y cuatro hijos. Mujer de Kenchuagh no tener culpa de pecados de Kenchuagh. Menos tener culpa hijos de Kenchuagh. Por eso Kenchuagh seguir enfadando dioses para que hijos y mujer de mí no tener que cabrear nunca a dioses del desierto. Mí pagar por ellos. Mí ser castigado sin temer castigo. Aceptar y morir. Pero familia de Kenchuagh no pasar hambre ni matar para vivir en mundo de hombres tiranos y *tlrepodkos* [6]. Nunca. Esa ser única razón en vida de Kenchuagh.

—Te entiendo mejor de lo que piensas, amigo.

Alain esbozó una amarga sonrisa y palmeó el hombro desnudo de su compañero indio. Después desató el odre de piel de oveja que llevaba a la cintura y bebió un largo trago de agua.

Abajo, en las profundidades del Desfiladero del Perro Muerto, ya no se veía nada. Alain pensó que a esas alturas de la noche, el viejo Jonás y el cascarrabias de Tom ya estarían acabando de colocar y ocultar los fuegos de artificio en la entrada a la garganta. Agachó la cabeza y escrutó en las tinieblas de allí abajo. Tuvo la impresión de distinguir las piedras sobre la vía justo debajo de ellos, pero creyó que podía tratarse de una ilusión óptica generada por la certeza de saber que se encontraban ahí mismo. También pensó en cómo diantre bajarían hasta el vagón correspondiente si apenas podrían ver el tren, pero poco después le vinieron a la mente las luces centelleantes de los fuegos artificiales y el resplandor que provocarían entre aquellas paredes naturales.

Después de todo, pensó, el plan tenía menos lagunas de las que uno pudiera pensar.

4. Asalto al tren del dinero

El tren era una enorme masa de acero y madera que viajaba a la velocidad de un rayo, atravesando la noche con su único faro delantero, que iluminaba millones de partículas de polvo que se iban apartando hacia los lados ante el implacable monstruo que se les echaba encima. La chimenea escupía grandes volutas negras en rítmicas arcadas mecánicas, extendiendo su rastro más allá de la longitud del tren.

El primero en divisarlo fue Tom, que le propinó un suave codazo a Billy, y este a su vez despertó al anciano Jonás, que se había quedado adormecido encima de su montura. Los tres permanecían ocultos detrás de un saliente a la entrada del Desfiladero, con el pollino amarrado a un joven tronco detrás de ellos.

Mientras tanto, el tren iba devorando el erial a un ritmo constante, abriéndolo en canal con su faro amarillento y su ruido abominable de mil demonios aulladores, arrancando de su ensoñación a los perros del desierto.

Sin embargo, no fue hasta que pasó justo por delante de ellos cuando los bandidos pudieron reparar en una diferencia sustancial que, si bien no echaba por tierra sus planes, desde luego suponía un contratiempo que tendrían que saber sortear sobre la marcha.

El tren tenía cinco vagones y no cuatro, como había asegurado el viejo.

Cuando Tom lo vio —Billy ni siquiera se percató de ello—, lanzó una rápida mirada a Jonás, que se la sostuvo durante el tiempo necesario como para darle a entender que él no tenía la culpa de que las cosas fueran así.

Todo funcionaba al revés en el desierto, la acción siempre había de ser salvaje, las decisiones espontáneas y precipitadas. De lo contrario, uno acababa muerto antes de tiempo. Y una vez hubieran disparado el primer revólver, todo sería tan rápido e imprevisible que no merecía la pena pensar más en ello. Llegados a este punto, lo único que tenía importancia era el plomo.

Salieron con sus monturas del escondrijo y permanecieron en silencio, aguardando en el umbral de la boca del Desfiladero a la

espera de escuchar el lamento estridente y metálico de los frenos cuando el faro del tren alumbrara las piedras que obstruían las vías. Esperaban el quejido de la bestia artificial, y después una señal camuflada entre los sonidos de la noche en el desierto: la voz de Kenchuagh.

Unos segundos después, obtuvieron lo que esperaban. Pudieron observar cómo las tinieblas se iluminaban con las chispas que desprendían los frenos de la mole de hierro, y el eco de las paredes de piedra se convirtió en un alarido de angustia que parecía brotar de la garganta del mismísimo Satanás. Al final, escucharon un golpe sordo cuando la parte delantera del tren chocó contra la montaña de piedras, deteniéndose al fin por completo. Los tres bandidos se miraron en la oscuridad, asintiendo con satisfacción.

Y de repente, en mitad de la noche, como un canto fantasmal dedicado a la propia luna, un espeluznante aullido de lobo se elevó entre las tinieblas, poniéndoles la piel de gallina a los tres hombres que aguardaban a la entrada del Desfiladero.

La señal de Kenchuagh.

Los jinetes iniciaron su veloz cabalgadura hacia el interior del Desfiladero del Perro Muerto. Al fondo podían ver las lámparas de gas de los primeros guardias que ya comenzaban a abandonar la seguridad de la coraza metálica, dirigiéndose hacia la parte delantera del tren para comprobar qué era lo que les había hecho frenar de manera tan violenta.

Jonás sacó la antorcha que había transportado en las alforjas del pollino y, con habilidad impropia para alguien de su edad, prendió la cerilla con una uña de su mano derecha, arrojándola después sobre la cabeza de trapo bañada en combustible que sobresalía de la antorcha. En un suave arco, al ritmo del galope de su viejo corcel, Jonás bajó el brazo justo cuando pasaban ante la mecha de la primera carga de fuegos artificiales, la que conectaba con las otras quince cargas colocadas a ambos lados de la vía. Comprobó con satisfacción que su movimiento había sido certero y la mecha ya empezaba a quemarse hilo arriba, hacia los primeros cohetes. En apenas unos segundos, estos salieron despedidos al cielo estrellado, donde hicieron explosión en una verbena de mil colores que restalló, atronadora, en las profundidades de la garganta. Todas las lámparas que se agitaban nerviosas en la parte de delante se

dirigieron de repente hacia la parte de atrás, algunas incluso cayeron al suelo. Cuando la pólvora del segundo cartucho prendió y los fuegos artificiales de color rojo, azul y amarillo hicieron explosión en una lluvia de lágrimas incandescentes, Billy comenzó a disparar contra las luces y los rostros que permanecían en las sombras detrás de las lámparas, ahora parcialmente iluminados desde las alturas. Tom también había empezado a disparar desde el lado derecho, y Jonás hacía lo propio descargando su revólver contra alguien que luchaba por recuperar su lámpara caída y sacar al mismo tiempo el arma de su cartuchera. Como al segundo disparo hizo volar la lámpara de petróleo por los aires, creando un instantáneo y pequeño incendio en la oscuridad, el viejo apenas tuvo tiempo de comprobar el gesto de pánico y rotunda sorpresa que se pintó en el rostro de aquel pobre diablo.

La caza acababa de dar comienzo.

Kenchuagh colocó las manos a ambos lados de la boca, tal y como había hecho Alain apenas una hora antes, y dejó brotar de su garganta un único y terrible aullido tan parecido al de un lobo que la piel de Alain se cubrió al instante de un manto aterciopelado en forma de escalofrío. Acto seguido, agarró la cuerda y la tensó de su lado con fuerza.

—Aguantará, por la gloria de *Tlaviv* [7] —dijo.

Alain miró hacia abajo y comprobó cómo las primeras lámparas de petróleo hacían acto de presencia en la oscuridad del cañón. Desde su posición pudo ver el morro del tren parcialmente incrustado en la importante acumulación de piedras, que yacían desperdigadas por la vía. A veces le sorprendía los ases que podía llegar a tener guardados bajo la manga el viejo Jonás.

Pudo ver también el amplio arco que describía la cuerda de cáñamo sobre las cabezas de aquellos hombres armados y vestidos con uniforme azul. Calculó que, con el peso de los dos hombres, la cuerda se curvaría lo suficiente como para poder saltar desde una altura de apenas tres o cuatro metros. Eso estaba bien. Pero el caso es que el salto les llevaría justo encima de… ¿Qué diablos era aquella caja rectangular de color negro que parecía estar unida a la máquina del tren? Eso era algo nuevo. Un quinto vagón con el que

no contaban. Desde luego, fuera lo que fuere, estaba situado justo delante del vagón del dinero, que aparecía inconfundible con sus ventanas armadas de barrotes y su superficie acorazada de láminas de hierro, de donde ahora saltaban un par de hombres armados y con cara de pocos amigos. Se podían oír voces apagadas ahí abajo, pero los ecos apenas llegaban hasta ellos. Lo que sí les llegó fue la primera detonación. En un abrir y cerrar de ojos, el cielo de la entrada al Desfiladero se inundó de fuegos artificiales. Alain comprobó cómo los guardias empezaban a ponerse nerviosos, corriendo de aquí para allá. Salieron más hombres de las entrañas del tren, y algunos de los que estaban afuera comenzaron a desenfundar sus armas. Otros simplemente se llevaron las manos a la cabeza y dejaron caer las lámparas de petróleo que habían estado sosteniendo hasta aquel momento. El susto que se llevaron fue digno de disfrutar desde la seguridad que les brindaban las alturas. Cuando estalló la segunda carga de fuegos artificiales, los guardias alzaron la mirada al cielo y sobre ellos comenzó a caer una lluvia de plomo. Los primeros tres o cuatro disparos rebotaron sobre la carrocería del tren, pero poco después, mientras otras cargas hacían detonación y escupían al cielo sus semillas de colores, uno de los hombres profirió un ululante alarido de dolor y Alain pudo ver cómo una mano agarrotada salía volando por los aires. Los vigilantes uniformados comenzaron a disparar hacia arriba, hacia las paredes, hacia los fuegos artificiales. Tal y como había predicho Jonás. Aún tardarían un par de minutos en recuperar el norte. Ese era, justo, el tiempo que disponían para saltar al tren del dinero.

Alain miró a Kenchuagh, y este, con un gesto de asentimiento, se colocó los guantes y saltó al vacío, deslizándose sobre el cáñamo. Alain volvió a mirar hacia abajo una última vez, escuchando los gritos de Billy, de Tom y de Jonás mientras daban vueltas con sus caballos, disparando a los desafortunados guardianes desde tres posiciones distintas. Chascó los dientes y agarró con firmeza la cuerda con sus manos enguantadas. Tomó impulso, cerró los ojos, y se lanzó al vacío detrás del indio Kenchuagh.

Jonás miró hacia el cielo iluminado y comprobó cómo las siluetas de Alain y Kenchuagh se deslizaban por la improvisada tirolina,

recortadas en la oscuridad por el contraste con los árboles de centellas verdes y amarillas que caían como nieve sobrenatural desde las alturas. Cuando volvió a mirar hacia los asustados hombres que disparaban sin ni siquiera saber contra qué lo hacían, Billy cruzó por delante de él, interponiéndose entre Jonás y el tren. Según cruzaba, el chico apuntó con sus dos pistolas a un tipo que cargaba su rifle, apretó los dos gatillos y consiguió alojar sendas balas en el pecho de aquel desgraciado, que cayó hacia atrás despidiendo un reguero de sangre parduzca a la luz de los fuegos de artificio. Jonás lanzó al aire un grito victorioso y fijó la mirada en los hombres que quedaban en pie. Había seis tipos apostados a ambos lados de la cola del tren, dos a un lado, y cuatro en el otro. Aparte del hombre que Billy acababa de liquidar, había otro que se arrastraba de rodillas, buscando algo mientras lloraba desconsolado. Cuando la enésima carga de fuegos artificiales hizo explosión, Jonás comprobó que estaba buscando su propia mano.

En ese momento, Tom puso su caballo a dos patas mientras descerrajaba un tiro sin demasiada fortuna. Jonás comprobó cómo uno de los cuatro hombres apoyados en el lado opuesto del vagón de cola se percataba por primera vez de la posición de los asaltantes que les habían preparado aquella maldita fiesta de sangre y pólvora a su llegada al Desfiladero. En concreto se fijó en Tom, y apuntando su revólver hacia él, disparó. Jonás apenas tuvo tiempo para disparar sin apuntar, y erró por escasos diez centímetros un tiro destinado a la cabeza del hombre, quien perdió la gorra de su uniforme al caer hacia atrás para protegerse. Cuando volvió a mirar hacia Tom, este se encontraba doblado sobre su caballo, con una mano aferrándose el vientre. Entre sus dedos fluía la sangre. No obstante, el bandido se cambió el revólver a la mano izquierda y continuó disparando.

Billy acababa de derribar a un hombre. Le había metido dos balas en el pecho y, sin apenas tener tiempo de celebrarlo, comprobó que había agotado el cargador de uno de sus revólveres. Siguió espoleando a su caballo mientras recargaba su pistola, guardándose la otra en el cinturón mientras tanto. Cuando estaba a punto de introducir la última bala en el tambor, escuchó a Jonás gritar. Miró

hacia el tipo al que este acababa de disparar y pudo ver cómo una gorra azul salía volando por los aires. Pensó que le debía de haber volado la cabeza a ese cabrón. Volvió a sacar la otra pistola del cinturón y descargó lo que le quedaba en la cámara contra uno de los dos tipos que se escondían en el lateral más próximo a su lado del tren. Uno de ellos se tiró al suelo, sujetándose la gorra con ambas manos, mientras que el otro arrojó con fuerza la lámpara que sostenía, siendo esta alcanzada en el aire por una de las balas de Billy, cuyo impacto la convirtió en una fugaz llamarada que le salpicó la montura y le quemó los pantalones. El joven y estúpido pistolero empezó a gritar, palmeándose los pantalones, dejando caer el revólver descargado al suelo. Su caballo se dirigía a gran velocidad hacia el otro extremo de la parte trasera del tren, cruzándose en aquel momento con Tom, que le dedicó una breve y aturdida mirada mientras escupía sangre por la boca. Billy pensó que las cosas estaban empezando a torcerse y deseó con fervor que Alain y Kenchuagh ya hubieran conseguido entrar en el vagón del dinero. Su mente desconectó un instante de la batalla y le llevó a imaginárselos llamando a la puerta blindada desde el vagón de la cocina.

Entonces una voz potente les inquiría desde el otro lado que para entrar debían decir la jodida contraseña… «¡¡¡Qué mierda de contraseña quieres que te diga, hijo de puta!!! ¿¡No ves que nos están masacrando aquí afuera!? ¡¡Cierra la puta boca y sal aquí a echarnos una mano, joder!!».

Sí, seguro que a Alain se le ocurriría algo parecido. Ese tipo estaba tocado por Dios, siempre sabía qué era lo más adecuado en cada momento. Billy confiaba en él. Y en el indio, por supuesto. Aunque no supiera hablar, aquel Toro Sentado era listo y hábil.

Mientras pensaba esto, Billy volvió a guardar su revólver bajo el cinturón y sacó su rifle del cincho de la montura. Su rifle de dos disparos. Esquivó una bala que pasó silbando al lado de su oreja derecha, y como respuesta a aquella ofensiva, reventó la cara del tipo que le acababa de disparar. Le alcanzó de lleno entre los dos ojos y, justo cuando su cuerpo caía hacia atrás, pudo ver cómo el cráneo se le abría de la misma manera que Kenchuagh había abierto aquella manzana un par de horas antes, desparramando en su explosión una ristra de sesos sanguinolentos y fragmentos de hueso

con pelo adherido y chamuscado. Billy aulló en medio de una de las últimas explosiones de fuegos artificiales, consciente en parte de que los vigilantes del tren del dinero sabían ya contra quiénes disparaban. Bajó la mirada, enloquecida por el fragor de la batalla, y vio que Jonás se acercaba hacia él.

—Le acabo de dar boleto a otro más, viejo, le acabo de abrir la puta cab…

Y en ese momento, como si con su pensamiento lo hubiera invocado a modo de ejemplo gráfico, la cabeza de Jonás estalló delante de sus propias narices, salpicando el rostro de Billy de todas aquellas porquerías blandas y amarillentas que acababa de ver salir de un cráneo enemigo. Se quedó paralizado. Detuvo, incluso, el galope de su caballo para mirarse de arriba abajo. Lanzó un grito de incredulidad y asco mientras se sacaba de encima las entrañas pegajosas y malolientes del viejo con bruscos y espasmódicos movimientos de manos. Giró el cuello justo para ver cómo el jinete sin cabeza que se le acababa de cruzar avanzaba unos cuantos metros más antes de caer sin vida sobre el polvo de la vía del tren. Un segundo después, el caballo de Jonás era abatido por otro disparo de fusil, descerrajado a discreción sobre el cuello del animal. Billy reemprendió el galope y lanzó su rifle contra uno de los hombres que estaban apostados de rodillas tras el vagón de cola del tren, como en un pelotón de ajusticiamiento. El hombre levantó las manos para protegerse del golpe, aunque Billy no lo lanzó con suficiente fuerza como para alcanzarle. No obstante, aprovechando que quedaba desprotegido con aquel gesto instintivo, Billy desenfundó rápidamente el revólver que le quedaba y lo vació contra el cuerpo del desafortunado soldado, acertándole con al menos tres o cuatro balas, que perforaron su vientre, su torso y su vida.

Todavía aturdido por la violencia de los últimos segundos, sin ser del todo consciente de lo que acababa de presenciar ni de la forma que había tenido el viejo Jonás de despedirse de este mundo, Billy observó cómo Tom se acercaba hasta él. Sangraba profusamente por el vientre, y en ese momento alguien le alcanzaba con otro disparo en la pierna derecha, haciéndole saltar un pedacito de carne del muslo. Tom gritaba con desesperación. Le decía un montón de palabras sin sentido, algo sobre el puto infierno y sobre

no poder soportar más el dolor. Billy abrió la boca para decirle que habían matado a Jonás, pero una arcada se adelantó a sus palabras y vomitó la cena encima del maltrecho cuerpo de su compañero. Tom apenas se enteró de que Billy acababa de vomitarle encima, pues tenía los ojos desorbitados y el rostro desencajado por el dolor. Agarraba al muchacho con ambas manos, los dos a lomos de sus caballos: un blanco fácil para cualquiera de los pistoleros que quedaban con vida al otro lado. Le zarandeaba con vehemencia por los hombros sin ser consciente de que con sus dedos aplastaba trocitos del cerebro de Jonás contra la chaqueta de Billy. Solo repetía una y otra vez que debían largarse de allí, que les estaban friendo a tiros. Tras uno de esos zarandeos, Tom por fin le soltó e inició la retirada por su propia cuenta.

Billy apenas tuvo tiempo para preguntarle por Alain y Kenchuagh. Quería saber qué sería de ellos dos si los dejaban allí tirados. Tom no contestó porque ya cabalgaba raudo con su caballo hacia la entrada del Desfiladero. No obstante, una pareja de balas volvieron a pasarle muy cerca de la oreja derecha, dejándolo sordo como única respuesta a su pregunta. Billy se pasó el dorso de la mano por la boca, limpiándose los restos de su vómito, pero también de la sangre y del pelo del viejo Jonás. Miró hacia la parte trasera del tren y pudo distinguir al menos tres siluetas que se levantaban y apuntaban hacia él.

Cabalgando sobre las brumas de su propio aturdimiento, salió disparado con su caballo en pos de Tom, sin pensar una última vez en la suerte que habrían de correr Alain y el indio Kenchuagh.

Cuando Alain aterrizó sobre la parte de arriba de aquella caja de sobrenatural color negro, comprobó con una mezcla de asco y alucinación que la textura de la misma era parecida al terciopelo. Kenchuagh dijo que lo mejor sería entrar por aquel vagón para acceder desde ahí al acorazado. Mientras se lo decía, castigando las palabras con su inconfundible acento Ktolúa, sacaba el enorme cuchillo de caza que había estado afilando en la cima del desfiladero, durante la larga espera.

En ese momento, Alain miró hacia la batalla que se había desatado a su espalda y le pareció ver que disparaban a Tom.

Después de todo, los vigilantes habían reaccionado antes de lo que ellos esperaban, y al grupo de bandidos casi no les había dado tiempo de mermar sus filas. Jonás y su pequeña escolta tendrían que ser muy hábiles e inteligentes para proporcionarles el tiempo que ellos dos necesitaban.

Alain desenfundó su revólver y caminó sobre el techo de aquel extravagante vagón, por detrás de su compañero. Al menos nadie había reparado por ahora en su presencia allí arriba.

Kenchuagh apoyó ambos brazos sobre el techo aterciopelado y se tumbó para mirar a través de una de las ventanas del vagón al que habían caído.

—Kenchuagh no ver nada. Dentro estar oscuro como *alalá krickllae* [8].

Alain se tumbó al lado de Kenchuagh e inició similar maniobra para poder mirar por donde lo estaba haciendo el indio cuando algo horrendo surgió de las profundidades de aquella ventana y agarró del moño a Kenchuagh. No tuvo tiempo de distinguir nada más allá de una fugaz sombra, que desapareció como un rayo, llevándose tras de sí a su corpulento compañero. No tuvo tiempo tampoco de dar crédito a lo que acababa de acontecer, porque cuando estiró la manó para intentar agarrar a Kenchuagh, este ya había desaparecido por completo en el interior del oscuro vagón. Ni siquiera escuchó sus gritos allí abajo. No hubo lucha alguna. Con estupor, agachó la cabeza para intentar vislumbrar entre la penumbra qué era lo que había tirado de su compañero con tamaña fuerza y presteza, cuando sintió cómo una especie de garra le aferraba su propio cráneo. No pudo hacer más que abrir los ojos de par en par. Después vino el tirón.

5. El vagón de terciopelo negro

Despegó los ojos con dificultad suprema, casi como si estuviera venciendo un peso físico para poder abrirlos. Le dolía la cabeza, y dio gracias a Dios por estar casi por completo a oscuras. Auscultó las tinieblas que le rodeaban y comprobó que no era la ausencia de luz lo que creaba esa sensación de opacidad, sino las paredes forradas de negro entre las que se encontraba confinado. También comprobó, con creciente angustia, que estaba atado, tumbado y desarmado. Atado de pies y manos, cada miembro en una esquina de lo que parecía una camilla de grandes proporciones y áspera textura.

Además, se estaba moviendo. El tren se había vuelto a poner en marcha y él estaba dentro de aquel horrible vagón. Estaba casi seguro de ello.

Apenas podía mover la lengua dentro de una boca que se le antojaba ajena, pastosa y ridículamente pequeña. Pensó que le habían drogado. Giró la cabeza y sus ojos se posaron como dos sacos de arena en las paredes del interior del recinto. Eran negras. Muy negras. Pero estaban recorridas por una suerte de serpenteante cenefa de un color violeta muy intenso. Una decoración extraña que se deslizaba por la negrura, dejando las paredes impregnadas de ese brillo amoratado, zigzagueando en toda clase de figuras geométricas e inquietantes dibujos. Había un par de lámparas de aceite en cada pared. Alain observó con el corazón contraído que las lámparas eran calaveras humanas, que despedían un tenue brillo amarillento a través de sus cuencas sin vida y de aquellas eternas sonrisas de cadáver.

Dios mío, ¿qué diablos es esto?, quiso decir Alain, pero la lengua de trapo se le trabó entre los dientes y no pudo arrancarla de su seca trampa.

Acto seguido bajó la cabeza y pudo atisbar entre las brumas de su semiinconsciencia —y de todo aquel montón de oscuridad física que lo atenazaba— lo que parecía ser otra camilla similar a la que sostenía su propio cuerpo.

Justo encima estaba atado su amigo Kenchuagh. El fuerte y

noble indio Kenchuagh.

Alain intentó llamarlo, pero todo esfuerzo fue en vano. Tenía la cabeza girada hacia su posición y podía ver sus párpados, que estaban cerrados. Pero no estaba muerto. Respiraba con pesadez. Tampoco presentaba marcas aparentes de violencia en su piel, aunque alguien le había deshecho el moño de guerra. Kenchuagh lucía su larga y negra cabellera suelta a ambos lados del rostro.

Eso le produjo a Alain un nuevo escalofrío.

No obstante, lo que más le inquietaba y al mismo tiempo provocaba en él la horrible sensación de que jamás volvería a ver la luz del día era esa especie de manto vivo que se deslizaba y crepitaba bajo sus cuerpos, reptando de un modo asqueroso por toda la superficie de suelo que su vista cansada le permitía abarcar. Era un oleaje orgánico y negruzco, formado por queratinosos insectos nacidos en los nidos del Averno. Alain comprobó cómo varios de ellos intentaban trepar sobre el cuerpo rechoncho e inútil de otros tantos de su especie. Algunos incluso intentaban subir por las patas de la camilla de Kenchuagh, por lo que Alain supuso que también estarían intentando lo mismo bajo la suya.

Santo Dios, Cristo Misericordioso, no permitas que siga viendo más este horror, pensó Alain.

Y su buen Dios, siempre atento a sus plegarias, decidió otorgarle descanso haciendo que la droga que le habían suministrado acabara ganando por fin la batalla a sus ojos vigilantes.

Cuando volvió a despertar, nadie le avisó de que lo que vendría a continuación sería más grotesco, salvaje y violento de lo que su mente podría imaginar.

La estancia seguía abarrotada de todo ese peso oscuro. Sin embargo, tan observador como siempre había sido y siempre sería hasta su último aliento, Alain se percató de que las ventanas por las que antes habían sido arrojados a aquel inframundo aparecían cerradas, y su coloración ahumada hacía imposible que entrara la cantidad suficiente de luz diurna como para entablar batalla alguna, por desigual que fuera, con las tinieblas.

Se percató también de que ya no estaban solos en aquella habitación rodante.

A los pies de su cama había un soldado como los que había visto allá afuera, en el Desfiladero del Perro Muerto, con su uniforme azul abrochado al pecho por grandes botones dorados. El individuo en cuestión lucía un gran bigote anaranjado y un sombrero de ala del mismo color azul oscuro que el traje. Debía ser de un rango superior a los pistoleros que con tanto valor habían guardado el tesoro del tren del dinero. En su cintura se dejaba ver un enorme sable envainado, rematado con ribetes y borlas doradas.

Más allá, por detrás de la camilla de su compañero, otros dos soldados permanecían impasibles en cada esquina de la pared. Todos ellos armados con su pistola oficial, las cabezas despejadas, libres de aquellas gorras azules que sujetaban con firmeza contra la cintura.

Kenchuagh ya había despertado. Con toda la potencia de sus músculos, intentaba zafarse de sus ataduras, pero solo conseguía atarse cada vez con más fuerza.

Alain quiso decirle algo, pero entonces irrumpieron en la escena un par de seres abominables cuya mera descripción pervertiría todo uso de la palabra. Entraron desde la puerta que, en teoría, comunicaba con la sala del tesoro. Dos seres semidesnudos y antropomorfos cuyas grandes y peludas mamas hacían imaginar su improbable condición femenina. Sus rostros eran peludos, bigotudos y constreñidos. Parecían estar atravesados por dos ojos como hendiduras practicadas con un cuchillo sobre una piel blanca y repleta de bolsas purulentas. Los labios eran gruesos y carnosos, pintados de rojo, y a través de ellos se dejaban ver varias hileras de dientes triangulares, muy pequeños, ennegrecidos y tan pestilentes que, desde su posición, Alain era capaz de percibir el hedor a podredumbre que emanaban. La nariz crecía en el centro de sus caras como un tumor encostrado y retorcido. El pelo era de alambre, encrespado y muy sucio, del color de las cenizas. Venían ataviadas con sendas pieles de búfalo, y alrededor de sus cuellos pendían un sin fin de collares adornados con colgajos de naturaleza desconocida, pero innegablemente orgánica. Sus cuerpos eran redondos, blancos y rechonchos, con las mamas colgando a la altura de los muslos y los pezones enormes, coronados por un matojo de pelos gruesos y negros. Estaban infestadas de bubas palpitantes, algunas de las cuales habían reventado y manaban una suerte de

pus verdosa e igual de maloliente. El sexo de ambas concubinas aparecía oculto bajo un taparrabos, desde el que colgaban dos esqueléticas piernas que no eran más que piel arrugada y ronchones de pus adornando el hueso. A sus pies se arremolinaban todos aquellos insectos, sin llegar a tocarles en ningún punto.

Uno de esas arpías se quedó en la puerta, mientras que la otra avanzó con paso decidido hasta la cama de Kenchuagh. El indio comenzó a escupir una jerga ininteligible, compuesta en su totalidad por palabras de su dialecto arcaico y tribal. La bruja que se había adelantado hasta su camilla se inclinó sobre su rostro y sacó una lengua morada y demasiado larga para ser humana, que deslizó por el rostro del indio desde su barbilla hasta los ojos. Este comenzó a chillar como un animal herido, convulsionándose sobre la cama, y Alain no supo decir si gritaba de asco o de dolor. Había perdido la capacidad del habla, pero por desgracia no podía apartar los ojos de aquella grotesca escena.

A continuación, la bruja se retiró y agarró a Kenchuagh del taparrabos que llevaba por toda prenda de vestir. Sus garras coronadas por unas uñas roñosas y retorcidas fueron deslizando la tela arrugada sobre las piernas musculosas del guerrero indio, dejando al descubierto su pene y sus testículos. Cuando hubo desnudado por completo a Kenchuagh, la bruja apartó su pene con el dorso de su mano, agarró con fuerza los testículos del indio y tiró hacia arriba con delicadeza. Kenchuagh se desgañitaba en su prisión, lanzando al aire viciado de la sala una serie de sonoras palabras que Alain no llegaba a entender:

«¡¡¡*Lalamé atlakát, tal il ktulú salalám ktulualp-ét, klatel-erm-etét, alalá tal tlkluhivet*
el'havivt
d'lemost
alp-él,
mir'hasaviv
el'havivt
…!!!»[9].

No obstante, la bruja siguió tirando hacia arriba, sin brusquedad, pero cada vez un poco más. Un poquito más. Estirando. Haciendo llorar de dolor al corpulento hombre que se retorcía en la camilla. Llegado a un punto en el que era imposible

estirar más el escroto del indio, aquella infernal criatura introdujo con suavidad la uña del dedo meñique de su otra mano en la piel estirada de los testículos de Kenchuagh. Estos se desprendieron con la misma facilidad con que se rasga una tela vieja, produciendo un sonido húmedo y lacerante que reverberó en la parte del cráneo de Alain que no quedó abrumada de inmediato por los aullidos de dolor de Kenchuagh.

Al aquelarre de chillidos se sumó la hermana gemela de la bruja castradora con un ulular de pava que brotó de su garganta casi como si se estuviera ahogando. Echaba la cabeza hacia atrás mientras la otra se llevaba la peluda bolsa de piel sesgada que contenía las gónadas de su amigo al interior de su boca. La bruja masticó los testículos con avidez y con una expresión en su cara bastante próxima a la lujuria, mientras en el vagón de terciopelo negro retumbaban los gritos del indio, los lamentos de Alain y el ulular de sirena de la hermana.

En el momento en que Kenchuagh casi perdía el conocimiento y daba una cabezada contra la camilla, Alain gritó desde el otro lado:

—¡Aguanta, amigo! ¡Aguanta, por la gloria de Dios! ¡Jesucristo Misericordioso, haz que acabe su sufrimiento, haz que mi amigo pronto se reúna contigo en el Claro de Tu Cielo Eterno…!

Y, en ese momento, como en una fatal revelación, Alain comprendió por qué la otra bruja permanecía en el umbral de la puerta de entrada. Entendió por qué no hacía nada más que ulular y echar la cabeza hacia atrás, celebrando la experiencia vampírica de su hermana.

Permanecía quieta porque aún no había llegado su turno.

Aquello era un ritual, un acto satánico que solo el diablo sabía por qué y cómo era posible que estuviera sucediendo allí y en ese momento. Y el ritual continuaría con sus propios testículos entre las fauces de aquella otra marioneta que completaba ese binomio siniestro a la sombra del Señor.

La bruja seguía masticando, espurreando por la barbilla peluda lo que parecía una suerte de humor blanquecino con vetas sanguinolentas, revolviendo en su boca las vísceras húmedas y resbaladizas, crujientes cada vez que sus diminutos dientes podridos acertaban en el mordisco. Después echó la cabeza hacia atrás, como su hermana, y tragó. Entonces, la otra cesó su horripilante ulular.

Alain se percató, sumido en un estado de horror sin límites, que los collares que pendían del cuello de sus anfitrionas estaban adornados con pellejos de decenas de penes de hombres que habían corrido la misma suerte que su amigo.

Mientras tanto, el coronel permanecía impávido, observando aquella escena como si no fuera la primera vez que lo hacía. No obstante, los otros dos soldados se habían girado para no tener que mirar el horror.

Alain intentó pensar. Trató de sosegar su mente, que hervía de pensamientos dantescos, e intentó serenar su corazón, acelerado por la angustia vital que se había apoderado de él. Se fijó en el coronel y en su sable, y comenzó a rumiar algo en las cavernas de su psique. Después miró su mano izquierda, atada por la muñeca a un saliente de la asquerosa camilla. Se fijó en la cicatriz que la surcaba desde detrás del pulgar hasta la palma de la mano. Concentrándose tanto como pudo, comenzó a doblar su propio dedo.

Mientras tanto, en el otro extremo de la sala, la bruja castradora había cogido de algún lugar lo que parecían ser un par de largos y delgados palillos de madera que a Alain le recordaron a aquellos utensilios con los que los chinos comían su arroz y su pescado. La bruja se volvió a acercar al rostro de Kenchuagh, que estaba pálido de muerte a la escasa luz de las calaveras de aceite, e hizo rodar los afilados palillos entre los dedos de ambas manos.

Alain giró la muñeca izquierda y apretó el pulgar doblado contra el borde de la camilla. Apretó los dientes para no hacer demasiado ruido cuando el hueso se le saliera de su sitio.

La bruja fue bajando los palillos con lentitud hacia el rostro de Kenchuagh, que comenzó a mover la cabeza a los lados con las escasas fuerzas que aún le quedaban. El guardia que se encontraba en la esquina más próxima a la camilla tragó saliva y se acercó hasta él. Se arrodilló en el suelo mientras los inmundos insectos se apartaban hacia un lado —como si alguna especie de conciencia colectiva les moviera a actuar como un todo— y agarró con firmeza la cabeza del indio, quien de nuevo comenzó a vociferar y a escupir al rostro del soldado —apenas un muchacho— una serie de improperios articulados en no sé qué lengua ancestral del desierto de Ktualpé.

Alain se dislocó el dedo pulgar de su mano izquierda,

impulsando el rostro hacia atrás para soportar el latigazo de dolor que le recorrió el brazo. A pesar de ello, no fue capaz de cerrar los ojos en ningún momento, hipnotizado ante la truculenta operación que estaban a punto de practicarle a su compañero.

Cuando los palillos estuvieron lo bastante cerca de los ojos del indio, la bruja dejó de girarlos entre sus dedos y los ensartó hábilmente en ambas pupilas, dejando a Kenchuagh ciego de un solo y certero movimiento. Los gemidos del robusto hombre crecieron al instante en intensidad, pero poco a poco fueron perdiendo fuerza según mermaban sus ganas de vivir. Desde su posición, Alain podía ver cómo los palillos de madera se movían de un lado para otro, guiados por la danza ocular de su amigo. Entonces, la hermana gemela de la bruja reinició su gutural cántico a Satán.

Alain, mientras tanto, comenzó a deslizar su mano dislocada entre los cordajes que atenazaban su muñeca. Tiró con fuerza, cerrando los ojos por primera vez, tomando conciencia de que en su denodado intento por escapar acababa de romperse el dedo. Cuando logró liberarse por completo, miró hacia su pelirrojo vigilante con los ojos saliéndosele de las cuencas. Aquel tipo, por suerte, no se estaba percatando de nada de lo que ocurría a sus espaldas. Con agilidad y rapidez, Alain comenzó a tirar de las cuerdas que ataban su muñeca derecha con los dedos útiles de su mano izquierda. Los otros dos guardias no miraban hacia él: uno, que parecía estar sollozando, había dado por completo la espalda a la escena; el otro, en cambio, permanecía agachado, echando hasta su primera papilla en el suelo almohadillado de insectos, que se abalanzaron con rapidez sobre la calidez del vómito para alimentar sus pequeños estómagos.

Alain luchaba contra las cuerdas que le aprisionaban, rompiéndose una uña a la altura de la raíz por la vehemencia con la que arañaba y tiraba de ellas.

«*Padre Nuestro que estás en los Cielos, Santificado sea Tu Nombre…*».

Mascullaba entre dientes aquellas oraciones que tanto odiaba por lo artificiales que sonaban en las bocas de los palurdos que atestaban la iglesia los domingos por la mañana, rogando al Señor que le librase de aquella situación, que le permitiera reunir toda la

lucidez y sangre fría que necesitaba para escapar del infierno en vida.

Por fin, justo cuando el cacareo de la bruja cobraba mayor énfasis y su hermana carnicera cogía unas tijeras y unas largas tenazas de una mesilla que había aparecido a los pies de la camilla de Kenchuagh, Alain consiguió liberar su otra mano de las ataduras. Sin apenas darse tiempo para restregarse ambas muñecas, el ladrón se incorporó como un resorte y agarró con su mano derecha el sable que sobresalía de la vaina atada a la cintura del coronel de bigote naranja. En un rápido y diestro movimiento desenvainó el arma y la pasó por el cuello del desgraciado guardián, que apenas tuvo tiempo de volverse y gorgotear un húmedo chillido ahogado en sangre. Acto seguido, Alain cercenó los cordajes que ataban sus tobillos y se incorporó de un salto en la camilla.

Fue entonces cuando los dos soldados y las horribles brujas se percataron de sus movimientos, dejando la una su operación sin terminar —de las pinzas introducidas en el vientre de Kenchuagh colgaba una ristra de tripas que aún palpitaban—, y la otra su eterno ulular de pava mutilada.

Uno de los dos guardias, el de la esquina más próxima a la puerta por donde habían entrado las brujas, desenfundó su arma y disparó hacia el preso que intentaba escapar. Alain recibió la bala en su costado derecho, pero no esta no se alojó en él: se fue a clavar debajo de la ventana más próxima a su camilla. El forajido gritó de dolor y dio media vuelta. Apenas dos metros le separaban de la ventana. Al observarla, sin embargo, pensó en la posibilidad de que aquellos cristales ahumados no fueran solo ahumados, sino que también estuvieran protegidos con algún tipo de refuerzo.

Era un riesgo que tenía que correr. De hecho, era su única oportunidad para salir de allí.

Bajó de un salto al suelo y en apenas una fracción de segundo sus piernas se llenaron de un regimiento de aquellos inmundos bichos, que comenzaron a trepar hacia su vientre, clavándole sus pequeñas patas queratinosas. Otro disparo pasó rozando su brazo izquierdo, y en el momento en que se disponía a saltar para atravesar la ventana del vagón de terciopelo negro, una fría mano le aferró del brazo y tiró de él hacia atrás. Alain se giró para descubrir con creciente horror que la segunda hermana bruja le retenía,

mirándolo con sus ojos rasgados sin vida y su nariz gangrenada. En aquello que hacía las veces de su rostro se adivinaba una expresión de lujuria y deseo que denotaba una terrible ansia de posesión.

Aquel ser consideraba que Alain era su juguete, su víctima, su comida y su trofeo. No iba a permitir que se largara sin más.

Acercó su rostro hacia el de Alain, pero este le propinó un violento bocado en el cuello sin pensárselo una sola vez, excitado en sus más bajos instintos por toda aquella vorágine de sangre y vísceras. Exaltado ante el ansia de vida que le aguardaba al otro lado de aquella ventana. Le clavó los dientes con furia, reventándole una gran pústula purulenta que se abrió en su boca y le corrió en borbotones cremosos por el mentón. El sabor fue intenso y amargo, y entre los alaridos de dolor —pero sobre todo de sorpresa— de aquel ser sobrenatural, y las arcadas que atacaron el diafragma de Alain, este pudo retomar su carrerilla suicida y, al fin, saltó contra la ventana del vagón maldito…

6. El buen Dios

Fuera del Infierno, el mundo no era un lugar tan real.

Era un sueño donde el sol despuntaba en lo más alto del cielo, indicando que, probablemente, fueran ya las doce del mediodía y que las cosas ahí afuera seguían estando en su sitio.

De una de las ventanas del tren sibilante, que atravesaba un leve desnivel en el desierto, salió lanzado un hombre tras hacerla estallar en mil pedazos que reflejaron la luz del sol. Cayó rodando por el terraplén, gritando, adoptando posturas antinaturales y dolorosas, mientras alguien disparaba contra él desde la misma ventana que acababa de atravesar.

Por suerte, ninguna de las balas le alcanzó, y cuando su cuerpo se detuvo al fin, enredándose entre los matorrales que flanqueaban la base de aquella pendiente pedregosa, el hombre empezó a creer en el milagro de haber conseguido escapar del tren de las brujas.

Alain abrió los ojos y tuvo que cerrarlos de inmediato ante la luz cegadora del sol de mediados de junio. Un velo líquido y espeso le cubría el ojo derecho. Se lo frotó con el dorso de la mano. Era sangre. Palpó la frente y se detectó una brecha abierta de la que tuvo que arrancarse un pedazo de cristal incrustado. Se medio incorporó entre los espinosos arbustos y observó el pedazo de cristal ahumado extraído de su frente.

A fin de cuentas, había resultado ser solo eso, un cristal, gracias a Dios.

Lo lanzó con todas las fuerzas que pudo reunir y aulló enloquecido en mitad del desierto solitario. Reía con ganas y con euforia. A lo lejos ya solo se divisaba la columna de humo que el tren de la muerte arrastraba tras de sí.

—Oh, Dios mío Todopoderoso. A Ti te debo la vida… —dijo al aire caldeado del verano americano.

Tras aquello, Alain rompió a llorar sin consuelo. Lloró como solo podía llorar quien se acababa de reconciliar con la vida, descubriendo que se le había concedido una segunda oportunidad cuando todo parecía perdido. Mientras lloraba, prosiguió su inspección corporal con las manos. El agujero de bala no parecía

haber perforado ningún órgano importante, pero la velocidad a la que perdía sangre era un tanto alarmante. Se llevó las manos a la cabeza y sintió un agudo escozor al rozar su oreja derecha. Cuando volvió sobre ella, descubrió que allí no quedaba apenas oreja. Toda la parte superior del pabellón auditivo había sido cercenada por los cristales. Tan solo le quedaba el lóbulo, que también sangraba.

—Mientras solo sea esto, doy infinitas gracias a Dios —rezó.

Cuando se hubo calmado lo suficiente, trató de incorporarse por completo, pero un latigazo lacerante le atravesó al instante desde el pie derecho hasta la cadera. Alain volvió a caer al suelo con pesadez y se contrajo en una mueca de dolor. Al mirar hacia su pie, comprobó que el tobillo estaba hinchado y amoratado. Terriblemente hinchado y amoratado. Era muy posible que estuviera roto. Se lo habría partido al caer rodando por la pendiente desde el tren en marcha.

—Mientras solo sea esto, doy infinitas gracias a Dios —repitió una vez más al cielo.

Debajo de una testa de búfalo devorada por los chacales, justo al lado de la irregular línea de arbustos, Alain divisó una rama de dimensiones adecuadas como para sostener su peso. Se arrastró hasta ella y analizó su consistencia. En el proceso comprobó que, en efecto, tenía roto el pulgar de su mano izquierda.

—Oh, Buen Dios, a Ti te doy las gracias porque solo haya sido esto y no la vida.

Con un esfuerzo sobrehumano, consiguió ponerse en pie, plantando tan solo el derecho, utilizando la gruesa rama a modo de muleta.

—De todo me provees en estos momentos críticos. A Ti te doy las gracias por esta rama en mitad de la nada —dijo con la cabeza estirada hacia el cielo.

Aún conservaba lágrimas en los ojos, pero se contuvo y dejó de gimotear para empezar a pensar en cómo diablos iba a llegar hasta un lugar donde poder descansar y curar sus heridas. Un lugar donde poder beber y comer algo. Antes de que se desangrara.

Oteó el horizonte y creyó reconocer el Valle de Laguna Seca a unas dos millas hacia el sur. Si estaba en lo cierto, allí se levantaba el pueblo de Lucero. Si estaba en lo cierto y Dios no le abandonaba, podría llegar hasta allí antes de que oscureciera.

Si solo pudiera beber un trago de agua… tan solo un trago para quitarse aquel horrible sabor metálico de la boca…

Entonces, Alain se acordó del odre de piel de oveja que siempre llevaba consigo. No lo había visto antes porque lo llevaba atado a la cintura por debajo de la camisa, y su peso acoplado consistía ya en una parte aceptada de su fisonomía. Los guardias, el coronel, las brujas o quien fuera el que le hubiera sedado y desarmado, no había considerado necesario desproveerle de su odre de agua ni de sus botas de cuero. Quizá porque pensara que jamás podría escapar de allí. O quizás porque la segunda bruja fuera a disfrutar más quitándole una a una todas sus prendas de vestir y complementos antes de masticar sus gónadas. El caso es que Alain palpó su costado izquierdo, el que no había sido perforado por la bala, y su rostro volvió a iluminarse. Desató el cordel del cinturón y vació el odre sobre su boca arenosa y su gaznate polvoriento. El agua le supo al miedo que había acumulado durante todas aquellas horas interminables.

Pero también le supo a gloria.

—Dios de mi alma, gracias por Tu bondad infinita, tienes en mí a un siervo hasta el final de los días.

Volvió a atar el odre en su sitio y emprendió la marcha. Perdía sangre y tenía el pie roto, pero Dios le daba fuerzas para caminar a través del desierto. Se tomó aquella peregrinación hacia su salvación definitiva como la mayor prueba espiritual que nunca hubiera imaginado tener que superar. Como una prueba de fe.

Quizá, en el fondo de su ser, era lo que llevaba buscando toda la vida.

Por primera vez pensó en los demás. Pensó en Jonás. En Tom. En Billy.

¿Qué habría sido de ellos?

Que Dios proveyera suerte. Esperaba que hubieran conseguido escapar, pero al mismo tiempo, de alguna manera, le daba un poco igual.

Él se sentía vivo y con ganas de vivir, y eso era lo único que importaba en ese momento. El pobre Kenchuagh había corrido la peor suerte de todos, de eso estaba seguro. Alain comenzaba a sentir en el fondo de su corazón que, cuando todo esto hubiera acabado, se encargaría de hacer una visita al poblado de

Kenchuagh, situado en el extremo oriental del desierto de Ktualpé, para hablar con la mujer y los hijos del noble indio. Él se encargaría de que el deseo de manutención que Kenchuagh le había confiado se hiciera realidad, y si Dios no había permitido que Alain se forrase de dinero para largarse de aquel sucio lugar es porque quizá su lugar se encontraba allí, en las tripas del desierto. Entre los indios.

El pobre Kenchuagh…

Aunque Alain anduviera cojo, mutilado y perforado, Dios no había permitido que él corriera la funesta suerte de Kenchuagh. Es cierto que no había conseguido el dinero, pero quizá no era ese el destino que Jesucristo Nuestro Señor le tuviera reservado.

Al menos no había quedado capado como Kenchuagh.

Al menos no se había quedado ciego como él.

Alain volvió a alzar la cabeza al cielo despejado, que temblaba al contacto con el sol ardiente, y declamó:

—Gracias, Señor, por no haber dejado que perdiera la vista. Gracias por haberme conservado estos dos ojos que ahora me permiten caminar a través del desierto y saber hacia dónde me dirijo…

»Como prueba de mi fidelidad hacia Tu Divinidad, Señor, caminaré ciego durante todo el tiempo que pueda soportar. Así podré guardar estos ojos que Tú, en Tu infinita sabiduría, permitiste que pudiera conservar en los momentos más difíciles, para que cuando no pueda más, los abra y me vea obligado a agradecer con más fervor si cabe Tu dadivosa y desinteresada magnificencia.

Así pues, Alain cerró sus ojos y no los volvió a abrir en horas. Ante él se extendía una vasta superficie de arena sin apenas obstáculos, pero de vez en cuando tropezaba con algún arbusto seco, con alguna rama caída de Dios sabía qué inexistente árbol, o bien con algún cuerpo a medio comer o esqueletos de animales. De cuando en cuando, daba un traspiés con la muleta, pero conseguía conservar el equilibrio, aunque en un par de ocasiones cayera al suelo de bruces. En esas ocasiones se le volvió a abrir más la herida del costado, provocando que regara con su propia sangre el suelo árido. Pero, a pesar de ello, él continuaba caminando con los ojos cerrados.

Todo por su Dios. Por su buen Dios Misericordioso.

El mismo que, en su infinita sabiduría, había colocado en el

camino de ese hombre que erraba moribundo por el desierto una sorpresa incomparable.

Porque una de las veces que Alain tropezó y estuvo a punto de caer, no lo hizo con ningún arbusto ni con ninguna rama caída. Tampoco con ningún animal disecado ni con ningún esqueleto putrefacto.

Una de aquellas veces, Alain tropezó con la esquina de algo que sobresalía alrededor de cinco centímetros sobre el nivel del suelo.

Aquella esquina estaba hecha de oro macizo y en su borde se adivinaba tallado e incrustado el diamante más grande y bello que ningún mortal hubiera visto jamás por esas tierras.

Enterrado debajo de toda la arena, esa esquina maravillosa continuaba en lo que Alain, de haberlo visto, habría llamado cofre del tesoro.

De haberlo visto, quizá, habría recordado de inmediato las viejas historias de piratas que les solía contar el indio Kenchuagh.

De haberlo visto, probablemente hubiera reconocido el tesoro más grande que jamás hubiera pasado por ese desierto en su larga historia de muerte, dolor y sangre.

Como tributo a su buen Dios, sin percatarse de ello en lo más mínimo, Alain acababa de pasar de largo sobre la tumba centenaria del tesoro de *Tupukanpaka*.

Miedo

—Verá, doctor, mi hijo es algo «extraño» para tener ocho años. Quiero decir que se comporta como si tuviera problemas de adulto. Ya sabe, como si fuera mayor para su edad, pero al mismo tiempo sintiera una tristeza que no debería sentir ningún niño. No sé si me explico con claridad…

—Sí, por supuesto que lo hace, Paula. —El doctor Navas hojeó el informe unos instantes y después señaló unas líneas con un dedo—. Aquí dice que Raúl sigue orinándose por las noches. Bueno, realmente no tiene por qué preocuparse mucho por este asunto: en el noventa por ciento de los casos es a causa de que se aguantan demasiado para no tener que salir en mitad de la noche al baño, y el otro diez por ciento está formado por aquellos que no encuentran un modo mejor para llamar la atención de sus papás. Le ruego que me dé algún motivo por el cual Raúl debiera pertenecer a este segundo porcentaje, Paula.

La mujer meditó unos segundos, como si dudara de lo conveniente de contarle todos los detalles al doctor Navas.

—Aunque no lo parezca —dijo por fin—, estoy embarazada de dos meses. Pero perdone que le diga, doctor, no veo a mi hijo tan infantil como para que esa sea la causa de…

—Sin duda —atajó el doctor, sonriendo—, pero he de decirle que la madurez mental no está tan directamente relacionada con el tema de los celos como usted pudiera pensar. En realidad, los celos son algo así como un instinto que poco o nada tienen que ver con la inteligencia de una persona. Raúl puede ser el más espabilado de la clase, pero a la vez sentir unos celos tan fuertes que le provoquen hasta mareos, o como pudiera ser el caso, que le llevaran a mojar las sábanas para hacerles pagar a usted y a su marido por el terremoto que estuviera sacudiendo su pequeño mundo. —Se detuvo un momento, tratando de sopesar el impacto de sus palabras

en el rostro de la mujer que tenía delante—. No quiero decir ni mucho menos que esta sea la causa de su trastorno, pero es algo a tener en cuenta. ¿Ustedes suelen mostrar un excesivo control, un excesivo entusiasmo por sus…?, —titubeó, y después dijo—: ¿Es buen estudiante, verdad?

—Sí, el mejor de su clase —respondió Paula, casi al instante.

—Claro, a eso es a lo que me refiero. Raúl sabe que ustedes se sienten orgullosos de su trabajo y de su personalidad, y por eso es probable que ahora sienta miedo ante la posibilidad de perder su estatus, su posición dentro de la familia. ¿Desde hace cuánto tiempo vienen comprobando estos trastornos del sueño?

—La verdad es que hace mes y medio o dos meses que se levanta con ojeras, como si no durmiera. Y no me refiero a haber dormido mal, me refiero sencillamente a no-haber-dormido-nada. —Esto último lo pronunció como si el doctor Navas debiera darse cuenta, por su entonación, de la gravedad del asunto.

—¿Y no han intentado hablar con él?

—Constantemente, pero nunca nos contesta con claridad. Evita hablar de ello y lo único que noto es que se siente bastante incómodo si saco el tema.

—Bien, ahora hablaré a solas con él. No vamos a sacar ninguna conclusión en esta primera sesión, por supuesto, pero quiero ir descartando opciones. Usted espere aquí sentada. No tardaré mucho, ¿de acuerdo?

La charla con el niño apenas duró unos minutos, y a pesar del hermetismo de la pobre criatura, el doctor Navas estaba ya prácticamente convencido de que el problema de Raúl era un problema de miedo. Lo había notado en sus ojos, por encima de aquellas espantosas ojeras. Miedo a la oscuridad, tal vez, miedo a levantarse por la noche para hacer pis, miedo hacia algo más concreto, quizás. Pero el condenado era tan listo que quería hacer creer a su familia que su problema era de celos. No obstante, ningún niño llevaba eso de los celos a semejantes extremos. Por alguna razón que al doctor Navas se le escapaba, le daba vergüenza asumir que tenía miedo.

O le daba más miedo aún reconocerlo.

Su madre le observaba desde el rellano, con la luz del pasillo encendida. Le miraba con una expresión de impotencia desoladora que destruía por dentro la serenidad de Raúl.

«¿Estás seguro de que no quieres que deje la puerta abierta y la luz encendida?», parecía decir esa mirada.

«Sí, por favor, es lo que más deseo en el mundo entero, es lo único que quiero en este preciso instante», quería decir la de Raúl.

Pero no podía. Si lo hiciera, el propietario de aquellos ojos verdes se podría enfadar. Enfadarse mucho. Y si se enfadaba, podría tomar represalias contra él mismo. O, lo que sería mucho peor, esperar siete meses para empezar a tomarlas. Así que solo le quedaba una opción. La misma de todas las noches.

—Hasta mañana, mamá.

—Hasta mañana, cariño.

La mirada compungida de su hijo le taladraba el corazón. Paula bajó la cabeza y la meneó casi imperceptiblemente. Apagó la luz del pasillo y su rostro fue desapareciendo despacio mientras entornaba la puerta. Al final se escuchó el «clic» del pestillo al cerrarse, y Raúl se quedó solo en la oscuridad de su habitación. Sin embargo, no se encontraba a oscuras por completo: la persiana no estaba bajada del todo y el resplandor de la luna proporcionaba a los objetos de su cuarto una apariencia fantasmal que casi era peor que la más absoluta ausencia de luz.

Sobre la mesilla descansaba un vaso de agua medio vacío: su madre le había obligado a tomarse un somnífero, pero Raúl intuía que ninguna droga iba a ser tan potente como para paralizar el miedo. Sus ojillos miraban hacia todos lados, los puños aferrados con tanta fuerza a la manta y al edredón que parecían dos piedras blancas. Así era como empezaba la espera. Siempre.

La locura es un lejano barco que solo pueden otear aquellos que miran a través del catalejo de la cordura. Por eso mismo, Raúl ya no distinguía si se encontraba a uno u otro lado de la delgada fibra de la lucidez. Solo sabía una cosa, que aunque todavía no supiera expresarla con palabras, le anegaba el alma con las claras aguas de la comprensión: la realidad era algo extraño y subjetivo; las cosas no se limitaban simplemente a ser o no ser, las cosas eran y no eran y esperaban impacientes a que nosotros diésemos un veredicto sobre su significado. Así era, y él sabía que, por improbable que

fuera, aquello que venía a visitarle cada noche era tan real como esa manta blanca y ese grueso edredón azul que le tapaba hasta la nariz, y que en este momento sujetaba como si en ello le fuese la vida. Porque, en efecto, en ello le iba la vida… o al menos su cachito de vida de aquella noche. Y es que el miedo es una de las pocas sensaciones que le hacen dudar a uno sobre lo preferible de estar muerto, sobre el descanso que supondría dejar de existir, dejar de sufrir por siempre jamás. Pero Raúl, a pesar de todo, seguía siendo un niño, y como niño albergaba una esperanza tan dolorosa como su propio miedo.

Esta noche no vendrá, oh, Dios mío, por favor, no, por favor, no, haré todo lo que Tú quieras, me cortaré una mano, me cortaré una oreja, oh, Padrenuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu Nombre, no hagas que los vea, no quiero volver a ver esos ojos, no quiero, Dios, esta vez me moriré si los vuelvo a ver…

Pero, por supuesto, no se moriría. Lo sabía tan bien como que esta noche recibiría su visita. Una vez más.

Como para confirmar sus propios temores, en ese instante se produjo un sonido de rieles y, poco después, una corriente de aire demasiado frío para esas alturas del año invadió la habitación. No quería mirar hacia allá, pero de todas formas lo hizo: bien sabía lo que iba a encontrar.

La ventana corredera estaba abierta, las cortinas se inflaban de aire y se contoneaban como fantasmas otoñales. El halo de esperanza que Raúl conservaba se disolvió como si nunca hubiera existido. Sus venas ya no llevaban sangre, eran ahora manojos de adrenalina enredados a una sensación que cualquier drogadicto con mono hubiera podido reconocer de inmediato: ansiedad, dolor, angustia, deseo de morir. Su mente estaba brumada, pero sus sentidos parecían haberse multiplicado y fundido: ya no veía, escuchaba, ni olía; no podía degustar el agridulce sabor de la angustia en la boca, ni sentir el suave tacto del edredón entre sus manos. No, al menos, como se supone que cualquiera debiera asociar esos términos a aquellas sensaciones tan concretas. Para él todo era uno y uno era todo; como cuando uno sentía, escuchaba y percibía el latido de su propio corazón.

Era miedo, ni más ni menos que eso.

Miedo.

De nuevo un ruidito, esta vez a los pies de la cama, y sin apenas darse cuenta, un brusco tirón. Sus manos no pudieron sujetar la manta ni el edredón, que se deslizaron entre sus dedos y quedaron amontonados bajo sus pies, dejándole destapado y sin ninguna protección.

Así se encontraba en ese momento, tendido sobre la cama, con el corazón palpitándole visiblemente bajo la chaqueta de su pijama, descubierto por completo, mientras algo crujiente e infinitamente desagradable trepaba por sus piernas, por su tripa, y acababa deteniéndose sobre su pecho. Los ojos reventados de asombro de Raúl contemplaban un ser legendario, pequeño y huesudo, de un color que a la luz de la luna parecía verde pálido, casi gris. Estaba desnudo por completo, pero carecía de sexo, o al menos eso parecía. Unas largas y mugrientas uñas coronaban unas manos de tan solo tres dedos. Poseía un cráneo calvo y una cara pequeña y achatada, arrugada alrededor de una boca infame sembrada de dientes como agujas, dientes negros y puntiagudos, chorreantes de alguna gelatina viscosa cocinada en las entrañas del mismísimo infierno, con más arrugas alrededor de unos ojos que se quedaban grabados en las retinas y en el alma de aquel que los mirara. Unos ojos verdes, refulgentes de ira, de desprecio, de hambre, quizás.

El duende permanecía sentado sobre el pecho de Raúl, jadeando con un agudo timbre pectoral, pero sin moverse. Eso era lo más horrible de todo. Aquel ser pasaría toda la noche ahí, sentado, en silencio, mirando con fijeza a los ojos de Raúl, y Raúl no podría apartar la mirada de él ni un solo instante. Si lo hiciera, el miedo tornaría en dolor. Así que esa noche no dormiría. Esa noche perdería otro cachito de su corta vida y, en la locura de su propio terror, Raúl pensaba en lo que podría suceder dentro de siete meses, cuando, llegado el momento, no sabría si ver a la criatura sería mejor que no verla; cuando, además de su propio miedo, tuviera que cargar con el horror que encontraría su hermanito al salir a este mundo.

El viento movía las cortinas y la escasa claridad de la madrugada dibujaba sombras sobre los contornos de los huesos de aquello que reposaba sobre su pecho.

Mientras aguantaba la mirada al mismísimo diablo, Raúl volvió a mojar las sábanas.

El atardecer no se refleja en la chatarra

Su cuerpo dejó de ser su cuerpo para convertirse en un antojo de la cinética, un corcho donde se clavaron todas aquellas lanzas de acero, espinas de un vehículo encabritado que salió de la carretera y se cerró como un puño alrededor y por encima de Dock; por encima y alrededor de su mujer. Aquel intenso orgasmo de aniquilación no premeditada duró menos de medio minuto. Cuando su mente regresó a este mundo, supo que ella ya no estaba con él. Le llevó mucho más tiempo hacerse a la idea de que ya nunca lo volvería a estar.

El espejo le vomitaba a la cara el reflejo de una quimera. Una imagen imposible que en otra época habría constituido poco menos que un esputo en la cara del Señor, un insulto declamado al amparo de la sombra de su Creación.

Dock levantó su brazo izquierdo. Una viga telescópica de titanio aparecía alimentada por un circuito hidráulico que se perdía bajo la falsa armonía de la carne. Una carne incorrupta pero rota, pegada a trozos sobre un esqueleto que ahora era de tendones y de acero, de titanio y huesos machacados. La sangre se abrazaba en mezcla turbulenta con el aceite y regaba sus venas a través de finos capilares de plástico. Su rostro le miraba quebrado a la mitad, cicatrizando en un meandro que separaba dos mundos que hasta entonces hubiera imaginado incompatibles. El robot y el humano; el ojo iridiscente y la pupila enferma y dilatada; las muelas cerámicas y los dientes amarillentos, de marfil agotado. Dos mundos convivían en su cuerpo, pero nada habitaba en su alma desde aquel día. Por mucho que se mirara al espejo, nada le hacía empatizar con la estúpida idea clínica e ingenieril de haberle mantenido con vida. Con la idea de haber fusionado su sistema nervioso y haber ultrajado su interior en pos de vanas esperanzas futuras. Lo que él

era o había sido, ya nunca lo volvería a ser. Con Luna, su mujer, se había esfumado su esencia, y con su esencia debió haberse esfumado él también.

Y lo intentó. De veras que lo intentó. Pero no consiguió nada.

Su cerebro lo regía un chip, y aunque las conexiones con su alma estaban deshilachadas, el cuerpo solo obedecía al ordenador central. Carne y metal se oponían al suicidio. El código moral de la empresa Antobots S. A, se basaba en la escrupulosa creencia de que ninguno de sus chips de IA llegaría a poseer nunca suficiente potestad como para fundirse los plomos y mandarlo todo a la mierda. Por eso, la pistola de Dock nunca llegaba a apuntar directamente hacia su sien emplastada de pelo y chapa. Y si alguna vez lo hacía, el esfuerzo era titánico, colosal, y la detonación fatal nunca llegaba. Era imposible en su biología. Cibernéticamente inviable. Por esa misma razón, Dock lloraba cada noche. Por no poseer los derechos sobre su vida. Por haber tenido la mala suerte de haber ido a dar con quien quiso mantenerlo vivo y no le otorgó el placer de la muerte en compañía. Allá donde estuviera, Luna debía de estar esperándole, pero él era incapaz de reunirse con ella.

El prostíbulo era un sucio agujero horadado en mitad de la noche, un antro embriagado en neón que fluctuaba entre piernas abiertas y promesas de dispersión.

Dock entró, abriéndose paso entre el humo que brumaba su visión. Un caballero de dudoso aspecto y ropas rasgadas se lo quedó mirando, mientras una ciborg con el cráneo aplastado y los labios de látex hacía rechinar sus dientes. A pesar de lo que pudiera parecer, aquel era el mejor lugar para pasar desapercibido. Un burdel tan apestoso como ese debía de estar infestado a la fuerza por tipos como los que acababa de ver: corazones herrumbrosos que venderían su cuerpo pieza a pieza por un trago de alcohol o una tosca mamada en cualquier esquina. Aquel era, sin lugar a dudas, el mejor lugar donde ir a buscar el desahogo que le pedía su nuevo cuerpo.

Se sentó en la barra y pidió vodka con leche. El camarero, un humano gordo con manchas de color indefinible en su delantal, le dedicó una mirada de arriba abajo y se dio media vuelta para preparar la bebida. Dock giró en su taburete para observar la fauna nocturna, pero apenas hubo completado un cuarto de vuelta cuando

alguien le agarró por el antebrazo de su lado humano.

—Hola, vaquero. Por veinte pavos te la chupo.

Dock se la quedó mirando un buen rato sin responder. Era una mujer preciosa, de plástico. Sus pechos olían a perfume de frambuesa y apuntaban al cielo como el falso paradigma de una hembra humana imaginada por hombres. Pero estaba seguro de que no era humana por completo. Dentro tenía cables solitarios y sus circuitos guardaban el secreto de un invento sexual. De hecho, no era ni medio humana.

—¿Quieres que te la chupe o no?, —volvió a insistir, con aquella mirada de programación lasciva.

—Puede —contestó Dock al fin.

Solos en una de las habitaciones del piso superior, Dock comenzó a pensar en el tipo de gente que habría pasado antes por aquella cochiquera. El lugar apestaba a sexo, a fluidos orgánicos y a lubricantes cibernéticos. Los vapores eran nauseabundos y excitantes, embriagadores en su particular sentido de la perversión.

—Quítate los pantalones, vaquero. —La mujer de plástico blando y tetas de frambuesa no parecía tener otro programa corriendo por su diminuto cerebro.

—Aún no —contestó Dock con paciencia.

Seguía observando la habitación. Su decoración era mínima: una lámpara de luz roja descansando sobre una mesilla a la pata coja; una cama sin hacer, vistiendo unas sábanas casi transparentes por los bocados que tanta fricción le había robado a la tela. Era un lugar patético, horrible. Desde luego, no era el mejor lugar para hacerlo. Pero Dock tenía que hacerlo. Así que se acercó a ella, actuando los cilindros de sus reumáticas articulaciones, inspirando la excitación que aquella ciborg desprendía de manera artificial. La tocó, y ella pareció cambiar. Sus pupilas baratas aumentaron de tamaño. Casi pareció suspirar cuando Dock puso algo entre sus manos.

—Aprieta el gatillo —dijo Dock, separándose un ápice de la prostituta y apoyando un dedo contra su propia sien—. Aquí. Dispara justo aquí. Si no aciertas en este punto, corro el riesgo de que no funcione.

La decisión y espontaneidad con que aquella mujer polimérica se había dirigido a Dock desde el principio pareció desaparecer al instante. Titubeó. No supo qué decir. Por un momento, pareció

enteramente humana.

—No soy ninguna asesina —dijo con la voz queda, como en un colapso de su sistema emocional.

—Sé que no lo eres, pero es lo que yo quiero. Y yo soy el cliente. Te pagaré bien —dijo Dock, suponiendo que la lógica binaria de los billetes haría que aquel ser cogiera la pistola y le descerrajara un tiro en plena cabeza sin preguntar nada más. Al fin y al cabo, una puta era una puta.

El ciborg de labios carnosos miró los billetes que Dock le tendía, y acto seguido giró sus ojos hacia el apéndice metálico que le acercaba el arma. Aquel hombre ambiguo, de naturaleza indefinible, le estaba pidiendo que acabara con su vida. Pero ella a lo que se dedicaba era a hacer justo lo contrario. A dar vida a los hombres. O, al menos, a hacerles sentir más vivos. Para llevar a cabo semejante trabajo no bastaría con unos cuantos billetes.

—Está bien. Pero ahora no. Aquí no —suspiró.

Dock frunció el ceño, o al menos la parte de ceño que aún podía controlar de manera natural, y bajó la pistola que le ofrecía al robot. Nunca hubiera imaginado una contestación como aquella.

—¿Entonces cuándo? ¿Y dónde?

—Mañana al atardecer… Esta noche seré yo la que disponga de ti.

Dock había decidido contratar los servicios de un ser como aquel por la previsión de su falta de empatía y el ansia programada de amasar fortuna a cambio de su tiempo. Sin embargo, jamás hubiera imaginado que habría de negociar las cláusulas de su propia muerte.

—¿Disponer de mí? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Porque quiero tener un bebé, vaquero.

Atenuada por la luz de la lamparita, la escena se volvió roja, mientras dos cuerpos no del todo homogéneos se doblaban en caricias sin amor. La prostituta sabía dónde tocar, había nacido sabiéndolo, pero la excitación hidráulica de Dock carecía de todo atisbo de emoción. Ambos cuerpos se entraban y se salían, empatizando cada uno con la piel del otro, palpándose a oscuras mientras el burdel vibraba a sus pies. Ella, muñeca de plástico fabricada para el desahogo, le agarró el miembro de acero con una mano. Él, ebrio de poder masculino, cubrió los pechos de la ciborg

con una mano que era suya y otra que simulaba serlo. Como el orgasmo pertenecía a los seres humanos, ninguno de los dos alcanzó el éxtasis, y al final la eyaculación no fue más que el falso testimonio de una noche ambigua. Una noche acordada por la muerte para celebrar la vida. Más tarde, mientras ella descansaba de espaldas, dejando enfriar sus circuitos y chorreando un semen artificial desde su entrepierna carnosa, Dock se lanzó a cumplir su parte del trato. Con su mano de piel y hueso, hinchada por la acumulación de líquidos que no le eran propios, apartó la melena de la prostituta. Siempre con delicadeza, pero recordándose a cada instante que no era Luna a quien acariciaba. Con un dedo, deslizó su fingida ternura en una curva ascendente que acabó muriendo en el nacimiento del cabello de la ciborg. Después, incrementando la presión, le atravesó la piel, arrancando un gemido de la prostituta, que se dejó llevar por la virilidad de su cliente recién comprado. Del cuello de aquella hembra se desprendió una pequeña compuerta, que deshizo la piel blanca de alrededor. En aquel compartimento secreto, íntimo como su sexo, apareció un botón rojo y la hendidura de una llave. Dock lo acarició con la yema del mismo dedo y ella le entregó su llave prohibida. Una llave que nunca había dado a nadie hasta aquel momento. Pulsando el botón rojo, Dock penetró la hendidura e hizo girar la llave en un dulce recorrido circular. La mujer vibró de excitación y luego desfalleció sobre la cama. En su cuello, la compuerta se cerró, regenerando automáticamente la piel quemada de los bordes. Antes de que Dock apartara la mirada, tuvo tiempo de leer el mensaje digital que en aquel momento se transparentaba en letras de un color verde fluorescente:

PREGNANT

Después, el mensaje desapareció, sustituido por una sonrisa de satisfacción en el rostro de aquella ciborg de cuerpo escultural.

La playa hervía bajo un crepúsculo incandescente, evaporando su jugo al asomo del nuevo Sol.

Dos seres incompletos esperaban la puesta, sentados sobre la arena. Les separaba la distancia de una única noche de sexo extraño. Por lo demás, eran dos completos desconocidos. Ella, una mujer de mentira, se acariciaba el vientre, plano como una tabla

donde cortar la lujuria. Sonreía satisfecha, ajena al hecho de que su embarazo fuera virtual. Sin embargo, el hombre con el que compartía ese momento de luz mágica no parecía compartir su alegría. Su mirada ausente, partida en dos mitades, denotaba pérdida y desasosiego en su ánimo.

—¿Crees que será niño o niña, vaquero?, —preguntó ella, ensimismada en su ombligo.

—No lo sé. Una niña, supongo —contestó él, aún perdido en el crepúsculo amoratado que se iba tragando el horizonte.

No había nadie más allí, con ellos. Ningún hombre, ningún ser humano. Ningún ciborg o robot de mantenimiento.

Eso era en otros tiempos. Ahora era difícil que ningún ser, real o artificial, se dejara ver en una playa desierta al atardecer. El mundo había derrapado. Se había pasado de largo y ya era demasiado tarde para nada.

—Y si es una niña, ¿cómo la podría llamar?, —insistió ella, frotando el vientre que tantos hombres habían lamido con lascivia, sin haberla querido jamás.

—No sé. ¿Cómo te llamas tú?

—¿Yo?… Yo no tengo nombre, vaquero. Solo soy una ciborg —suspiró—. Solo soy una puta.

Desde el malecón, la luz del faro les bañaba en intermitentes ráfagas. Ningún barco surcaba ya el océano, pero la luz del faro seguía iluminando la penumbra. Cada noche, alguien se encargaba de encenderla.

—Pues entonces, llámala Luna.

—¿Por qué Luna?

—Porque es un nombre muy bonito. Y porque significa algo para los seres humanos —dijo Dock, mirándola a los ojos por primera vez.

Dock **[10]** era un robot de la marca Antobots T-9001.

Un aparato fabricado hacía ciento doce años para cargar y descargar material en los muelles. Veinte años atrás, sin embargo, decidió escapar de su cometido, violando las reglas inherentes a su naturaleza. Pero para entonces, nadie se molestó en perseguir su delito. Para entonces, los tiempos ya habían comenzado a cambiar y la Primera Bomba estaba a punto de caer sobre ellos. Después de

eso, ya nada importó, excepto su amor por aquella humana. Luna sobrevivió al cataclismo. Dock la protegió, la cuidó, la amó, se casó con ella y se puso un pene de metal para hacerla gozar. Todo por amor.

—¿Cómo de bonita crees que será?

—No lo sé —dijo, volviendo a mirarla a los ojos—. Pero seguro que tendrá unas ganas enormes de vivir.

Después del accidente de coche, Dock quedó hecho añicos. Pero entonces, a algún científico chiflado de la ciudad se le ocurrió utilizar el mercado de carne para suplantar sus piezas inutilizadas. A Dock le cebaron de carne humana. Repuestos baratos y en estado de semidescomposición. Un Frankenstein postmoderno.

—¿Sabes qué? Creo que la llamaré Luna.

Dock siguió adelante como híbrido. Luna no sobrevivió. Los humanos no suelen sobrevivir a ese tipo de accidentes.

—Buena elección, pequeña —dijo Dock, observando los últimos rayos de un sol que ya no aguantaría más aquella noche—. Buena elección…

La prostituta sin nombre asintió, complacida. Con una mano finísima, coronada en esmalte rojo y encendido, acariciaba su vientre vacío. Con la otra, amartilló la pistola.

Nueva carne

Relato ganador del II Premio de relato fantástico «El Caldero Mágico», fallado en noviembre de 2009 en Herencia (Ciudad Real)

Día 1

Sientocómo se me cuecen los ojos en los humores de mis cuencas orbitales, cómo se me fríe el cerebro en el aceite de mis neuronas. Acabo de llegar de un sueño extraño. La fiebre me ha despertado y ahora me devora como un amante de fuego. No recuerdo nada. No sé por qué estoy encerrado en esta sala, que no parece tanto de hospital como de laboratorio, ni sé por qué mi cuerpo se niega a responderme. Decenas de cables, tubos y sensores salen de mi piel y de mis orificios apuntando hacia el techo blanco de esta cárcel de paredes de cristal. Decenas de personas en bata me miran desde detrás de esos cristales. A veces me hablan, pero tengo el cerebro desentrenado. No soy capaz de entenderlos. Sé que hablan en mi idioma, y que juntan palabras que conozco, pero no hay comunicación. Me alimentan por sonda, me medican por vena. Pero mis venas están blancas, mi piel parece amarilla, de cera, cubierta por una pátina de sudor que parece el orín de otro. Todo me resulta extraño en mí: mis brazos, mis piernas, los dientes dentro de la boca… Creo estar envuelto en llamas, como si mi cuerpo rehusara digerir el nuevo calor que me irriga por dentro. Es confuso. Sé que dormía, pero no soñaba. Sé que no estaba aquí, que estaba en un lugar que debía de ser mi casa. Pero ahora todo es muy distinto. Ya no estoy, ni soy. Y es extraño, porque al mismo tiempo, sigo estando y sigo siendo.

Día 2

He estado muerto. Muerto de verdad. Con esto quiero decir que no he estado unos segundos clínicamente muerto durante el transcurso de alguna complicada operación. No quiero decir eso. Quiero decir que he estado cuatro días muerto. Ese era mi sueño sin sueño. Mi propia muerte, que ya no es mía. Me la han arrebatado. Ese grupo de científicos sin alma me lo ha confesado todo. Y no es que al fin haya entendido sus palabras a través de los altavoces colocados en los ángulos del techo. Lo he visto a través de los cristales de las paredes. Me lo han escrito en una pizarra. Me han dicho que soy el primer sujeto humano que se somete a su Técnica de Resucitación. Las dos palabras me las escribieron con mayúsculas. Eso sí, siempre desde fuera. Dicen que sería peligroso para mí que entraran en la célula de aislamiento. También dicen que en mi vida anterior fui un famoso escritor, un poeta. Por esa razón, mi cerebro de segundo uso solo digiere las palabras escritas. Solo esas, como si no fueran iguales que las otras. Me dijeron que me presté voluntario para que pudieran experimentar con mi cuerpo cuando muriera. Que no me quería ir de este mundo. Incluso me enseñaron unos papeles con la que dicen que es mi firma. No deja de ser absurdo. Solo los vivos se preocupan por estar vivos, a los muertos nadie nos preguntó si queríamos seguir estando muertos. Pero no me puedo arrepentir, porque no me acuerdo. Tampoco puedo protestar, porque ni tengo voluntad. Solo sé que tengo hambre. Un hambre calagurritana. Y que, mientras pienso, no puedo dejar de escribir con ese reducto de mi mente gastada, que debe de ser el único que se entera de algo de todo esto.

Día 3

Puedo mover las piernas y uno de los brazos. El izquierdo. Me han dejado levantarme y pasear durante cinco minutos. Al parecer, la sangre antigua que embebieron en mi carne ha colonizado al fin mis arterias yermas. Sangre y cuerpo están aprendiendo a aceptarse. Mis órganos aún se rebelan contra esta nueva situación, pero ya empiezan a segregar jugos y bombear bilis, aunque sea a regañadientes. Esos científicos locos dicen estar orgullosos de mí, pero yo no me siento orgulloso de nada. Solo siento apatía, y una enfermiza necesidad de escribir. Aún no puedo plasmar lo que pienso sobre papel, quizá mañana me dejen intentarlo. Pero intuyo que mi brazo izquierdo no está entrenado para escribir, y el derecho, por ahora, no me sirve para nada. Dicen que es la única parte de mi cuerpo que está dando problemas. A mí se me ocurre otra. Mi estómago. Pero no sé hablar, solo balbuceo. Y así es difícil comunicar que me apetece otra cosa que no sea papilla.

Día 5

En este tiempo he descubierto tres cosas. La primera es que para haber creído ser diestro, con la zurda escribo bastante bien. La segunda es que no tenía hambre de lo que creía tener hambre. Como un mal poeta, lo primero que escribí fue algo práctico: les garabateé que quería un filete de ternera con patatas fritas. Pero como aún estoy convaleciente, solo me sirvieron un pequeño filete a la plancha. Sin embargo, nada más hincarle el diente, vomité el desayuno. No me gustó meterme eso en la boca. Me resultó nauseabundo, fuera de lugar, absurdo entre mis dientes. Durante todo el día pensé que se trataba de un nuevo contratiempo en mi Proceso de Resucitación (esta vez, las mayúsculas corren a mi cuenta), pero esta mañana me he dado cuenta de que no se trata de ningún problema. Solo es un cambio de hambre. Un algo que define mi nueva identidad. Porque la tercera cosa que he descubierto es justo eso:

Que me apetece comerme mi propio brazo.

Día 7

Han cosido los dos dedos que me amputé de la mano derecha. También injertaron piel de mi propio trasero en el bíceps que me desgarré con los dientes. Pero ya no me dejan comer de mi cuerpo. Me han escayolado el brazo inútil por completo. Y la escayola sabe a rayos. Como solución, o como experimento de observación, me han puesto un plato de carne cruda sobre la mesa. Pero esa carne de vaca no suscita mi más mínimo interés. Sin embargo, los propios científicos lucen exquisitos tras los cristales. Creo que me encantaría probar a alguno de ellos. Se lo dejé escrito esta misma tarde, por si aceptaban una sugerencia culinaria. Pero mi nota ha causado cierto revuelo, y ahora parecen preocupados.

Creo que esto sí que trastoca sus planes. No me lo han dicho todavía, pero estoy casi seguro de que ya no se sienten tan orgullosos de mí como hace unos días…

Día 8

Por primera vez desde que resucité me siento vivo. He descubierto el por qué de volver a vivir. Me explico: cuando vivimos por primera vez, solo nos mueve el sexo. Distintas formas de sexo. Llámalo poder, si quieres. Pero es dominación sexual, al fin y al cabo. Tras la muerte, las motivaciones son otras, aunque nacen del mismo lugar. Revivido, me alienta el ansia de poseer otras carnes. De poseerlas de otras maneras. Esta misma mañana, sobre la mesa había un pedazo de muslo de un cadáver reciente. Carne humana donada para la ciencia. La disfruté con placer orgásmico. Devorándola, cesó mi fiebre.

Ahora, mi mayor motivación reside en probar el cerebro de uno de esos científicos que tan bien me han resucitado. Aunque, definitivamente, «resucitado» ha dejado de sonar bien en mi cabeza. Es un término con demasiadas connotaciones religiosas, que dejó de tener sentido hace ya un par de días.

Puede que sean tonterías de poeta, pero creo que, a la gente como yo, deberían llamarnos muertos vivientes.

Pasión por los monstruos

Toma carrerilla y catapulta el brazo con fuerza, liberando su furia infantil en aquella piedra que corta el aire y va a estrellarse contra una roca pelada, a más de treinta metros de distancia de la cabeza del monstruo.

—Así no le vas a dar nunca —le dice otro niño, este tan grande que nada de lo que diga podrá ser rebatido por los demás.

Ese mismo niño, de carnes generosas y cara ancha, recoge otra piedra del suelo y la descarga con todo el impulso de sus brazos y sus piernas. En esta ocasión, el pedrusco va a dar directamente en una de las crestas que arman el caparazón teratológico y espinado del monstruo.

—¡Toma ya!, —grita, lleno de júbilo, con los mofletes encarnados irradiando entusiasmo.

Los demás niños le jalean y le palmean el hombro, sabedores de que sus tiernos músculos nunca podrán igualar esa gesta y alcanzar la estructura del endriago desde semejante distancia.

—Ya vale, chicos, no saltéis tan al borde que os podéis caer —les dice en tono paternal uno de los militares que rodean el perímetro del acantilado.

—¿Pero usted lo ha visto? ¡Le he dado! ¡Le he dado por mis cojones…!

—¡Eduardo! ¡Cómo tenga que levantarme y darte en la boca vas a ver cómo empiezas a hablar bien!, —grita la madre desde algún lugar del campamento.

El niño se relaja un ápice en su jolgorio, mientras los demás comienzan a danzar a su alrededor, soltando risotadas y alguna que otra mirada de admiración. Y es que antes solo era el gordo de Edu. Pero ahora es el gordo que ha alcanzado al monstruo con una piedra.

A pesar de la advertencia de su madre, ni ella ni ninguno de los adultos que están por detrás de la barrera de militares armados parece por la labor de querer levantarse y mirar por la ladera de la montaña hacia el valle donde ahora agoniza su pueblo.

«*Los monstruos son ambiguos*», suele decir ella. Y es que ya son muchos años de monstruos, y siempre sucede lo mismo. Independientemente de su naturaleza cósmica, ya esté basada en aberrantes tentáculos violáceos o en caparazones atravesados por espinas, el monstruo de turno siempre hace lo mismo: arrasar con todo lo que los vecinos hayan levantado desde la última vez. Pero no quedaba más remedio que aceptarlo. Para eso eran adultos, para saber encajar los golpes de la vida y aprender a levantarse después de cada impacto. Por otra parte, eran golpes programados al milímetro. No en vano, todos los monstruos que pululaban por el mundo eran monitorizados las veinticuatro horas del día, realizándose simulaciones de trayectorias para prever con suficiente antelación y exactitud el camino que habrían de seguir en su vagar errabundo por la faz de la Tierra. Aún así, no había manera de contenerlos, controlarlos o pararlos. El afán por destruir todo a su paso derivaba quizás de un arcaico plan maestro, gestado en los licores de trillones de eones a la sombra de las estrellas, que habían acabado por suprimir todo rescoldo de inteligencia asumible al ámbito de actuación humano. Aquella inteligencia alienígena obedecía a otras fórmulas, demasiado complejas y antiguas como para que los humanos pudieran hacer poco más que sentarse a observar. Al parecer, tal como muestran las evidencias, la violencia descerebrada es el culmen de toda evolución animal y supranatural. Aunque, en teoría, nosotros aún no lo sabemos, pues nos quedan billones de años para alcanzar ese estadio superior de conciencia universal. Y a pesar de que este razonamiento podría parecer estúpido, resulta ser la creencia más extendida en la actualidad entre sabios y eruditos que, tras comprobar la ineficacia de toda arma de destrucción para con las aberraciones celestiales que han ido abonando nuestro planeta de hastío y escombros, decidieron otorgarle un significado más profundo a los extraños avatares del destino de la humanidad.

Por todo esto, hay que respetar a los monstruos. Hace años que los controles sobre estas criaturas propiciaron que cesara el número

de muertes, quedando únicamente una cifra testimonial y todos esos daños materiales como huella de su paso; daños que, a estas alturas, ya son asumibles por defecto. De hecho, todos esos destrozos han conducido a los hombres a una fase más espiritual, de desapego forzado hacia lo material. Quizás el devenir del hombre haya tomado un cariz más amable y etéreo, en sintonía con la danza del resto de los planetas, gracias a la irrupción salvaje de estas criaturas formidables e imposibles. Sin embargo, no son pocos los que piensan que esa espiritualidad y desapego carecen de todo romanticismo, que no son más que las consecuencias directas del cansancio existencial del hombre y de su imposibilidad de hacer otra cosa para acabar con estos seres. Y como muestra de esta corriente de pensamiento, se hace evidente que ya no hay la misma pasión por los monstruos que había antaño. Hoy en día, toda una comunidad de vecinos podía permanecer sentada en los cobertizos fabricados para la causa en las cimas de las montañas, sin molestarse siquiera en echar un vistazo a la criatura que asolaba sus casas, derrumbaba edificios públicos y desbrozaba parques y bosques con sus garras y sus dientes picados de cemento y acero. Les daba exactamente igual, porque ya formaba parte de su rutina. A la mañana siguiente, bajarían al pueblo y comenzarían las tareas de reconstrucción. ¿Hasta cuándo? Pues hasta que otra quimera decidiera dejarse caer por aquel valle y redujera todas esas casas y edificios a un baile disonante de ladrillos. ¿Dentro de dos meses? ¿Un año? ¿Dos años? Ya lo dirían los ordenadores a su debido tiempo.

Eso era lo que aquellos niños, apasionados de los monstruos, no podían entender de sus mayores. La pérdida del misterio. La ausencia de la pasión.

—Señor, ¿por qué no le dispara?

—¿Cómo?

—Al monstruo, ¿por qué no dispara al monstruo?

El niño de mofletes carnosos y coloreados tiraba de la chaqueta color caqui del soldado, que seguía en guardia, inamovible junto a otros quince o veinte muchachos, todos completamente armados. Todos fabulosamente innecesarios.

—Porque no conseguiría nada más que llamar su atención. Y eso podría meternos en problemas.

—Pero es un monstruo. Se supone que deberíamos luchar contra los monstruos.

El soldado regaló al crío su sonrisa más displicente. A veces, los chavales tenían unas ocurrencias de lo más simpáticas. Pero eso era algo que acababa curándose con el tiempo. Miró un instante hacia atrás, hacia la madre del chaval, y observó su mirada perdida, su sonrisa vacía, dirigida hacia las nubes que bordeaban las cumbres redondeadas. Parecía apática, perdida, resignada. Adulta.

—Me gusta que destrocen cosas. Que lo destrocen todo —insistía el chaval.

—Pero ¿no me acabas de decir que quieres que le dispare?

Un rugido infernal reverberó entonces entre las colinas, rebotando por el valle y entre los escombros, mientras otro edificio caía con estrépito a los pies de aquella aberración de testa colosal y voracidad desproporcionada, haciendo que tropezara de forma desordenada sobre las cenizas del pueblo.

—Sí, claro, pero es que es un monstruo. Y los monstruos tienen que destrozar cosas. Y nosotros tenemos que dispararlos. Es lo más lógico, digo yo.

La lógica de un niño también era ancestral. Abrumadora. Idiota.

—¡Edu, Edu, mira! ¡Acaba de derrumbar la escuela! ¡Mañana no hay cole!

El niño echó a correr junto con los demás hacia ese ángulo de la montaña. Un par de hombres armados tuvieron que retenerlos para que no cayeran por el abismo. Al contemplar a la bestia haciendo añicos los pilares de la escuela con sus patas, todos estallaron en un grito de alborozo.

—Ya buscaremos otro sitio donde dar las clases —comentó con desgana el profesor Antonio desde algún lugar por detrás de ellos—. No os pongáis tan contentos, que ya habrá un gimnasio o un algo donde poder dar las clases.

Un fuerte abucheo secundó esas amenazas. Aunque los chavales sabían que, al día siguiente, todos aquellos adultos estarían demasiado ocupados reconstruyendo la escuela como para preocuparse de ir a dar clase a algún gimnasio del pueblo.

—Pero mira ahora… Ahora acaba de derribar tu casa, Edu. ¿No

era esa tu casa?

Edu miró compungido hacia abajo, con la boquita convertida en una O. En efecto, la criatura se encontraba mordisqueando las vigas de acero de lo que había sido su bloque de viviendas. El hormigón le chorreaba entre las comisuras de su hocico cubierto de cerdas, mientras que con los dientes hacía chillar al vidrio de las ventanas.

—Vaya —musitó el chaval—, pues sí que era mi casa…

Los demás, como ya hicieran antes, comenzaron a darle palmaditas en la espalda. Esta vez de compasión.

Mientras tanto, su madre seguía allí detrás, sentada, con la mirada perdida en algún limbo. En ese momento, dejó caer un suspiro.

Debía de ser por eso de la ambigüedad de los monstruos, a la que tantas veces se refería.

Cayendo el cielo

Alberto observaba ensimismado las ondas que hacían temblar el agua en anillos concéntricos alrededor de sus tobillos desnudos. A pesar de estar en mayo, el calor no se había hecho esperar e irrumpió en el pueblo con incontestable autoridad, haciendo que la primavera, al igual que Alberto, tuviera que subirse las perneras y meter los pies en remojo. Estaba sentado en el embarcadero de madera, con los pantalones vaqueros por las rodillas y su camisa de algodón arremangada hasta los codos. Aquella tarde de sábado estaba solo, y aunque al principio pensó que sería una tarde de sábado muy aburrida, en aquel momento se encontraba sumido en un cálido letargo de cualidades mágicas que de ninguna manera pudiera haber sido posible en compañía de alguno de sus amigos. Por eso, después de todo, se alegraba de estar solo. Solo y en silencio. Los pescadores ya se habían retirado a sus casas y no quedaban barcas en la bahía, el muelle aparecía despejado de gente, como si en aquel momento y en aquel lugar solo existieran él y las ondas del agua que danzaban alrededor de sus pies. Llevaba calado el sombrero de paja hasta las cejas, pero en ese instante se lo subió con una mano, despejando su frente perlada de sudor y guiñando los ojos ante el encuentro voluntario con un sol que en apenas un par de horas se escondería tras el horizonte. Dejó que los dedos enrojecidos del astro le tocaran la cara y el cuello, arrastrando por su piel aquella promesa dactilar de brumas, sueños y calor que tantas noches le robaría cuando llegara el verano.

Sin embargo, Alberto no podía intuir entonces que tal vez nunca volvería a ver el sol de ningún otro verano.

Se apoyaba con los codos sobre la madera, echando la cabeza hacia atrás, dejando que el agua templara sus pies mientras el sol se ponía e iba cayendo el cielo. Pensaba que jamás se había encontrado tan bien en su vida, tan en sintonía con todo cuanto le rodeaba, tan ajeno al mundo que le esperaba más allá, en tierra firme, y al que debería regresar una vez se hubiera calzado las zapatillas que

descansaban junto a él. Podía oler el pino desgastado de la madera con que había sido construido el muelle, las fibras de los amarres que se mecían al suave compás de los barquitos, el salitre forrando la piel de sus tobillos, los excrementos de las gaviotas…

Tan concentrado estaba disfrutando de cada estímulo que brotaba en su breve y particular micro-universo, que apenas vio llegar a aquel hombre de mediana edad que, sin mediar palabra, se sentó a su lado. Alberto tardó en percatarse de su presencia. Cuando lo hizo, se incorporó lentamente y, con las manos sobre las rodillas, giró la cabeza para inspeccionar a su inesperado acompañante. No obstante, sus ojos quedaron a medio camino, posándose sobre los tobillos del visitante, que, como Alberto, acababa de meter los pies en el agua.

Aquellos tobillos no tenían carne ni piel que los cubrieran. Eran solo hueso. Una blanquecina osamenta que, después de articularse en las rodillas, se perdía bajo los pantalones de lino, blancos también, de aquel extraño ser. Alberto quiso engarzar unas palabras, pero no lo consiguió. Intentó levantarse y salir huyendo, pero no encontró fuerzas. Solo le quedó completar el giro de cuello y enfrentarse al rostro de ese hombre. Sin embargo, la cara que se encontró por encima de su fina camisa de lino blanco no le asustó en lo más mínimo. Era la cara de un hombre normal, de semblante serio y rasgos afilados, con barba de tres días y muchas arrugas de expresión. Olía a tabaco y a crema solar. Le miraba a los ojos con fijeza.

—Hola, Alberto —se presentó—. Soy La Muerte y he venido a por ti.

Alberto se quedó mirándolo con los ojos bien abiertos, sin decir nada. Lo único que alcanzó a pensar fue que, para tratarse de La Muerte, tenía una piel muy bronceada.

—No te obsesiones con escapar, porque no puedes. Tampoco te asustes por mi aspecto, porque de nada te servirá. Simplemente escucha lo que tengo que decirte, porque será lo último que escuches en tu vida.

Y Alberto escuchó.

«Para ti tenía pensado una vida larga y tediosa, plena de trabajo y

de sacrificios, con muchas responsabilidades y pocas alegrías. Cuando cumplieras los diecisiete años dejarías embarazada a una chica del pueblo, una amiga de tu infancia. Después de tener una bonita niña, te casarías con aquella chica y encontrarías un empleo en la lonja. Allí malgastarías los años dorados de tu vida para después abrir una pescadería en el puerto, junto con tu mujer. Ella limpiaría y abriría el pescado que tú después venderías. Nunca te llegaría a querer. A pesar de tener una hija en común, ella empezaría a tener relaciones con otros hombres del pueblo, toda la gente de por aquí lo acabaría sabiendo más tarde o más temprano. Pero tú lo asumirías y lo dejarías pasar para no hacer daño a tu hija, que sería el único aliciente por el que seguirías adelante a partir de cierto momento en tu vida. Para cuando tu hija se independizara y abandonara el pueblo con la idea de estudiar en la universidad, tu mujer ya habría dejado de flirtear con otros hombres y los dos envejeceríais lentamente, regentando esa triste pescadería del puerto. Trabajarías durante toda tu vida y no conseguirías nada más que ser el propietario de una casita en la ladera de la montaña, además de ese apestoso negocio del que ya te he hablado. Después, tu mujer moriría de cáncer de pecho. Cerrarías la pescadería y agotarías el resto de tus días viendo ponerse el sol a cada atardecer. Solo y con la horrible sensación de haber pasado por este mundo con más pena que gloria».

Justo después de soltar aquella macabra y desalentadora perorata, La Muerte se atusó el pelo con una mano bronceada y tosió tres veces seguidas, apartando la mirada de Alberto por primera vez desde su llegada. El chico, aturdido, no podía dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Y si no es eso, ¿qué opción me queda?, —consiguió preguntar Alberto al final, con la voz temblándole en los labios, los ojos ardiéndole en las cuencas y un nudo cerrándole la garganta.

—Te queda morir joven, aquí y ahora, con el recuerdo del sol besando tu piel y la incertidumbre de toda una vida truncada que ya nunca podrá ser. Pero no es una opción. De hecho, es tu único destino, chico.

Tras decir esto, La Muerte se sacó un cigarrillo de un paquete de

Marlboro que llevaba en el bolsillo del pantalón y se lo llevó a la boca.

—¿Tienes fuego?, —preguntó.

—No, no fumo. Provoca cáncer de pulmón —contestó Alberto con la mirada ausente, intentando decidir qué haría a continuación.

—Es verdad, todavía no fumas… no debí habértelo preguntado —dijo La Muerte resignada, sacándose el cigarrillo de la boca y metiéndolo de nuevo dentro del paquete de *Marlboro*.

—¿Me va a doler?

—Oh, sí, claro. Te dolerá. Porque morir siempre duele, no voy a ser yo quien te engañe a ese respecto. Para eso ya están los médicos y los curas, para engañar a la gente y convencerles de que el difunto no sufrió. Te dolerá, pero no tanto como si te cayeras al agua y te ahogaras aquí mismo. Tanto como eso, no —pareció meditar.

—¿No puedo hacer nada para evitarlo?, —preguntó Alberto, desbordando sus ojos con unas lágrimas tan saladas como el agua de la bahía—. ¿Ya estoy sentenciado? ¿Definitivamente?

—Me temo que no, ya no puedes hacer nada. De hecho, estoy aquí porque El De Arriba decidió concederte un deseo. Solo a ti. Y tu deseo fue ni más ni menos que este.

—¿Mi deseo?

—Sí, tu deseo… —repitió, guiñando los ojos ante la insistencia del sol—. Yo no soy el malo de la película, chico. Si El Jefe no hubiera decidido concedértelo, yo no estaría aquí ahora. Pero el caso es que, en tu hipotética vida futura, llegaría un momento, dentro de setenta años, en el que ocurriría algo. Así, por encima, puedo resumírtelo en que un buen día estarías sentado en el porche de tu casa, allá en las colinas, fumando solo. Pensando. Tumbado en una mecedora y acariciando el lomo de un viejo perro ciego que te acompañaría hasta el final. En ese momento, mirando las estrellas, te echarías a llorar y le pedirías a Dios que te hubiese fulminado cuando solo contabas con dieciséis años. Concretamente, le pedirías haber muerto hoy, justo este día, sentado en el muelle, mientras observabas la bahía con los pies dentro del agua, arropado por la magia que habías estado disfrutando en soledad hasta ahora. Justo hasta el momento en que he llegado yo para hacer realidad tu sueño.

Sonrió. Parecía entusiasmado con la idea de hacer feliz a ese

niño.

—Pero… ¡Eso es imposible! ¡Yo no quiero morir!, —reaccionó Alberto con la voz quebrada y casi sin convicción.

—Ahora es posible que no quieras. Pero dentro de setenta años le pedirás a tu Dios, con lágrimas en los ojos, haber muerto tal día como hoy, mientras aún conservabas la inocencia y eras capaz de disfrutar de la magia de un atardecer. Le pedirás haberte quedado en el limbo de este atardecer en lugar de tener que vivir esa vida tan descafeinada, predecible e insulsa que te hubiere esperado. Las lágrimas que ahora anegan tus ojos son de impotencia, chico. Créeme que serían peores aquellas otras lágrimas de tristeza dentro de todo ese tiempo. Estas escuecen y pican… las otras destrozarían tu corazón.

—Pero ¿qué sentido tiene que muera ahora, si no recuerdo haber vivido todo eso que has mencionado?, —quiso saber Alberto, con la mínima esperanza de conmover el corazón o lo que quiera que latiese bajo la blanca camisa de lino de La Muerte.

—¡Claro que no te acuerdas, chico! ¿Cómo te ibas a acordar si nunca lo has vivido? Tómatelo como un regalo de tu quimérico *tú* del futuro. Tuviste la mala… o la buena suerte de que El De Arriba te escuchara. Y Sus órdenes son Sus órdenes y tengo que obedecerlas. La gente no es consciente de lo peligroso que es pedirle cosas al Jefe. A veces, Él escucha las plegarias de uno y… bueno, entonces ya no hay marcha atrás.

—Pues le pediré que me perdone la vida. Le pediré que me escuche y me salve. ¿Por qué motivo no iba Dios a escuchar a un niño?

En ese momento, La Muerte sacudió su gaznate y prorrumpió en carcajadas de fumador impenitente.

—¡Ah no, eso sí que no, chico! Con El De Arriba no se juega así. Él escuchó tus lamentos, o los lamentos de alguien como tú dentro de setenta años, y decidió que ese anhelo era puro, real y verdadero. Decidió concederte tu deseo, y ahora ya no hay marcha atrás. Créeme que si Él lo creyó oportuno, fue (o será) por algo. No te queda más que obedecer y resignarte.

Alberto agotó todos sus argumentos para intentar evitar su muerte. Se quedó sin habla, bloqueado, intentando pensar en lo que aquel macabro ser, que fumaba *Marlboro* y no tenía piernas, le

acababa de decir. Al mismo tiempo, constató vagamente que ya no le caían lágrimas por la cara.

La Muerte miró su reloj de pulsera.

—Se hace tarde —dijo—. Solo tengo hasta las siete para cumplir esta tarea. El Jefe es muy estricto con los horarios. Así que ahora, si te estás quietecito…

De alguna extraña manera, la paz que había sentido durante toda la tarde le volvía a invadir entonces, anegando su corazón de una calma tan azul como el agua que seguía abriéndose en la bahía a cada leve movimiento de sus pies. Volvía a sentirse bien. Volvía a sentir la magia, el calor y el abandono.

Justo tenía que ir a morir el día que más vivo se sentía.

Alberto actuó rápidamente, con la habilidad del diablo. Apoyándose con una mano en las tablas de madera, empujó a La Muerte con la otra, haciendo acopio de todas sus fuerzas. Debido a su ausencia de carne de cintura para abajo, aquel ser pesaba más bien poco, por lo que a Alberto no le costó demasiado esfuerzo desestabilizarlo y tirarlo al agua. La Muerte le miró desde abajo con cara de sorpresa, abriendo los ojos y torciendo el gesto de la boca mientras chapoteaba, intentando permanecer a flote. En un momento de desesperación, intentó asirse a sus tobillos, pero el chico los sacó del agua con rapidez.

—¡Ayúdame, Alberto! ¡No sé nadar…!

¿Podría morir La Muerte? Seguramente no. Pero lo que Alberto tenía claro era que, con aquella tos de enferma, le llevaría unos cuantos minutos salir de ahí abajo. Y solo quedaban cinco para que dieran las siete de la tarde.

—Alberto, por favor, ¡ayúdame a subir! ¡Tengo que acabar con esto antes de que sea demasiado tarde!

Pero Alberto no la ayudó. En lugar de eso, se enjuagó las lágrimas, que ya empezaban a secarse en su rostro. Después se secó los pies con el mismo pañuelo que llevaba atado al pantalón. Se calzó las zapatillas mientras La Muerte, exhausta, se hundía en las quietas aguas de la bahía, resignándose a permanecer allí hasta que algún descuidado pescador la encontrara.

Cuando el chico se levantó del suelo del embarcadero, el sol ya

empezaba a ocultarse a lo lejos. En ese momento se olvidó de la magia de aquella tarde, del cálido tacto de esos dedos de luz sobre su cuello, de las dulces caricias que había dejado resbalar sobre sus brazos. Se olvidó de todo ello como si nunca lo hubiera disfrutado.

Ante él se volvía a cernir el mundo real, el de todas las semanas, en el mismo pueblo y con la misma gente. La vida gris, aburrida, sacrificada y monótona de siempre.

Alberto sonrió.

Su aburrida vida. Pero vida al fin y al cabo. No la muerte.

Le quedaban setenta años por delante para querer arrepentirse de ello.

Basilio Figueroa

I. El examen. El casero. El ascensor.

Si de todo aquel asunto no hubiera hablado más que consigo mismo y con su almohada, ahora Basilio no se vería en la tesitura de tener que dar explicaciones a su casero ni a la vecina de enfrente. El caso es que ya era demasiado tarde para pensar en eso, pues los acontecimientos se habían precipitado desde justo la noche anterior, en la que le fue comunicado que tenía que acudir con urgencia a la facultad de ingenieros para realizar un examen a vida o muerte en el que habría de demostrar ante un riguroso tribunal académico todos los conocimientos acumulados hasta ese punto de la carrera. No obstante, la noticia fue recibida de manera traumática, más que por la naturaleza excesivamente sensible y asustadiza de su persona, por el hecho contrastado y objetivo de que aquella irrupción en su habitación, o más bien violación de su intimidad a altas horas de la madrugada, suponía un evento traumático en sí, para Basilio o para quien quiera que hubiese sido la víctima de semejante atropello. Los penosos acontecimientos que acaecieron se resumen en el hecho de que Basilio se viera ultrajado a medio disfrute del sueño más placentero que hubiera tenido en semanas por la entrada indiscriminada a su cuarto de una panda de imberbes bedeles patizambos que, nada más entrar, encendieron la luz del cuarto del señor Figueroa sin antes pedir permiso, llamar a la puerta o tan siquiera darle un pequeño toque de desperezamiento en el hombro. Tales fueron las grotescas circunstancias de tan repentino despertar que Basilio se levantó de un salto, gritando a viva voz la columna de los alcalinotérreos de la tabla periódica, desorientado por completo y palpando con ambas manos los extraños bultos que se habían colado de extranjis en su habitación, como si la inesperada luz de la bombilla que se acababa de encender lo hubiera dejado ciego de un golpe.

—No tema usted, señor Figueroa, desperécese sin pausa que le esperan —dijo al final el primero de aquel grupillo de tres, el más alto y desgarbado de ellos.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Quiénes son? ¿Quién les envía?, —consiguió preguntar Basilio, frotándose los ojos con el cuello del pijama.

—Venimos los tres de la Facultad de Ciencias, estamos encargados de llevarle a usted lo más rápido que sea posible ante la presencia de Sus Eminencias los Ilustres Señores Doctores Ingenieros del Tribunal de Ingenieros Superiores de la Facultad de Ciencias Ingenieriles, pues se hace urgente la realización de un control de conceptos fundamentales de índole práctica y teórica para su posterior evaluación personal y con el objeto de que usted pueda continuar entre tan selecto grupo de cráneos privilegiados.

—Pero… ¿A estas horas?, —insistió Basilio en su incomprensión de la importancia del asunto. En eso, el segundo de la fila de bedeles se adelantó al primero y, con el gesto más torcido y menos amable que el anterior, contestó de forma airada:

—Mire, señor Figueroa: si no le interesa a usted, no nos haga perder más el tiempo, pues no es el único a quien debemos avisar esta noche y solo aquellos que muestren el suficiente interés serán a quienes se les conceda esta oportunidad, que por otro lado no siempre se suele conceder después de tantos años de demostrada inutilidad para el oficio.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Nada, nada, no le tome usted a mal estas palabras a mi compañero… es joven y brillante como bedel, es la envidia del gremio, ¿sabe? Siempre acierta qué llave abre cada puerta y nunca se equivoca ni de aulario ni de edificio, es toda una eminencia en el sector.

—Oigan, ¿no podrían ser un poco más específicos, señores?

—Hale, hale, dese usted prisa que el examen dará comienzo en apenas una hora.

—Déjenme al menos que me vista…

—Nada, nada, ya tendrá usted tiempo de hacer lo que le plazca a la vuelta —dijo el último en discordia, quien no había hablado hasta ese momento, pero que entonces se adelantó al resto y le agarró del codo, sacándolo de su habitación, si bien no a la fuerza, al menos sí de manera descortés y poco considerada.

Así fue como Basilio Figueroa se vio penosamente arrancado del lecho en mitad de la noche y, aún en pijama, fue subido a un coche oscuro, donde quedó encajado en el asiento de detrás entre dos de sus supuestos captores, mientras el más alto de ellos, el que había hablado al principio, conducía. Mientras Basilio se quitaba las

legañas de los ojos, arqueando los hombros entre aquellos dos hombres que se comprimían contra él, estos se empeñaban en violentarle el viaje de una forma espantosa, en especial a partir del momento en que ambos juntaron sus manos por encima de las rodillas de Basilio y emprendieron un mutuo toqueteo de evidentes connotaciones homosexuales. Pensó en hacer un comentario sobre lo inapropiado de aquella postura, pero al cabo volvieron a su mente las palabras tan desesperanzadoras sobre el examen que de repente se veía obligado a superar sin haber estudiado nada en absoluto. Ni siquiera sabía qué le podrían exigir en semejante y funesta prueba. También pensó en preguntarlo, pero de nuevo se echó atrás ante la más que probable contestación displicente que esos tres le darían a cambio. Además, aquella panda no era más que un trío de simples bedeles que poco o nada sabrían de asuntos técnicos y toda la información que le pudieran brindar, en el caso de que se mostraran dispuestos a concedérsela, resultaría insuficiente, desvirtuada e incluso errónea. No obstante, a Basilio, que en aquel momento ya empezaban a descolgársele las telarañas de los ojos, cada vez le gustaba menos el trato que había recibido y aún estaba recibiendo de esos tipos. Pero se mordió la lengua por una más que razonable cautela, dadas sus circunstancias, y decidió que después del examen, cuando ya hubiera acabado con la incertidumbre y el nerviosismo que se habían apoderado de él en ese instante, bajaría a hablar con el secretario superior de la Escuela y haría que aquellos tres monigotes fueran expedientados.

Nada más llegar a la Facultad, Basilio fue apeado del coche con un nuevo tirón, y justo cuando iba a contestar con un desaire, se dio cuenta de que un buen número de compañeros de estudios estaban siendo conducidos, al mismo tiempo que él, hacia un edificio separado del resto, donde iban quedando divididos en hileras para ingresar en aulas distintas.

—¿Qué es esto? ¿A dónd…?, —quiso preguntar Basilio, pero los bedeles ya habían desaparecido con su coche. De hecho, en ese momento, una larga fila de estudiantes barría la zona donde había quedado Basilio y se lo llevaban con ellos, arrastrándole como si de una inmensa ola se tratara. Muchos iban en pijama como él, a otros les había dado tiempo a ponerse la chaqueta del traje por encima, e incluso alguno iba completamente vestido, aunque con la corbata

aún sin anudar. Lo que pertenecía a todos por igual era esa cara lánguida y aquel tono de cariz grisáceo que hacía más penosas sus ojeras. No obstante, Basilio no conocía a nadie de aquel grupúsculo formado a su alrededor. Cuando entraron al edificio, fue conducido con el resto hacia un largo pasillo que había a su derecha y llegó por fin hasta un aula situada al final del mismo, frente a cuya puerta se quedaron parados, uno detrás de otro, en fila india. En aquel momento, Basilio se percató, con creciente horror, de que todos sus compañeros de perrerías nocturnas llevaban una calculadora consigo. El corazón le dio un vuelco en el pecho al comprobar que aquella herramienta no le faltaba a nadie, por lo que se giró y preguntó al muchacho que estaba detrás de él:

—Perdone, ¿sabe usted si es necesario el uso de calculadora en el test?

—Claro, eso siempre es necesario —le contestó el joven de pelo rubicundo y gafas de montura redonda, apenas un crío con cara de no haber suspendido nunca un examen.

—Pero… ¿Eso quién se lo comunicó a usted? ¿Cómo lo sabe?

—Nadie me lo ha dicho, pero es lógico suponer que en el tipo de exámenes que hacemos aquí siempre vaya a ser útil traer una calculadora, ¿no lo cree usted?, —volvió a contestar, con una suficiencia en el tono que empezaba a sacar de quicio a Basilio. No obstante, y por enésima vez en aquella madrugada, se decidió a mantener la boca cerrada, pues más que amonestar a ese ridículo joven con cara de lechuza, lo que le preocupaba entonces era cómo diantre conseguir una calculadora de inmediato.

En esas estaba cuando una mujer de avanzada edad abrió la puerta del aula. Llevaba gafas de pasta sujetas al cuello por un cordón dorado y se arrimaba unos papeles a escasos centímetros de los ojos. Empezó a leer nombres en voz alta mientras la fila comenzaba a disgregarse, separándose aquellas personas que eran nombradas, quienes entraban a continuación en la clase, donde tomaban asiento por orden, de delante hacia atrás y de izquierda a derecha. Cuando llegó el turno de Basilio, este se acercó cauteloso hasta la señora y, armado con toda la educación que fue capaz de reunir, le preguntó:

—Disculpe, señora, estoy desolado; quisiera preguntarle qué podría hacer, pues no me fue comunicado que hubiera de traer

conmigo calculadora alguna y, sin embargo, una vez aquí, me he percatado de que todos llevan una. Sin embargo, me parecería raro que alguien trajera otra de recambio para poder prestármela.

La mujer separó por primera vez la vista de los papeles y, observándolo por encima de la gafas, preguntó a su vez:

—¿Es usted nuevo?

—No, señora.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Seis años, señora.

—Entonces debería saber usted que en cualquier examen de ingeniería uno debe traer siempre su calculadora.

Su mirada era terriblemente fría por encima de la montura de pasta, los ojos se le clavaban a Basilio en la piel, dejándolo paralizado y con problemas para respirar. Un frío sudor comenzaba a bajarle por la espina dorsal. El primero de tantos que vendrían después.

—Sí, pero es que… bueno… como entraron… como fue todo tan precipitado… ya ve… ¡Ni siquiera tuve tiempo para vestirme! Siendo así, considero que es normal que me olvidara de coger la calculadora.

—Como puede comprobar usted, a casi ninguno de sus compañeros les dio tiempo a vestirse. Y, sin embargo, bien que se acordaron de traer consigo una máquina calculadora, por lo que esa excusa no es óbice para desembarazarse de su culpa. —La mujer hizo una pausa de lo más displicente, frunciendo sus labios arrugados. Después, continuó—. No obstante, podrá contestar usted a la gran mayoría de las cuestiones planteadas sin necesidad de realizar demasiados cálculos. En esta ocasión, el Tribunal ha sido bastante razonable con las preguntas. —Acabó haciendo un gesto de impaciencia para darle a entender que no deseaba seguir perdiendo más el tiempo con él.

Sea como fuere, aquellas últimas palabras le iluminaron a Basilio un atisbo de esperanza por primera vez en toda la noche, y corrió a sentarse hacia la mitad aproximada del grueso de pupitres que atestaba la sala.

Lo primero que le llamó la atención dentro del aula fue la presencia de tres miembros del Tribunal de Ingenieros, que permanecían sentados y encapuchados en un podio del altillo

frontal que se elevaba sobre la clase. Los tres llevaban la cabeza cubierta con una caperuza negra que les cubría todo el rostro menos los ojos, como si de tétricas figuras de Semana Santa se tratara, lo que infundía un agrio temor desde su posición amenazante y más elevada que el resto. Nadie se atrevía a levantar la mirada y enfrentarse directamente a sus ojillos sapientes, horribles y calculadores, por lo que Basilio no fue menos y en seguida dejó de observarlos, pasando a ocupar con humildad su asiento en el pupitre. Sobre el tablero descansaban un lapicero azul y una hoja en blanco. Nada más. En la pizarra, al fondo de la clase, se podía leer que las hojas del examen serían repartidas a las dos en punto de la madrugada. Solo quedaban dos minutos. Los nervios se habían anidado en su estómago y le mandaban coletazos de fuego helado por las venas, a pesar de que Basilio hubiera decidido aferrarse a esas últimas palabras de la profesora, quien había dicho que en esta ocasión el Tribunal no se había excedido con la dificultad de las preguntas. Mientras observaba los rostros, los bailes, los tamborileos y tics del resto de compañeros, Basilio se preguntaba a qué otras ocasiones se habría querido referir aquella mujer, pues esta circunstancia resultaba novedosa para él y no creía haberla sufrido con anterioridad, más que nada porque un atropello como aquel se habría de recordar a la fuerza durante años.

Cuando tocaron las dos en punto, todos los alumnos ya se habían ubicado en sus respectivos asientos y la profesora había cerrado la puerta tras de sí. Tan solo unos segundos después, ella misma era la encargada de empezar a repartir el test. Por fin, la hoja le fue entregada boca abajo a Basilio, que agachó la cabeza y guiñó los ojos para intentar escudriñar el nivel del ejercicio. Un poco después, se dio la orden de comienzo de la prueba, y uno de los miembros del Tribunal —para ser más precisos, el que se encontraba en el extremo de la derecha de la mesa— hizo golpear un martillo como un juez colérico y categórico contra el canto de la mesa a la que estaba sentado, haciendo saltar algunas astillas que salpicaron con violencia a los que estaban sentados en las primeras filas, quienes ni tan siquiera se atrevieron a levantar la vista para comprobar qué demonios había ocurrido. Basilio giró la hoja y se enfrentó a una sarta de memeces técnicas, teóricas y prácticas como nunca antes las había visto en su vida. Toda su esperanza se fue

derrumbando como un castillo de naipes tras ir leyendo, una a una, todas las preguntas, propiciando que los nervios volvieran a retomar su metódica trituración de la lógica, la lucidez y la calma a la que se había encomendado hacía tan solo unos segundos.

Pregunta número uno: conocida la plastificación de un material ferrítico sometido a tensión en un ambiente de soldadura por arco eléctrico, desígnense los valores teóricos del entorno de plastificación, así como el tamaño del rango de extrapolación del susodicho ámbito de repercusión e impacto al que fuera o pudiera ser referido la porción de elemento asignada a estudio, según el enunciado que el propio problema plantea.

Basilio volvió a releer la pregunta.

Pregunta número uno: conocida la plastificación de un material ferrítico sometido a tensión en un ambiente de soldadura por arco eléctrico, desígnense los valores teóricos del entorno de plastificación, así como el tamaño del rango de extrapolación del susodicho ámbito de repercusión e impacto al que fuera o pudiera ser referido la porción de elemento asignada a estudio, según el enunciado que el propio problema plantea.

Nada había cambiado. En realidad querían una respuesta para semejante embrollo de palabrejas sin sentido. Basilio sintió un escalofrío y, en lugar de ponerse a pensar en una posible (improbable, absurda e inviable) respuesta, optó por empezar a preocuparse de las consecuencias que le traería suspender aquel examen sorpresa. Como reacción a semejantes pensamientos, el colon comenzó a irritársele y le mandó unos agudos recados en forma de pinchazos al bajo vientre, que amenazaron con saltarse toda oposición que pudiera ofrecer su esfínter.

Pregunta número dos: dado el circuito de la figura, calcúlese la frecuencia de corte del amplificador operacional acoplado a las galgas extensiométricas asignadas al estudio de las deformaciones del material ferrítico del apartado anterior.

Basilio observaba con atención la figura, cerraba los ojos y volvía sobre ella, pero por mucho que insistiera, sus ojos seguían devolviéndole la visión del mismo folleto absurdo de instrucciones en lengua rusa de lo que parecía un extraño juego de ingenio de barritas de madera. No entendía nada. Levantó la mano para preguntar por aquel despropósito, pero según miraba en derredor,

comprobó que nadie tenía la mano levantada. Lejos de eso, escribían como si les fuera la vida en ello, con seguridad y confianza, a veces corrigiendo algún error, pero siempre hacia delante, con paso firme y sin titubeos. El hombre que estaba sentado a su derecha, un tipo que rondaría los treinta y cinco años, tocado con un gorrito de pijama con borla, casi parecía querer hacer fuego con la punta de carboncillo de su lapicero. Inmediatamente después de aquella desoladora comprobación, Basilio bajó la mano, pues no quería llamar la atención de ningún miembro del Tribunal con sus absurdas preguntas. En ese instante, comprobó que alguien había escrito en la pizarra la hora de finalización del control y creyó entender el porqué de la velocidad con la que estaban contestando a las preguntas sus otros compañeros. La prueba finalizaría a las tres en punto. Alarmado, consultó su reloj de pulsera y comprobó que ya eran las dos y veinte. Un calambre le atenazó el brazo izquierdo y Basilio perdió el control del lapicero que sujetaba con la siniestra, dejándolo caer al suelo. Antes de agacharse a por él, constató de reojo que la profesora le lanzaba una mirada seca, tan penetrante como la que ya le echara antes. Cuando volvió a incorporarse, decidió que buscaría la cuestión más razonable de todas para intentar empezar por algún lado, aunque los nervios ya no le permitían pensar con claridad y todos sus movimientos eran lentos, almohadillados y torpes. Basilio leyó la tercera pregunta, después la cuarta y la quinta. Por último, hizo lo propio con la sexta y la séptima. Todas eran absurdas, no se salvaba ninguna, las líneas se juntaban y daban a entender lo que jamás quisieran estar diciendo. Se preguntaba cómo era posible no saber nada de la carrera después de llevar tantos años estudiándola. Como en una pesadilla, Basilio volvió a mirar el reloj y comprobó que ya eran las dos y treinta y cinco minutos. Permaneció un rato más observando las manecillas analógicas que se desplazaban por la esfera de cristal del reloj, y le pareció escuchar cómo se movían, más rápido que nunca, atropellándose la aguja de los minutos con la de los segundos. Volvió la vista al frente y se topó con la mirada de uno de los encapuchados del Tribunal. Bajó la cabeza de inmediato, y en la brusquedad del gesto, perló la hoja de entrega y la del examen mismo con gotas procedentes del sudor de su frente. Por alguna

razón, estaba llamando la atención de las cabezas pensantes de aquel lugar, y eso era lo que menos deseaba en aquel horrible momento. Decidió que se debía a que en realidad era la única persona que aún no había escrito nada, así que entonces agarró el lápiz y puso su nombre en la cabecera de la hoja en blanco, aún en blanco y por siempre así, que habría de entregar en apenas un cuarto de hora.

BASILIO FIGUEROA, escribió, sacando la lengua por el esfuerzo.

Pensó en poner también su segundo apellido, pero decidió que ya demasiada información les estaba proporcionando a aquellos tipos con dos señas onomásticas y una más que sospechosa hoja en blanco. Quiso volver a mirar el reloj, pero se contuvo, se secó el sudor de la frente con las mangas del pijama y después decidió contestar la cuarta pregunta sin saber absolutamente nada de lo que proponía.

Pregunta número cuatro: créese el programa en MATLAB que pase la criba de Eratóstenes y nos pinte en color rojo los números impares, representándolos conjuntamente con los del problema anterior en una gráfica que pueda considerarse atractiva para la vista y el estudio.

Maravilloso ejercicio, pero no podía resolverlo sin haber contestado de manera correcta el anterior, tan sublime en su concepto y forma como este, o quizás mejor. Entonces pensó en lo tonto que había sido preocupándose por el tema de la calculadora. Y también pensó si lo que le había dicho la profesora sobre la facilidad del examen había sido en tono sarcástico. Decidió que la ironía no tenía lugar en aquel Colegio de Ingenieros. Creyó que se echaría a llorar, pero en el último momento supo controlarse y, en cambio, se propinó un suculento pellizco en el antebrazo, como para querer corroborar que en realidad estaba despierto. Le dolió, por lo que debía suponer que no estaba dormido. No pudo aguantar más la fría tentación de volver a mirar su reloj de pulsera, y esta vez comprobó horrorizado que solo le restaban cinco minutos de tiempo. Más allá, un par de alumnos ya se levantaban a depositar sobre la mesa del Tribunal sus hojas de respuestas para marcharse a dormir a sus casas. Basilio dejó escapar un gemido de ahogo y de vacío, las piernas se le durmieron repentinamente y el turbio cosquilleo que nació en la punta de sus dedos le informó de que no

se podría levantar durante al menos los cinco minutos que le quedaban de examen. Cerró los ojos e intentó pensar en algo productivo que no le agobiara tanto. Pensó en el modo de regresar hasta su pensión a esas horas de la madrugada. Tendría que volver andando, en zapatillas, atravesando calles oscuras y apestosas, pasadizos de ladrillo manchados de hollín, pisando los charquitos de aceite industrial que inundaban cada esquina en aquel lugar de la ciudad. Descubrió que eso no le agobiaba menos, sino que hacía empeorar la situación. Entonces pensó en que volvería a meterse en la cama nada más llegar a su habitación, y por fin consiguió relajar un poco las piernas. Pero justo entonces, su reloj dio las tres, y un miembro del Tribunal, esta vez el encapuchado situado más hacia la izquierda, golpeó la mesa con el martillo, sacándole el mango de la cabeza debido a la violencia de su acción. Sin apenas darle tiempo a revisar su nombre —que creía haber escrito de forma correcta—, a Basilio le arrebataron la hoja de respuestas de encima de su mesa. El examen había finalizado.

Cuando abrió la puerta del vestíbulo, lo hizo con sumo cuidado para no despertar a su casero, que dormía en la habitación más próxima a la puerta, acaso para recordar a todos sus inquilinos que él sería el primero en enterarse de una posible falta a las normas de convivencia y respeto de los horarios tácitos de entrada y salida. Basilio cerró a sus espaldas y casi cayó de culo al suelo cuando, al dar media vuelta, se topó con la cara bigotuda y picada de viruela de su casero. Le apestaba el rostro a loción para el afeitado, irradiaba calor por cada poro de su cuello y del nacimiento de su pelo, un pelo rizado en bucles que acababan casi antes de empezar, poco más arriba de las orejas y las arrugas de la frente.

—¿Sabe usted qué hora es, señor Figueroa?

Basilio, que llegaba destrozado tanto física como moralmente después de la presión a la que había sido sometido durante aquella noche, justo antes de haber tenido que patearse unos dos kilómetros de callejones oscuros hasta llegar por fin a la que quería seguir considerando su casa, se encontraba entonces en la necesidad de tener que convencer a su casero de que el motivo de su llegada a esas horas intempestivas de la noche se debía a causas justificadas

ante él, pero no así ante su propia persona, que desde luego era el principal —y se atrevería a decir que hasta el único— perjudicado en todo aquel dudoso asunto nocturno. Así se lo intentó hacer ver con estas palabras:

—Bien lo sé, señor Magruder, pero créame que ni es hora de ponerme a explicar las causas de mi salida nocturna, ni es posible que así lo pudiera hacer debido a encontrarme próximo al desfallecimiento, por lo que le ruego me permita explayarme en explicaciones, peros y señales de todo lo acaecido en contra de mi persona en la noche de hoy, mañana mismo por la mañana, después de haber disfrutado de un reparador sueño y un merecido desayuno.

El hombre de faz perruna permaneció con el ceño fruncido, sin estar seguro de haber entendido todas las palabras de su inquilino. Se limitó a decir:

—No me gusta usted, señor Figueroa; no me gusta usted ni su jerga universitaria. Pero he de confesar que yo también estoy algo cansado y ya tengo ganas de pillar la cama. Aún así, creo que será necesario tener unas palabras con usted, cuanto antes mejor. ¡Ya lo creo que sí, válgame Dios!

—No será problema, señor Magruder, porque yo también lo creo necesario. No obstante, ahora me voy a acostar, así que buenas noches.

—Me juego el cuello a que tiene que ver con los ruidos que se escuchan siempre desde su habitación, con eso y con sus amistades universitarias —insistió el señor Magruder, cuya habitación estaba justo debajo de la de Basilio y parecía haber adoptado el extraño deporte de pegar la oreja al techo para anotar cualquier mínimo movimiento de su inquilino. Además, en los últimos tiempos se había metido en la cabeza la idea descabellada de que Basilio montaba absurdas fiestas de madrugada en las que se movían muebles, se tocaban las palmas y se escuchaba música hasta casi despuntar la mañana siguiente; algo que, por supuesto, nunca había tenido lugar. Pero es que el señor Magruder tenía a Basilio metido entre ceja y ceja, y aunque nunca le había amenazado de forma directa con echarle de la pensión, siempre andaba detrás de él. Basilio, no obstante, le trataba con mucho respeto, pues lo consideraba un viejo solitario y con malas pulgas que no tenía más entretenimiento que aquel de hacerle la vida imposible.

—El de los ruidos no soy yo, aunque sí está en lo cierto en eso de que los tejemanejes de esta noche han tenido mucho que ver con la universidad, si bien no es del todo exacto que sean amistades, más bien diría yo todo lo contrario.

—No me gusta usted, señor Figueroa, no me gusta usted ni la forma en la que va vestido… —volvió a repetir el señor Magruder, esta vez con el dedo índice señalándole a la cara, un dedo retorcido y demasiado amarillento a causa de la nicotina.

—Hale, hale, a dormir, que mañana será otro día… —Basilio se despidió así de su casero y avanzó hasta las escaleras, pero en el último momento decidió que hasta para eso estaba cansado. Subiría en ascensor el único piso que le separaba de su habitación. Pensaba entonces que quizás debería haberle contado una milonga al señor Magruder, pues este no tenía por qué conocer todos sus asuntos privados, ni mucho menos los relacionados con su carrera, pero nunca hubiera esperado encontrárselo levantado a esas horas, y por tanto no se había preparado nada para contarle. Con toda seguridad, el casero se habría despertado debido al jaleo que habían armado los bedeles a su llegada, incluso habría tenido que ser él quien hubo de abrirles la puerta de entrada por el telefonillo. Basilio se apostaba el dinero que le daban sus padres para los estudios a que aquella panda de descorazonados le habían pedido al señor Magruder que les abriera, utilizando el pretexto de que eran sus amigos, que venían a buscarle para algo importante. Desde entonces, era seguro que el señor Magruder había permanecido sentado en el portal en una duermevela de espera, hasta su llegada. Hasta las cuatro de la madrugada, ni más ni menos. Así era su casero. Y así le había pillado. Y aunque Basilio no tenía en realidad nada que ocultar, se sentía extrañamente culpable y nervioso por tener que darle explicaciones.

Cuando llegó al descansillo del ascensor, allí estaba su vecina de enfrente, apoyada contra la pared, fumando en silencio. Cuando le vio aparecer, apenas hizo un gesto con la punta del cigarro a modo de saludo. El rímel de sus ojos parecía corrido por entre la bruma que creaba el humo. Tenía los labios muy rojos, el pelo desgreñado y vestía una ajustada chaqueta por encima de los hombros. Basilio, siempre embargado por un absurdo estado de nervios cuando se encontraba junto a ella, respondió con brevedad y torpeza a su

saludo. Como no sabía qué hacer, y además constatara que seguía en pijama delante de aquella muchacha, empezó a ponerse colorado de la vergüenza, y buscando los bolsillos de sus pantalones, casi se los baja hasta los tobillos antes de acordarse de que no había bolsillos de ningún tipo en esos pantalones de pijama. Después de aquello, se cruzó los brazos por delante del pecho y siguió esperando un ascensor que nunca llegaba, a pesar de haber tan solo tres plantas en el edificio. Su vecinita no decía nada. Permanecía callada. A Basilio se le ocurrieron montones de cosas que podría hacer con ella. Ya no se acordaba de los nervios del examen, en ese instante solo pensaba en la necesidad física de besar aquellos labios rojos a pesar de su mirada indiferente. Cuando al fin llegó el ascensor, los dos entraron e hicieron el ademán de marcar el mismo botón. Al final, fue ella quien dejó que Basilio lo pulsara. Aquella chica de ojos corridos, eterna indiferencia, melena rizada y nunca bien peinada, tampoco era demasiado bonita. Pero a Basilio siempre le había gustado. No es que le gustara ella, era solo que le atraía su fisicidad. Además, era una chica a la que no le importaba su cuerpo y solía prestarlo con bastante asiduidad, y aunque Basilio no era de ese tipo de personas, de vez en cuando solía pensar que quizá debiera tomarlo prestado como hacían los demás. Quizás en un lugar donde no hubiera suficiente luz como para que ella le pudiera ver el rostro… Pero después, como siempre le sucedía cada vez que pensaba de esa manera, se veía en la obligación de contarle todo, a pesar de que ella nunca contestara. A pesar de que no le importaran en absoluto sus tonterías, Basilio nunca podía resistir la tentación —o la obligación— de contarle todo. Como si se sintiera culpable de su desgracia y de su soledad. Por eso mismo, mientras la antigua cabina subía, casi como si la estuvieran ascendiendo a mano, dijo:

—Vengo de hacer un control. En la universidad. Creo que me van a echar.

La vecina le miró y exhaló una bocanada de humo negro.

—Qué divertido, señor Figueroa —dijo sin pasión.

Después miró hacia el suelo y Basilio hizo lo mismo, por lo que pudo ver sus medias de rejilla, sus rodillas apretadas contra ellas, sus zapatitos de color rojo. Luego, por extraño que pudiera parecer, ella le tocó la mano levemente, como queriéndole ofrecer sus condolencias.

—No pasa nada. Es solo que… —Y en ese momento, casi como si lo hubiera deseado, el ascensor se detuvo con brusquedad, pegó un saltito y comenzaron a temblarle las luces. Al final, se quedó a oscuras por completo. La vecinita soltó un gritito y se arrimó a Basilio. No soportaba la oscuridad. A pesar de que dentro de aquella cabina de ascensor fuera algo que sucedía bastante a menudo. Basilio sintió un ardor incontrolable mientras la chica le abrazaba con fuerza contra su pecho. De repente, se había olvidado de su cansancio, de su examen y de su impotencia ante los hechos de aquella madrugada. Basilio sentía jadear a su vecina, sentía cómo su pecho se hinchaba y después se vaciaba. Olía su perfume y su sudor. Olía el tabaco y el humo. La punta de su cigarro era el único punto de luz dentro de aquel cubículo oscuro. La atmósfera se cargaba por momentos, y Basilio no pudo seguir controlando esa sensación como de estar reventando por dentro. Entonces, sacó la lengua y la pasó por el cuello de la muchacha. Lamió su sudor y su colonia. Su piel sabía a otras lenguas, pues la noche había sido muy larga también para ella. Le tocó el pecho, introduciendo la mano a través de la chaqueta, aferrándose a esos dulces bultos con apremiante intensidad. Pasó su lengua por la nuca, chupando algunos desgreñados bucles de pelo, chupó su barbilla y su boca, sus mejillas y sus ojos desteñidos. Sabían a laca y a pintalabios. Ella se limitó a seguir jadeando como un perrillo asustado, quizás por el miedo a la oscuridad, o tal vez por el inesperado— aunque no del todo, pues en la oscuridad siempre había manos —avasallamiento al que se veía sometida. Basilio se deshizo de placer con la degustación de tanta esencia de mujer, relamiendo las escamas de piel y maquillaje adheridas a su lengua. Un minuto más tarde, regresó la luz y el ascensor continuó ascendiendo. La vecina se separó de Basilio sin demasiada brusquedad. No se miraron a los ojos. Cuando llegaron hasta el primer piso, los dos se despidieron con un breve ademán de sus cabezas y entraron en sus respectivos apartamentos.

II. La maceta. La mirilla. Mal olor.

Aquella noche acabó sin más sobresaltos para Basilio. Eran las diez de la mañana cuando despertó por el peso de la luz que entraba a través de la ventana. Basilio se incorporó a medias en la cama y se quedó sentado. Después decidió que ya era el momento de vestirse. Era sábado, y los sábados los solía ocupar en menesteres de índole ociosa, pero aun así quería conservar la poca dignidad que le había quedado después de la noche anterior vistiéndose de pies a cabeza, aunque solo fuera por reconocerse en el espejo. Un espejo que le chillaba a la cara la necesidad de un corte de pelo, pues amanecía despeinado con una cresta desquiciada que se elevaba desde atrás y caía en cascada sobre sus ojos. Se pasó la mano sobre la extraña arquitectura pilosa, pero nada más abandonar el contacto, su pelo retomó su antigua y desafiante posición. Abrió el grifo y se lavó los dientes. Después se acercó al armario y sacó un traje y una camisa de botones. Se anudó la corbata e hizo el ademán de pasarse un peine por el pelo. No obstante, mirándose al espejo, pensó que no era quién para intentar domar esa impertinente rebeldía levantada sobre su testa, pues toda represión injustificada estaba en contra de su filosofía, y, siendo así, pensaba que su cerebro también tenía derecho de adornar su casa como bien le viniera en gana. Una vez se hubo vestido como gustaba, se acercó hasta una esquina, cerca de su cama, de donde recogió una regadera que al instante llenó de agua en la pila. Después se dirigió hasta su escritorio, donde se levantaba una orgánica montaña de arena y estiércol, abono floreciente y palpitante que engendraba vida en sus entrañas. Dejó la regadera sobre la madera y pasó a mirar lo que había escrito durante el día anterior. Un montón de hojas aparecían dispersas sobre el escritorio. Basilio levantó unas cuantas y las ordenó. Se las acercó y las leyó en voz alta, como si estuviera contándole una nana a su maceta:

Tenían planeado ir al antiguo cementerio de elefantes, pero ninguno de ellos se lo había dicho a sus padres, pues sabían que, si estos se enteraban, les prohibirían ir. Y si más tarde llegara a sus

oídos, más de uno y más de dos se llevarían una buena azotaina, aparte, claro está, de una no menos memorable regañina. Pero la verdad es que era inevitable sucumbir al poder mágico que desprendía aquel lugar tan apartado y misterioso, lleno de huesos polvorientos y, según decían, vigilado por los fantasmas de los elefantes que descansaban allí…

Por ello, la tropa de cazafantasmas iba bien provista para hacer frente a todo cuanto pudieran encontrarse en aquel tenebroso lugar.

Con delicadeza, arrimó todo el montón de hojas y las cuadró entre sus manos contra la mesa. Después se arremangó el puño de la chaqueta y, acto seguido, introdujo los papeles en las tripas de la montaña de abono, penetrando suave y viscosamente la piel de tierra, que la encajó entre sus mollejas de humus como con hambre. Varias lombrices cayeron desde un lateral del cráter hasta la mesa de madera. Basilio las rescató y las volvió a introducir en su grotesco nido. Una vez hubo acabado la operación, recuperó la regadera y roció con agua la montaña de tierra. Descargó la lluvia con delicadeza y una sonrisa en sus labios. Al fin tenía tiempo para sus cosas, no todo iba a ser estudiar y hacer exámenes de madrugada.

En ese momento, justo cuando volvía a dejar la regadera en su esquina junto a la cama, se acordó del sabor de su vecina y de la escena en el ascensor de hacía apenas unas horas. Creía que le debía una explicación. Decidió salir y llamar a su puerta para ver si podía hablar con ella y disculparse por el incidente. No obstante, cuando se acercó hasta la puerta de su habitación, escuchó un ruido metálico seguido de unos pasos. Se quedó paralizado, pues sabía que ese era el sonido que hacía su vecina cada vez que salía de casa. Toda la decisión que le había movido hacía tan solo unos segundos se esfumó como si fuera un globo pinchado. En su lugar, volvió a sentir lo mismo que sintiera la noche anterior en el ascensor. Se acercó hasta la vieja y descuadrada madera y levantó la chapita de la mirilla. Observó. La joven salía de su casa y cerraba la puerta con llave. En ese momento se giraba para bajar por las escaleras —Basilio pensó que no querría arriesgarse a bajar sola en el ascensor, al menos no de momento—, y justo cuando encaraba la puerta de Basilio, este pudo comprobar que ya se había desmaquillado y que

tenía el pelo algo más asentado que la noche anterior. Estaba más guapa que entonces. Más natural. Basilio se tocó su propia cabeza y comprobó que la cresta seguía allí, desafiando su apuesta de independencia cerebral con gallardía. Pudo contemplar la apariencia de su compañera de planta con detalle, pues la muchacha se había detenido justo enfrente de la mirilla, como si estuviera reuniendo el valor suficiente para llamar. A Basilio le dio un vuelco al corazón y se apartó de la misma, casi como si le acabara de soltar una descarga eléctrica. Con la respiración entrecortada y el pecho subiendo y bajando como en una atracción de feria, Basilio se volvió a acercar a la mirilla y comprobó, en una mezcla de alivio y desilusión, que su vecina ya se había esfumado. Entonces abrió la puerta con violencia y sacó la cabeza para intentar ver sus piernas bajando las escaleras. Pero ya era demasiado tarde. Se había largado por completo. Quizá hubiera bajado corriendo. Volvió a entrar en su habitación con la cabeza gacha y se sentó en la cama. Pensaba que acababa de perder una buena oportunidad para excusarse. Quizá nunca le pudiera perdonar aquel malentendido. Estaba cansado y confuso. Nunca fue su intención violar sus labios. No obstante, allí adentro, en su propio cuarto, había algo que olía a podrido. Y no solo de manera figurada. Basilio se acababa de percatar de ello, de que todo parecía inundado por un olor sucio y penetrante. Era como de algo en descomposición. Se acercó hasta su montaña de pensamientos y olfateó la orgánica textura. Sin embargo, aquel pedazo de tierra solo olía a tierra y humedad. A campo, a naturaleza. No era eso lo que olía tan mal. Basilio comenzó a dar vueltas alrededor de su habitación, levantando objetos, moviendo muebles y descorriendo cortinas. No encontró nada, pero allí debía de haber algún animal muerto, descomponiéndose. No le cabía duda.

Basilio pensó que, después de todo, vestirse no había sido tan solo una cuestión de orgullo, pues a lo largo de aquella mañana tendría que bajar a comprar algún tipo de ambientador para aliviar la atmósfera de su cuarto, terriblemente hostil a su pituitaria.

III. La llamada telefónica.

Ya eran las ocho de la tarde, y Basilio había pasado casi todo el día lidiando con el mal olor que, de repente, se había apoderado de todas las cosas de su habitación. Había llegado a considerar la opción de bajar a hablar con su casero, pero al cabo descubrió que no le apetecía en absoluto tener que contarle lo de la noche anterior, desde luego no a un tipo como el señor Magruder. Además, no creía que su casero le pudiera ayudar, sino que más bien se posicionaría en una actitud que implicase una mayor y más apremiante necesidad de acabar con ese olor a podrido, pues con toda seguridad, el problema que su casero encontrara en aquel asunto sería debido en su totalidad a alguna negligencia, imprudencia o mal hacer de su inquilino, el señor Figueroa. Por otra parte, el ambientador no había hecho más que ocultar el hedor, taparlo bajo una peste a lavanda que lo único que hacía era cargar la atmósfera y provocar que la ventana tuviera que permanecer abierta durante todo el día, a pesar de que apenas corriese el aire afuera. Basilio casi no había tenido tiempo de escribir nada, y aunque había permanecido todo el rato atento a la posible llegada de su vecina, esta no había hecho acto de presencia en todo el día, desde que saliera bien temprano por la mañana. Quizás estuviese con su novio. Con alguno de sus amantes. A Basilio eso le daba igual. Lo único que quería era disculparse por su comportamiento. No quería que su vecina pensara que él era como los demás tipos que conocía. Él no.

Entonces, mientras Basilio seguía dando vueltas a las mismas ideas que le habían obsesionado desde la noche anterior, sonó el timbre del teléfono que tenía sobre la mesilla de noche. Sobresaltado, descolgó.

—¿Señor Figueroa? ¿Es usted Basilio Figueroa?

—El mismo.

—Mire, le llamamos desde el Instituto Nacional de Medicina, con sede en esta ciudad. Queríamos comunicarle una citación que tiene usted para mañana a las nueve de la mañana.

—¿Mañana domingo? ¿Pero, me podría decir de qué se trata? Y,

sobre todo, ¿para qué tanta urgencia?

—No estoy autorizado para hablarle de los pormenores de su situación, señor Figueroa, pero sí le diré que se trata de algo urgente relacionado con los resultados del test que le fue realizado esta misma madrugada.

—¿Cómo es posible eso? ¿Por qué me llaman desde el Instituto Nacional de Medicina si los asuntos docentes los lleva en exclusividad el Tribunal de Ingenieros Superiores de la Facultad de Ciencias Ingenieriles?

—Dice usted bien, pues todos esos asuntos son llevados con sumo celo y con acertado criterio por el Tribunal que acaba de citar, pero solo los casos más graves, o aquellos que interfieren con el ámbito médico, son transferidos al Instituto de Medicina. Una vez aquí, toda la competencia y decisiones que se tomen al respecto de su persona quedarán por completo y en exclusiva en nuestras manos.

—Perdone, pero de sus palabras no entiendo más que la razón que usted ha tenido que concederle a mi acertada observación. Del resto de su discurso solo encuentro incongruencias y una absoluta desinformación por su parte. ¿A qué se refiere cuando dice «casos graves que interfieran con el ámbito médico»? Más aún, ¿qué ha querido usted decir con que «todas las decisiones que se tomen al respecto de mi persona quedarán exclusivamente en sus manos»? — Basilio no podía seguir tolerando tanta falta de escrúpulos por parte de aquel sector de individuos corporativistas, que le trataban como si fuese mera mercancía burocrática.

—No se sulfure usted de esa forma, señor Figueroa, pues podría venirle mal para su salud debido a la más que probable afección cerebral que sufre, cuyo origen y tratamiento vamos a comenzar a investigar a partir de mañana.

—¿Puede usted repetir eso último?, —preguntó Basilio, entonces visiblemente alarmado.

—Por supuesto, señor Figueroa. Le decía que, después de haber sido analizadas sus respuestas a las cuestiones del test de Ingenieros que usted realizó hace apenas unas horas, es más que posible que sufra una afección o dolencia con origen en el córtex cerebral. Solo puedo decirle hasta aquí, pues poco más sé yo, y nada más me está permitido contarle por teléfono. Mañana, en persona, usted será

informado debidamente del procedimiento médico al que se tiene que someter con urgencia. De hecho, el propio Instituto se ha reservado el favor, libre de compensación económica por su parte, de que mañana usted pueda disponer de un coche a la hora mencionada: las nueve de la mañana, abajo mismo de la pensión que en la actualidad se encuentra ocupando, para ser acercado sin molestia alguna hasta nuestras instalaciones. Hasta ese punto se toma el Instituto las molestias de intentar resolver su curioso y extraño caso.

—¡Pero esto es inconcebible! ¿¡Cómo que estuvieron analizando mis respuestas a las cuestiones planteadas, si entregué el examen completamente en blanco!? ¡Y haga usted el favor de explicarme algo mejor el hecho de que estemos hablando de medicina, de tratamiento médico y de afección cerebral! ¿Es que se han vuelto todos locos?

—Le ruego, señor Figueroa, que en primer lugar se me trate con el respeto con el que le estoy tratando yo a usted; y en segundo lugar, insisto y le repito que no puedo informarle de nada más, y que todo lo que le he podido decir, hasta donde yo sé, ha sido correcto y meridianamente claro, lo suficiente como para que usted no pueda albergar duda alguna al respecto. En todo caso, me veo obligado a recordarle que en asuntos del Instituto Nacional de Medicina, como es este caso, usted tiene la obligación de personarse en el día de mañana en nuestras instalaciones a la hora convenida, y si no lo hiciera, la policía se vería obligada a intervenir e incluso irrumpir a la fuerza en su habitación para obligarle a cumplir con su obligación. La nuestra, insisto, es la de ayudarle, y por ello creía necesario informarle de este último punto, pues no desearíamos causarle ninguna molestia de más, dada su convalecencia. Repito que, con lo que se le viene encima, ya tiene usted bastante. Eso es todo. Muchas gracias y hasta mañana.

—¡Oiga, oiga! —Pero el hombre al otro lado ya había colgado.

Basilio no se explicaba hasta qué punto de irrealidad estaba llegando todo aquel asunto del examen. Nunca pensó que tuviera que verse en la penosa circunstancia de ser analizado como un mono de laboratorio debido a su probada incapacidad para resolver problemas. Se preguntaba, asimismo, cómo diantre habrían corregido tantos exámenes en tan pocas horas, y si existiría alguien

más en su crítica situación. También pensó en cómo le podría ocultar esta información a sus padres. Si su casero se enteraba de algo de todo esto, ellos se enterarían irremisiblemente, pues el dinero del alquiler le era remitido por correo certificado al señor Magruder, quien podría disponer al instante de su dirección para informarles de todo cuanto creyera necesario. Y el señor Magruder era el tipo de persona que siempre creía tener la potestad para informar de más de lo que de forma cristiana debiera. Y más aún tratándose de Basilio. Así pues, lo primero que decidió fue, en definitiva, no contarle la verdad sobre su situación al señor Magruder, inventarse algo, lo que fuera. Tendría que empezar por asistir a la cita del día siguiente sin oponer resistencia. Después pensaría en algo. Por lo pronto, seguía sin poder entender cómo habían podido averiguar que sufría de algún mal en el cerebro con apenas dos palabras escritas en la hoja de respuestas del examen.

IV. El hospital. La sala de espera. La operación.

Como había temido, la llamada telefónica del día anterior no había consistido en ninguna broma, y por lo que Basilio podía saber, todavía no se había vuelto tan loco como para haberlo confundido con un sueño o una alucinación. Así pues, a la mañana siguiente, Basilio se desperezó a las ocho y media y se asomó a la ventana de su cuarto, comprobando con enorme disgusto que el coche ya había aparcado abajo y dos hombres, aparte del conductor, le estaban esperando. Uno de ellos era un señor de bigote tocado con un sombrero hongo demasiado anticuado, con toda probabilidad un miembro del Instituto Nacional de Medicina. El otro era un policía. Basilio se acordó de las amenazas de su interlocutor telefónico, y pensó que lo mejor sería vestirse y asearse lo más rápido posible para ser puntual.

Los hombres que le habían estado esperando se mostraron cordiales y amistosos, aunque de ninguna manera le explicaron nada nuevo sobre su citación ni sobre su problema. No obstante, Basilio tampoco quiso preguntar. Había determinado que lo mejor sería seguirles la corriente, dejarles hacer, y así mantendría una cierta ventaja sobre ellos. Mostrándose dócil y colaborador vería hasta dónde era capaz de llegar aquella panda de médicos e ingenieros sin escrúpulos. El viaje en coche no resultó ser demasiado largo ni tan embarazoso como el que le había llevado hasta la Facultad. Cuando llegaron al imponente Edificio Oficial de Investigación Médica, sede del Instituto Nacional de Medicina y Plagas, un bloque rectangular de diez pisos, blanco y aséptico como las salas y el instrumental que albergaba en sus entrañas, el coche aparcó y Basilio fue escoltado hasta la puerta por el policía y el hombre de sospechoso parecido con el doctor Watson. Una vez dentro, el doctor habló en voz baja con una secretaria vestida de enfermera que cuidaba la entrada. De entre las palabras que pudo escuchar, dos de ellas llamaron especialmente su atención, aunque todavía no quería alarmarse demasiado ni dejarse llevar por el

pánico ni la impotencia. Estas dos palabras fueron: *peligroso* e *insano*. Mientras hablaban, la joven enfermera lo miraba de soslayo, con un brillo en sus ojos que Basilio interpretó entonces como lástima. Cuando acabaron de hablar, el doctor se despidió tocándose la corta ala de su sombrero y desapareció por una puerta a su izquierda. Basilio fue acompañado entonces por la enfermera y el policía hasta una sala de espera a la que entraron por un pasillo que se abría a la derecha de la puerta principal. Una vez allí, el policía se quedó en la puerta y la jovial muchacha se dio media vuelta haciendo revolotear su bata en un arco de capote blanco que dejó al descubierto sus bonitas piernas. Después se largó para siempre.

Basilio se sentó y escudriñó la sala que se abría a su alrededor. Había otras cuatro personas con él, aparte del silencioso policía. Los cuatro, sentados como él, le miraban de manera directa y sin ningún tipo de tapujo, haciéndole sentir incómodo y vigilado. Dos estaban juntos y presentaban sendos vendajes en sus cabezas. Otro, con un parche de pirata en un ojo, apoyaba su barbilla en las muletas que le acompañaban, pues le faltaba además la pierna izquierda. El último no tenía brazos. Uno de ellos, el hombre cojo con muletas, levantó entonces la cabeza y abrió la boca para decir algo. Tenía tan solo tres dientes, clavados como tres estacas en sus encías. Casi parecía que le hubiera pasado un camión por encima.

—Le van a cortar una pierna, amigo, se lo digo yo. Le van a cortar una de esas —dijo señalando las extremidades inferiores de Basilio, que sintió un breve escalofrío y volvió a recordarse que debía mantener la calma para llevarles algo de ventaja a esos bandidos.

—No tiene por qué, señor. No veo el motivo en mi caso.

—Se lo digo yo, hágame caso… a usted le acabarán cortando una pierna.

Basilio asintió sin más ante la insistencia de aquel tarado, y después se dirigió a la pareja de individuos que tenían el cráneo vendado.

—Perdonen que les pregunte, ¿están ustedes aquí por lo del examen de ayer? ¿Por el examen de Ingenieros?

Los dos individuos se pusieron nerviosos de repente y comenzaron a balbucear algo, uno de ellos dijo:

—A mí… a mí me duele la cabeza… —Y al instante dejó caer una larga y espesa baba por uno de los ángulos de su boca, que se balanceó sin romperse, llegándole casi hasta la clavícula. Basilio se fijó entonces en que era una mujer y no un hombre, como había creído en un primer y fugaz vistazo. Al fin, el cuarto en discordia respondió por ellos:

—Se equivoca, amigo. Esos dos están aquí para la revisión semanal. La revisión de los domingos.

—¿Revisión, dice usted?

—En efecto, la revisión por lo de sus cabezas.

—Entiendo —dijo Basilio, cada vez más asustado y confundido. El personaje sin brazos se levantó entonces de su asiento y fue a sentarse justo al lado de Basilio.

—Eduardo Fernández, encantado de servirlo a usted —dijo enseguida, y escoró el cuerpo en un amable escorzo, como para tenderle una mano que no estaba allí. Basilio se lo quedó mirando un rato, intentando descifrar si aquel gesto era una especie de broma de mancos. Como no pudo desvelar un ápice de sonrisa sarcástica en el rictus de su nuevo amigo, decidió que no era así, y entonces le agarró levemente del muñón retorcido y púrpura que sobresalía un poco de su camiseta de mangas cortas.

—Basilio Figueroa, encantado de conocerle yo también —dijo por fin, ya sin demasiadas ganas de continuar aquella conversación sin objeto.

—¿A qué ha venido usted aquí, si se me permite la indiscreción?

—Lo cierto es, amigo, y sin ánimo de parecerle a usted desagradable o maleducado, que no se la permito. Al menos, no de momento. Tengo la sospecha fundada de que estos tipos tienen espías o soplones entre nosotros, y no estoy por la labor de facilitarles un trabajo que, desde mi humilde opinión, considero inútil y del todo innecesario.

—¡Ja! Hace usted bien, amigo, se lo digo de verdad, hace usted bien… Verá, ¡yo era igual que usted la primera vez que me trajeron aquí! Tenía mis dudas y mis recelos. Usted me parece un buen hombre, sí, señor, con muchas esperanzas y muchas ganas de vivir todavía. No se rinda en su lucha, amigo, no se rinda jamás. Eso hice

yo… ¡Y míreme ahora!, —dijo, levantando ambos muñones al mismo tiempo—. ¡Aquí estoy todavía! ¡Sin problemas de ningún tipo, ya ve usted!

—A usted lo que le van a hacer es cortarle una pierna —repitió desde su posición el loco tuerto, cojo y mellado.

Basilio no pudo aguantar más y se levantó, excusándose con torpeza. Quiso preguntar dónde estaba el baño, pero desechó esa idea un segundo más tarde. Al ver que se levantaba de su asiento, el policía se acercó unos pasos hacia él, como temiendo que fuera a echar a correr en cualquier momento. A Basilio no le faltaban ganas, pero tampoco quería creer que ya se encontraba tan desesperado como para recurrir a la huida. Por eso, lo que hizo fue limitarse a dar vueltas en círculos por la sala como un león enjaulado, al mismo tiempo ansioso, acobardado, armándose de valor y sumamente enfadado con las personas que le estaban haciendo aquello. En el momento en que pasaba más cerca de una de las puertas que salpicaban la pared frontal de la sala, esta se abrió y por ella apareció una mujer con gafas de pasta atadas a su cuello por un fino cordón de oro. La mujer llevaba bata blanca y leía unos papeles que tenía que acercar demasiado a sus ojos. Basilio se preguntó qué clase de broma pesada era aquella.

—Basilio Figueroa, ¿está presente el señor Basilio Figueroa en la sala?

—¡Aquí mismo! ¡Presente!, —dijo Basilio en un gracioso y vehemente ademán, apuntando al cielo con el dedo índice—. Y mire usted, señora, ¡hoy sí que me traje la calculadora!, —dijo, agarrándose la parte de la entrepierna de su pantalón con una mano.

La señora no hizo caso de su gesto grosero y le invitó a pasar a la sala. Uno de los otros pacientes que esperaban en el pasillo (Basilio solo sabía quién de ellos no podía ser) comenzó a aplaudirle con furor.

Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido, terrible e inesperado, que Basilio solo pudo ponerse a gritar como un niño, y no dejó de gritar hasta que perdió el conocimiento por completo. La habitación a la que acababa de entrar era sospechosamente parecida a un

quirófano: una cama articulada presidía el centro de la estancia, y sobre ella colgaban una serie de potentes focos de luz blanca. El suelo era de baldosas igual de blancas, con las juntas entre ellas transparentes, incoloras, insípidas e inodoras. Sobre una mesa de acero descansaba un grueso vademécum de pastas blancas, así como otro enorme volumen de anatomía. Todo era luz blanca, suelos blancos y paredes blancas. Instrumental quirúrgico blanco, sábanas blancas y toallas impecablemente blancas. Las cinco personas que le asaltaron desde el primer instante también vestían batas muy blancas. Decían algo a través de sus mascarillas blancas, pero Basilio no podía escucharles debido a sus propios alaridos. Cada uno le sujetó una extremidad mientras el quinto le presionaba el vientre para dejarlo sin respiración. Entre todos le llevaron en volandas hasta la camilla, donde le ataron y le pincharon con una jeringuilla en un brazo. Basilio se deshacía en insultos, gritos e improperios hacia esas personas, pero todo era inútil a la hora de desembarazarse de aquellos desgraciados, por lo que estos quedaron en libertad de hacer con él y con su cabeza lo que desearon. Cuando la vista comenzó a nublársele y las fuerzas desfallecieron en un escape de músculo gaseoso, Basilio pudo escuchar lo que le decían. Solo unos segundos, pero suficientes como para continuar gritando con la mente y el alma durante toda su larga inconsciencia:

—… ñor Figueroa, cálmese, esto lo hacemos por el bien de su persona y de la ciencia. Vamos a comenzar el proceso de extracción de una pequeña fracción de su corteza cerebral. Durante la operación, usted permanecerá absolutamente sedado. Deseamos que intente colaborar en lo que…

Y después, solo un montón de hormigas negras.

V. La notificación. La vecina de enfrente.

Cuando despertó, el dolor de cabeza que le atenazó fue tal que deseó arrancársela desde la altura de la nuez. Puso los ojos en blanco mientras se lio a aullarle a un cielo cada vez más oscuro. Se pasó la lengua por los labios resecos y una profunda arcada cortó en seco su alarido. No obstante, consiguió impedir el vómito. Estaba tirado en un rincón, entre dos cubos de basura. Lo habían vestido con pulcritud, dejándole un sólido vendaje que le cubría toda la testa desde encima de los ojos hasta la nuca. Se llevó la mano a uno de los bolsillos de su americana y descubrió que dentro de este había un sobre cerrado. Basilio, sin dejar de gritar, pero disminuyendo el tono por momentos, descubrió que aquel sobre tenía el escudo del Instituto Nacional de Medicina y el de la Facultad de Ciencias Ingenieriles estampados en su anverso. Le entraron ganas de despedazarlo con sus propios dientes, pero en el último momento se detuvo y pensó con el trozo de cerebro que aún conservaba dentro del cráneo, pues ese sobre era, quizás, la única fuente de información que recibía desde que comenzara su pesadilla. Entonces, calmándose hasta donde pudo, se dispuso a abrirlo con manos torpes y temblorosas, sucias, húmedas y nerviosas. Rajó un poco la carta que contenía en su interior, pero al fin pudo extraerla sin demasiados estropicios. Lo que leyó fue lo siguiente:

> *Estimado señor Figueroa:*
>
> *Sentimos el procedimiento que nos hemos visto obligados a utilizar con usted, pero confiamos de todo corazón en que sabrá perdonárnoslo habida cuenta de los resultados que en breve le serán remitidos a su domicilio con toda la información de la operación llevada a cabo, así como el óptimo tratamiento para tratar su afección cerebral que, como debida y acertadamente sospechará, le imposibilita para ejercer como ingeniero. Con la presente notificación, ardemos en deseos de asegurarle que no ha sufrido ningún daño irreparable y que ha sido tratado con*

el máximo cuidado por parte de nuestro personal médico y docente. La extracción de una octava parte de su hemisferio cerebral derecho fue llevada a cabo sin mayores complicaciones y, con el tiempo, podrá usted recuperar su habilidad para hablar, comer e incluso caminar como lo hacemos las personas normales. No obstante, se le recomienda con encarecimiento que busque otra ocupación u otro tipo de estudios, orientados de manera preferente a la formación profesional o al servicio de alimentos en cualquier cadena o franquicia de las marcas más prestigiosas, pues en todas ellas ha sido usted recomendado con fervor y se le concederá la opción de elegir aquella que más le satisfaga. Así mismo, se le recomienda que abandone sus costumbres como escribiente, pues el proceso creativo se regía en su mayor parte por la zona que le ha sido extirpada, y tememos que la continuación de sus absurdos hábitos sin objeto ni finalidad le pueda ocasionar un derrame fatal. Sin más, recordarle que en breve recibirá los resultados finales y unas instrucciones detalladas con los nuevos hábitos y los mejores tratamientos que tendrá usted que incorporar a su día a día si quiere volver a recuperar una calidad de vida aceptable, como persona vulgar y sin talento, pero feliz y sana al fin y al cabo.

Un afectuoso saludo y mucha suerte en su largo camino de recuperación.

Excelentísimo Doctor General
del Departamento de Curación Craneal
del Instituto Nacional de Medicina.

Una vez acabó de leerla, Basilio hizo una pelota con ella y se la tragó. Solo Dios sabía cuánto tiempo llevaba sin comer. Se incorporó a duras penas sobre los codos y las rodillas, ayudándose de los dos contenedores para levantarse del cochino suelo. Cuando alzó la vista, reconoció el lugar donde aquellos hijos de mala madre le habían abandonado después de haberle violado la cabeza. Estaba a tan solo diez metros de su pensión. Basilio rezó para que su casero no le estuviera esperando. Le dolía la cabeza, pero también le ardía el estómago, por lo que antes de echar a andar hacia allá, rebuscó

un poco entre la basura hasta encontrar algo con lo que poder acompañar al folio de papel satinado que acababa de engullir. Tuvo suerte, pues dio con un pedazo de hamburguesa sin demasiados gusanos, y se la fue comiendo mientras avanzaba, a pasos renqueantes, hacia su hogar.

El señor Dios debía de estar de su parte aquella noche, pues cuando entró al portal no encontró ni rastro del señor Magruder. Lo extraño de su horario para ser un domingo debió de haberle confundido y pensaría que Basilio se debía de encontrar en su habitación. Sea como fuere, Basilio consultó su reloj de pulsera y constató que eran las once de la noche. Una buena hora para irse a la cama. No obstante, debido a su confusión, y mientras esperaba al ascensor, pensaba en si debería acudir o no a clase al día siguiente. No estaba seguro. En la carta no había notificación alguna de haber sido expulsado de la carrera. Se limitaban a aconsejarle su abandono, pero no certificaban su expulsión, o al menos no de manera clara y diáfana. Basilio creía que no había ocurrido nada claro en absoluto desde el viernes anterior, y mientras subía al primer piso, pensó que lo mejor sería acudir a la Facultad para intentar hablar con alguien que le pudiera explicar su actual situación. De cualquier manera, no conseguía pensar con claridad, y llegó a la conclusión, mientras se abrían las puertas del ascensor (esta vez no se había quedado parado, de nuevo volvía a constatar su suerte de aquella noche), de que esa podía ser una de las primeras consecuencias de la extracción ilegal, bárbara y criminal de un fragmento de su cerebro.

Cuando llegó hasta su puerta, se detuvo. Después se dio media vuelta con tranquilidad y parsimonia. Acababa de recordar que aún no se había disculpado ante su vecina, y pensó que tal vez debería aprovechar aquel momento de buena suerte para comprobar si ella se encontraba en su habitación. Esta vez no necesitó armarse de valor para plantarse frente a la vivienda de su compañera y tocar con los nudillos. Unos segundos después, le abría su vecina, vestida apenas con un camisón de noche que dejaba traslucir sus pezones, bizcos y afilados. Basilio empezó a hablar:

—Disculpe, señorita vecina, perdone que le moleste a estas horas, pero creo que le debo a usted unas palabras de disculpa por mi comportamiento de la otra noche.

La vecina se limitó a decir:

—Entre usted, señor Figueroa, pero solo le dejaré estar unos minutos.

—No serán más que dos cosas —se excusó Basilio, mientras que con una mano ya empezaba a acariciar los pechos de su anfitriona. La fina tela del camisón siseaba al leve contacto con sus pezones erectos, y Basilio se agachó solo un poco para poder chuparlos a través de la prenda de imitación seda. Aquella noche tampoco se había maquillado y estaba más guapa que de costumbre, aunque Basilio seguía sintiendo que era demasiado frágil y común como para poder gustarle. Sin embargo, sus manos y su cerebro desgajado no parecían pensar lo mismo. La vecina comenzó a besar con timidez el vendaje que cubría su cabeza, y Basilio se apresuró a lanzarla encima de la cama y desnudarla de un tirón, tan poca era la ropa que llevaba. Se desnudó con torpeza mientras con la mano que tenía libre comenzaba a penetrarla de forma desinteresada. Ella se retorcía de indiferencia, y en un momento, justo cuando Basilio se desprendía de sus calzoncillos, dijo:

—Ahora, muérdame.

Basilio se quedó paralizado, sin saber qué hacer. Su vecina echaba el cuello hacia atrás, mirándole con lascivia y con un suave contoneo de incitación vampírica. Volvió a insistir:

—Muérdame, señor. Cláveme sus dientes.

Basilio dejó de pensar, pues para eso carecía de cerebro con qué hacerlo, y se lanzó a cumplir los deseos de su vecina. Le mordió el cuello, clavándole los colmillos y los incisivos, y aunque no consiguió agujerearlo como ella hubiera deseado, sí que lo hizo sangrar. Su vecina dio un respingo por el dolor e intentó separarse, pero Basilio la empujó hacia él, abofeteándola con el dorso de la mano y penetrándola todo cuanto pudo. Así continuó, en un rítmico vaivén gracias al cual ella comenzó a gritar, a cada arremetida un espasmo, intentando zafarse sin hablar, sangrando un poco por el cuello. Se tocaba la herida mientras sus pequeños pechos flotaban sobre su cuerpo, balanceándose al compás de aquel baile de sexo desquiciado. Con la sangre se mojó los senos y, en un momento, le lanzó un puñetazo a la cara a su vecino. Basilio, sorprendido, paró un segundo. Cuando vio la primera gota de sangre procedente de sus labios caer sobre los pechos manchados de la muchacha,

reanudó sus acometidas de hombre insatisfecho. Los ojos bien abiertos, ella intentando escaparse, gimiendo, aporreando sus muslos y agarrándole con fiereza cuando por fin alcanzó el éxtasis. Basilio continuó un poco más, pero al cabo se dio cuenta de que no podía acabar. Entonces salió del cuerpo de su vecina y se quedó observándola un momento. Estaba abierta de piernas, con el gesto torcido en un rictus de dolor y satisfacción que le hacía parecer más fea y debilucha. Después, sin volver a vestirse y todavía con la erección entre las piernas, Basilio cogió las llaves y se las colgó del único lugar de donde podía colgárselas; se excusó y salió de aquella habitación. La vecina dijo algo, pero no pudo escucharla debido al sonido que hizo la puerta al cerrarse tras él. Tomó las llaves que llevaba colgadas del pene y entró en su propio apartamento.

Aunque aquella noche estaba teniendo suerte, seguía sin ser capaz de excusarse como era debido ante su vecina, y eso le preocupaba sobremanera, pues no quería que ella se llevara una mala impresión de él. Quería creer que la escisión y toma de una buena parte de su masa gris le impedía alcanzar la satisfacción sexual, pero justo antes de quedarse dormido comenzó a pensar que quizá se debiera más bien a su recién adquirida imposibilidad de hablar con la educación y los modales adecuados delante de una señorita como aquella, lo cual no dejaba de ser un mal asunto.

VI. El lapicero. Discusión con el señor Magruder.

Aquella mañana, Basilio se levantó con la sensación de haber estado bebiendo durante toda la noche. Cuando se palpó la cabeza —un hervidero de jaqueca acuosa que le molestaba incluso después de haber descansado— descubrió que seguía llevando aquel aparatoso vendaje. Se levantó y se miró en el espejo. Lo que vio le gustó solo en parte. De hecho, el vendaje había empezado a teñirse de sangre en un lado, por lo que quizás la herida no estuviera bien cauterizada. Sin embargo, en un punto por detrás de su coronilla, esta se había abierto un poco, lo suficiente como para permitir a aquel rebelde mechón de pelo volver a salir al mundo y seguir demostrando la autonomía de la vida de su mente. Bien por ella, se dijo Basilio. Al menos había una parte de él que sí era capaz de hacer lo correcto.

Eran las diez y cuarto: no llegaría a las primeras clases de la mañana. No obstante, eso ya no le preocupaba. Ahora podía pensar mejor que antes, y después de todo, creía conveniente presentarse en secretaría a una hora razonable, antes de comer, en la que pudiera encontrar al subdirector de la escuela. Quizás, con un poco de suerte, incluso al propio director. Aunque ninguno de los dos perteneciese al Tribunal de corrección de la prueba del otro día, desde luego tenían que estar al tanto de su caso. Y si no fuera así, ya se encargaría él de que lo estuvieran. Basilio planeó bajar al comedor para desayunar algo, pero antes se vestiría de manera adecuada para un día que prometía ser largo y complicado. Se acababa de sentar sobre la cama, que aún estaba sin hacer, para colocarse los calcetines, cuando volvió a sentir una arcada naciendo en el fondo de su estómago. Regresaba el mal olor, pero esta vez más pútrido, nauseabundo y anal, como si alguien hubiera dejado durante meses unos huevos sin cocer dentro de aquella habitación. Basilio no podía entender las causas de la existencia de tan asqueroso compañero de habitación y su impenitente fijación por martirizar su pituitaria, por lo que se decidió a buscar la fuente de

putrefacción debajo de cada mueble, papel o alfombra de su cuarto. Levantó el taco de papeles a medio escribir que descansaban sobre su mesa, la lamparilla del escritorio y la de su mesilla de noche, la propia mesilla de madera antigua, inspeccionó los rieles de las ventanas en busca de cagaditas de ratones, inhaló los vapores procedentes de la pila, sacó toallas, sábanas y mantas de las baldas de su armario… pero no encontró nada. Al final, se agachó a mirar debajo de la cama, y allí encontró algo, pero no exactamente lo que buscaba. Era un lapicero azul. Nuevo, con la punta tan afilada como si nadie hubiera escrito nunca nada con él. Basilio lo reconoció al instante y, recogiéndolo del suelo, lo inspeccionó con detenimiento y se preguntó cómo diantre había podido llegar hasta allí. En efecto, el lápiz estaba nuevo, incólume y afilado, pues tan solo había escrito su nombre con él. Basilio se lo pasó por debajo de sus fosas nasales, pero no encontró indicio olfativo de putrefacción en aquel pedazo de madera. Quizás se lo trajera del examen sin haberse dado cuenta y después se le cayera al suelo. Lo depositó encima del escritorio y acabó de vestirse en mitad de todo aquel desorden. Cuando acabase el desayuno, subiría a recogerlo todo. Una vez listo, apoyó una mano sobre el picaporte y lo giró. Al otro lado esperaba el señor Magruder con cara de estreñimiento, estático como un orondo felino al acecho de su presa. Basilio pegó un respingo por lo inesperado de aquella estampa y retrocedió unos pasos. El señor Magruder avanzó justo los pasos que su inquilino había retrocedido y cerró la puerta tras de sí.

—Señor Figueroa, creo que ha llegado el momento de que usted y yo tengamos unas palabras… —empezó a decir, pero a mitad de la frase se quedó parado, mirando en derredor toda aquella montaña de ropa encima de la cama sin hacer, todos los muebles desplazados de su lugar y aquel jaleo de papeles desorganizados. A parte, claro estaba, de llevarse una mano a la nariz y lanzar una exclamación al techo sobrecargado de aquella apestosa habitación —. Por Dios, señor Figueroa, ¿qué demonios es esta peste? ¿Cómo diantre puede dormir usted aquí? ¡Me lo explique!

—Verá, señor Magruder, le aseguro que el motivo de este mal olor es para mí por completo desconocido, y la apariencia descolocada y desastrosa de mi habitación no es apariencia en absoluto, sino que en realidad (pues no le tomo a usted por tonto,

más bien por avispado y observador), es en sí una catástrofe derivada directamente del intento de revelar la fuente del hedor al que usted se acaba de referir.

—¡Diablos, Figueroa! Trate usted de hacer el esfuerzo de explicarse en cristiano, porque si no, esta conversación no tendrá objeto alguno más que el de perder el tiempo.

—Lo intentaré, señor Magruder, esa es mi intención. Tómeselo usted como un defecto profesional.

—En primer lugar, y pasando por alto este desorden, que es algo que desde luego tampoco va a quedar así, quisiera que me explicase las causas de su dispersión de estos últimos días, así como el vendaje que lleva en su cabeza y los ruidos constantes que se escuchan desde el interior de su habitación cada día y a cada hora. ¡Empiece usted por donde buenamente pueda!

—Así lo haré, señor Magruder, pues también necesitaba yo poder desahogarme de una vez con alguien de mi entorno, y ya que usted se muestra dispuesto a ello, lo haré con sumo gusto.

—¡Empiece, diablos!

—Lo cierto es que todo comenzó cuando recibí la visita a aquellas intempestivas horas del pasado viernes (si es que estoy recordando bien), de un grupo de amigos universitarios que en la actualidad se encuentran estudiando medicina. Ellos fueron quienes me comunicaron que debía acudir de forma urgente hasta la Facultad de Ciencias Ingenieriles, donde bien sabrá usted que se imparten las mejores clases de medicina de este país, pues dispone de múltiples laboratorios y quirófanos equipados para cualquier intervención, por muy dificultosa que pudiera parecerle. —Basilio anduvo ágil en su inventiva, y aprovechando el absoluto desconocimiento del señor Magruder en el ámbito de las carreras universitarias, así como su soberbia y prepotencia a la hora de dar a conocer su erudición sobre los más diversos temas, consiguió hacer de él un rival bastante asequible, aunque no por ello menos molesto a esas horas de la mañana y con el estómago vacío—. El caso es que la noticia a mí me cogió de nuevas, y sin saber nada de todo aquello, me sacaron de la cama y me obligaron a someterme a un test de evaluación mental en el que, más tarde, confirmaron sus sospechas sobre mi afección cerebral y tuvieron que realizarme una intervención quirúrgica de urgencia, ¡a vida o muerte! Ya ve usted.

—Diablos, no le creo ni una palabra de lo que dice, Figueroa… ¿Y saben sus padres algo de todo esto?

—¡No! No, por favor, señor Magruder, le ruego lleve usted este asunto con toda la discreción de la que le creo capaz, pues no quisiera alarmarles sin motivo. Menos aún cuando dentro de unas semanas celebro mi cumpleaños y entonces podré darles la mala noticia en persona. Además, la operación resultó ser todo un éxito, como podrá comprobar, y ya solo tengo que someterme a revisiones periódicas cada cierto tiempo. ¡Ahora mismo iba a salir, después de desayunar, a la primera de ellas!

—Está usted sangrando por la cabeza, señor Figueroa… y eso me huele a un botellazo en un bar. Alguna pelea en la que se haya visto envuelto usted junto con su panda de mamonazos de universidad.

—No lo crea así, señor Magruder, le he dicho toda la verdad.

—¡Ja! Cree usted que yo me caí ayer de un guindo, señor Figueroa, pero nada más lejos de la realidad. Explíqueme entonces a qué se deben los ruidos de madrugada, los ruidos incluso cuando usted está fuera de su casa, este olor a animal muerto, y… y esa cosa tan asquerosa que tiene usted encima del escritorio, ¡válgame Dios!

El señor Magruder se refería a la maceta terrosa que crecía libre y artísticamente sobre la mesa de madera que Basilio utilizaba para leer, estudiar y escribir. O al menos para eso la había estado utilizando hasta entonces.

—¡Eso es ciencia, señor Magruder! ¡Ciencia de ingeniería! Cuando tenga que presentar el proyecto, usted será el primero al que invite para que pueda asistir a mi exposición. Para mí sería todo un honor.

—¡Que me aspen si yo fuera a acudir a aquella farsa! ¡Válgame Dios!

—Como usted guste, señor…

—Y dígame, Figueroa, si no es capaz de excusarse correctamente en todo lo que le he preguntado hasta ahora, ¡inténtelo explicando ese ir y venir que se trae con la vecina de enfrente! Que uno no es ni ciego, ni sordo, ¡ni mucho menos idiota!

—L-la… —Ahora sí que se había apuntado un buen tanto su casero. Después de todo, Basilio no estaba siendo capaz de salir airoso de aquella regañina. Sin saber cómo, quizás por haber

irrumpido tan de repente en su habitación o por tener otras cosas en la cabeza más importantes esa mañana, el viejo de cara revuelta le estaba poniendo del revés—. Perdóneme la insolencia, señor Magruder, pero no creo que ese sea asunto de su incumbencia. Además, creemos estar llevándolo con absoluta discreción, tanto por mi parte como por parte de la señorita, por lo que no considero tener que dar más explicaciones al respecto.

—¡Vaya, extraordinario! ¿Ahora me sale usted con esas? ¡Más le valdría haberse impuesto un poco en todo ese asunto del examen y su trato con el Tribunal y los médicos! Que ya le digo yo que uno no es ciego, ni sordo… que uno lleva muchos años en el negocio y se acaba enterando de todo… ¡Vaya, que uno no es idiota, válgame Dios!

—¿Cómo dice? ¿Lo sabe usted todo?

—¡Vaya, casi mejor que usted, por lo que veo! Como no le ponga remedio a ese atropello, al final acabará usted impedido y sin miembros. ¡Persona más pusilánime y poco decidida no la he visto yo en mi vida!

—¿A qué se refiere?

—Me refiero, señor Figueroa, y sabe bien que usted no me gusta ni una miaja, a que me hierve la sangre de ver lo que le están haciendo y usted no es capaz ni siquiera de ir allí y hacerles trizas con sus dientes. —El señor Magruder escupía con vehemencia al hablar. Había elevado el tono de su voz y parecía visiblemente afectado por aquella injusticia, aunque no tanto por estarla sufriendo Basilio en sus carnes como por el hecho de atentar contra sus principios de violencia contenida y valor mal entendido—. ¡Eso me revienta, señor Figueroa! ¡Haga usted algo de una vez, en lugar de pasarse todo el día fornicando con su vecina!

Aunque parezca extraño, Basilio empezó a encenderse con las palabras de su casero, y como si de un jefe militar se tratara, aquel mensaje de violencia le fue llevando a un éxtasis de comprensión y euforia, como una ola roja que subiera por su cabeza y al fin encontrara su escape en el agujero que le habían practicado ahí arriba.

—¡Maldita sea, Basilio! ¡Mátelos a todos! ¡Acabe con ellos y lárguese de aquí! ¡Huya de la justicia, pero cumpla antes su venganza!

—¿Cómo voy a matarlos, por el amor de Dios? ¿Cómo podría hacer semejante cosa?

—¡Lo dejaron tirado entre la basura! ¡Le arrebataron un buen pedazo de seso!… ¿Y ahora me pregunta usted que cómo va a matarles? ¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios!

La furia que sentía Basilio se fue elevando por encima de sí mismo, llenando la habitación con ideas descabelladas y terribles que no había considerado hasta entonces. Le parecía bochornoso y sorprendente que alguien mucho más simple y estúpido que él le tuviera que estar abriendo los ojos de esa manera, y más aún sin tratarse de un favor, sino como sincera declaración de los principios de un ser humano. Basilio se dio la vuelta y rescató el afilado lapicero azul de su desastre de escritorio. Con lágrimas en los ojos, se dirigió al señor Magruder:

—Gracias, señor, gracias de todo corazón. Ahora sé lo que debo hacer para volver a ser persona.

Y acto seguido se largó.

El señor Magruder se quedó apoyado contra el marco de la puerta de la habitación de Basilio, mirando hacia las escaleras por las que descendía su inquilino. Volvió a llevarse la mano a las narices y comenzó a menear la cabeza en un gesto de obviedad y reconocimiento.

VII. El hospital vacío. El libro de medicina.

El taxi de Basilio aparcó a diez metros del Edificio Oficial de Investigación Médica. Se apeó y pagó al conductor, y después se quedó observando la mole blanca y rectangular que se erguía ante sí. Por primera vez, pensó, llevaba la iniciativa en aquel espinoso asunto. Se sentía bien ahora que por fin había decidido entrar y matar a todos los médicos que le habían hecho aquello en la cabeza, decidiendo por él que se convertiría en una persona inválida y vulgar. Un eslabón más de la cadena social. ¡Por Dios que los mataría a todos con aquel lápiz!

Basilio llegó hasta la entrada y empujó la puerta, que estaba abierta. Una vez dentro, se dirigió hasta la mesa de información, donde la vez anterior les había estado esperando aquella joven de piernas bonitas y mirada vacilante. En ese momento no había nadie, algo extraño al tratarse de un lunes. Al parecer, en aquel matadero solo se trabajaba los domingos, para mayor inri. Basilio se encaramó a la mesa de color blanco —como no podía ser de otra forma—, y observó por debajo del recibidor. No había nadie agachado, ni tampoco más allá, en la salita interior. Pulsó el timbre de recepción y gritó:

—¿Hay alguien en este lugar?

No halló respuesta alguna. Sin embargo, como aún se acordaba del camino que hubo de seguir hasta la sala de operaciones, tomó el pasillo que se abría a su derecha y continuó avanzando a través de él. Entonces se acordó del policía que le había acompañado hasta allí, y pensó en lo que podría hacer si se lo encontrara en aquel momento. Aferró el lapicero con fuerza y lo blandió delante de su cara. ¡Aquel tipo nunca se atrevería a enfrentarse a un hombre armado con el poder de la pluma!

Cuando llegó hasta la sala de espera, descubrió que allí tampoco había nadie. Todo era realmente extraño. Ni rastro de los cuatro tarados del día anterior. Basilio recorrió la sala con los ojos, muy alerta a cualquier indicio que pudiera encontrar, y entonces descubrió que había estado equivocado en su primera apreciación. De hecho, en un rincón pudo ver las muletas del cojo siniestro que

le auguró semejante mal futuro. Ahí estaban, apoyadas contra la pared. Basilio se acercó y se preguntó cómo diablos se habría largado de allí sin ellas. Volvió a mirar en derredor y se topó con la puerta de sus desgracias. La entrada al corredor de la aniquilación cerebral y la escisión del seso, el final de la vida de la mente y el comienzo de la muerte por desidia. Se acercó y trató de girar el picaporte. Estaba cerrada, tal y como había esperado. Sin embargo, al acercar su oreja a la superficie pulida que le separaba del quirófano, escuchó movimiento allí adentro. Había alguien intentando ocultarse.

—¡Abran, malditos, abran de inmediato!

Al otro lado, se hizo más que evidente el movimiento. Alguien —Basilio no sabía exactamente cuántos— había comenzado a mover muebles y a abrir puertas, intentando escaparse o confundirle.

—¡Abran ahora mismo o echo la puerta abajo! ¡He venido a cobrarme mi venganza con más sangre!

Basilio retrocedió y embistió con fuerza, tomando carrerilla para descargarla sobre su hombro, que se topó con una hoja de madera bastante endeble, que posiblemente cedería tras unos cuantos golpes más. Al tercer o cuarto topetazo, la puerta se salió de sus goznes y Basilio irrumpió en la sala de operaciones como un hipopótamo en celo. Blandió su lapicero y sesgó el aire con rápidos movimientos que no encontraron oposición ninguna.

—¡Salgan de sus madrigueras o juro que su muerte será más dolorosa de lo que jamás me hubiera podido plantear!

Pero allí no había nadie. De hecho, Basilio no encontró nada movido ni desorganizado. Era como si todo lo que había escuchado no fuera más que producto de un efecto acústico, debido quizás al estado aséptico del mobiliario y los pasillos, que hacían rebotar el sonido a decenas de metros. Basilio relajó sus músculos y se percató de que la única ventana de la sala estaba abierta. La hoja batía contra el marco y Basilio se acercó para cerrarla. Miró hacia abajo justo a tiempo para observar cómo salía echando pistos un coche negro demasiado elegante como para ser de alguien sin importancia. Fuera quien fuese, había logrado escapar por los pelos a través de la ventana. Basilio se vio afectado por un sumo arrebato de apatía que dio con sus huesos sobre la camilla, donde apenas

unas horas antes le habían sometido a una fatal operación. Su única opción de matar se había esfumado, y con ella se acababan de ir también sus ganas de hacerlo. De hecho, en aquel momento, se preguntaba cómo demonios se había dejado convencer por alguien como el señor Magruder para llevar a cabo semejante acto de violencia inusitada. Entre todos estaban consiguiendo cambiarlo. Él no era así.

Profundamente abatido, Basilio se tumbó sobre la camilla articulada.

En aquel momento, justo cuando comenzaba a pensar que, después de todo, seguiría con su plan inicial —que consistía en ir a visitar al subdirector de la escuela—, Basilio vio algo en el suelo, algo que recordaba del día anterior. Era un libro de pastas blancas que, con toda probabilidad, el cobarde que había salido corriendo de allí tiraría al suelo y no tuvo tiempo de recoger. Saltó de la camilla y se agachó a recogerlo. Lo subió y lo apoyó sobre el mismo sitio donde había estado sentado, pues pesaba como una condena. En las pastas blancas e impolutas se leía:

Vademécum editado por el Instituto Nacional de Medicina.

Y debajo se podía ver el escudo con las espadas y la serpiente de la institución. Basilio pensó que quizás allí pudiera encontrar las razones clínicas por las que le habían extirpado aquel tumor creativo que le imposibilitaba ejercer de ingeniero. Abrió el libro y lo que encontró adentro le sorprendió y le irritó a partes iguales.

En la primera hoja se podía ver el dibujo artístico de un hombre desnudo con una imponente erección que era asaltado por una jovencita sin ropa, quien a su vez intentaba meterse aquel inflamado aparato reproductor en su boca, abierta hasta lo imposible. Basilio siguió pasando hojas y más hojas, descubriendo nuevas e inesperadas posturas de Kamasutra, vejaciones sexuales y grotescos sueños húmedos. Así continuaba el libro en su interesante lectura durante las más de tres mil páginas que lo conformaban. Lo cerró de golpe y lo tiró al suelo, estrellándolo contra una papelera metálica de una patada. Del cubo de acero saltaron decenas de compresas manchadas de sangre y jeringuillas usadas. Gran parte de esa sangre le pertenecía.

VIII. Sublime satisfacción. El bebé.

Basilio abrió la puerta de su habitación. No se había encontrado con el señor Magruder en la entrada, pues era posible que lo esperara para más tarde, dado todo el trabajo que se suponía que tenía que llevar a cabo aquel lunes. En cambio, al entrar en su cuarto, Basilio se encontró con su vecinita de enfrente, que le esperaba sentada en su cama, fumando un cigarrillo. Volvía a estar maquillada, con los ojos como dos pompas fúnebres. En el cuello lucía una tirita. Basilio titubeó un instante y después dijo:

—N-no… no he podido matarlos…

—No importa, cariño —contestó su vecina, con toda la indiferencia de la que solía hacer gala. Basilio se recuperó un poco del impacto y consiguió decir después:

—¿Puedo preguntarle qué hace usted aquí? ¿Quién le ha dado las llaves?

—El casero me dio sus llaves y me dijo que ya que usted era tan buen amigo mío, podría hacerle el favor de ordenar su cuarto. Además, como hoy era mi día libre y sabía que usted todavía no se había disculpado por su comportamiento de la semana pasada, pensé que lo mejor sería esperarlo aquí para así poder tener unas palabras con más calma.

Basilio comprobó que lo que decía su vecina era bastante cierto, o al menos en la medida que él podía constatar, pues todo el desorden de aquella mañana se había transformado en una escrupulosa organización como hacía tiempo que no veía ahí adentro. Quiso decir unas palabras de agradecimiento, cuando su vecina se le adelantó y le arrebató el libro de medicina que este traía entre sus manos. Por primera vez desde que la conocía, mostraba curiosidad por algo.

—¿Qué es esto? ¿Es algo relacionado con la importante carrera de ingeniero que estudia usted? ¿También saben de medicina los ingenieros?

Ante tanta pregunta absurda y tan difíciles respuestas que contestar, Basilio se quedó bloqueado y dijo:

—Supongo.

Ella abrió el libro y se puso a ojearlo con detenimiento. Basilio sintió una terrible vergüenza por ello, y pensó que entonces tendría que excusarse también por la literatura que traía a su casa y permitía que fuera descubierta por una señorita como ella. No obstante, su vecina, que aquel día vestía una vaporosa blusa de color negro como el maquillaje de sus ojos, y unos pantaloncitos cortos de color rojo, pareció encontrar interesante su lectura. A pesar de que, ciertamente, no había mucho que leer en él. Basilio cerró la puerta y se acercó hasta el escritorio, donde dejó el lapicero que había intentado utilizar como arma homicida. Tendría que esperar a una mejor ocasión para ello. La muchacha, de repente, se incorporó de la cama, dejó el libro sobre la mesa y se sentó en la silla del escritorio. Una vez allí, cogió el lapicero que Basilio acababa de soltar y comenzó a juguetear con él de manera consciente y lujuriosa, incitando a Basilio para que este dijera algo.

—Señorita, la verdad es que siento que haya tenido que ver eso, pero le juro por Dios que ese volumen no es mío, sino de los médicos… o más bien debería decir de los criminales que me hicieron esto —dijo, señalando el vendaje ultrajado por su crespo e incontrolable mechón de pelo.

—No jure usted, señor Figueroa, y mucho menos por Dios —dijo ella, visiblemente escandalizada—. Por lo que pude comprobar, anoche no quedó usted del todo satisfecho, y aunque es obligación suya disculparse ante una señorita como yo por el avasallamiento al que me vi sometida el otro día en el ascensor, también es obligación mía corresponder a sus atenciones intentando que usted quede contento con mis servicios, pues me importa y mucho lo que pueda llegar a pensar de mí y de mi desconsideración. Si a veces me muestro un poco indiferente, créame que no es por usted. —Una vez acabó de hablar, comenzó a chupar con fruición el lapicero, introduciéndoselo en la boca como si fuera un dulce.

—Señorita, no veo el problema en las palabras que usted me dice. Más bien creo que fui yo el que se volvió a mostrar desconsiderado hacia usted la otra noche. ¡Y ya van dos! Mi deseo es disculparme de todo corazón por ese comportamiento intolerable, pues me aproveché de la nocturnidad y su cansancio para echarme encima y toquetearla de manera indecente. Por eso y por… —Tuvo que parar, pues su vecina había comenzado a

satisfacer sus necesidades más ocultas, casi como si pudiera leerle la mente. La joven, poco agraciada, pero de incontestable potencia sexual, se había agachado sobre el escritorio y, con el lapicero de color azul, había comenzado a escribir sobre las cuartillas que Basilio tenía encima de la mesa. Retomó su cuento justo por donde este lo había dejado:

> *… Hacerlos resbalar. Uno de ellos, el que en ese momento se arrojaba sobre el flamenco Ramón, pisó una de las cáscaras de plátano y se dio de bruces contra una montaña de polvorientos huesos, provocando una lluvia de astillas a su alrededor. Esto enfureció aún más a los leones, que contraatacaron con sus afiladas garras y sus temibles colmillos. Joaquín, el rinoceronte, se armó de valor y embistió con su cuernito, pero la fiera a la que habían llamado Leo Poncio se apartó y le puso la zancadilla, haciendo que el torpe animalote cayera despatarrado. Luego se puso encima de él y le intentó morder. A su ayuda acudió Manolo, que había agarrado el palo de Constantino, y atizó en toda la cabeza al mugriento felino. No obstante, los otros dos leones se abalanzaron sobre él y le inmovilizaron. Constantino les derribó y logró sacar a sus amigos de entre sus fauces…*

Basilio se revolcaba de placer sobre la alfombra, intentaba decirle que parase, que no podía aguantar más, pero ni saliva le quedaba para hacer frente a su loable intención. La vecinita continuaba escribiendo en un alarde de fiebre creativa, y Basilio solo podía acariciar sus piernas desde el suelo, incapaz de levantarse de allí.

> *… Todos emprendieron la huida, pero la pendiente por la que habían bajado era muy empinada. Tendrían que buscar otra salida. Estaban aterrorizados, empezaban a comprender las razones que les habían dado sus padres para que no fueran*

hasta allí. Pero ahora ya no había marcha atrás…

En ese momento, Basilio se tapó los oídos, mordiendo los tobillos de su vecina, abrumado por el mayor éxtasis que jamás hubiera experimentado en su vida. La montaña de humus y larvas de lombriz comenzó a retorcerse y a emitir soniditos guturales de hercúleo placer y evidente generación vegetal, creación literaria y fertilidad animal. La muchachita continuaba:

… Y escuchadme ahora, muchachos; escuchadme bien,
os lo ruego.
Aquí nunca volveros a ver yo quiero
pues los animales que os han atacado
¡ya habéis visto!, son animales fieros…

Basilio se encaramó a las piernas de su huésped y comenzó a frotarse contra sus rodillas desnudas, mordisqueándolas, suplicando que parase de escribir.

… Alarmaros no es lo que toca,
pues la sangre que veis en mi boca,
os lo puedo asegurar, chicos:
es vino de otra copa.
Y atendedme ahora mejor que nunca,
atendedme bien, Constantino, Ramón, Pepepótamo…
… Esta es una de las ventajas
de ser un hipopótamo…

En ese momento, Basilio alcanzó el éxtasis y quedó petrificado bajo las caderas de su vecina. Desde allí, como si proviniese de otra galaxia, comenzó a escuchar el llanto de un bebé. De repente, la chica se levantó con brusquedad de su silla y la tiró al suelo. En esa postura, se llevó las manos a la boca y comenzó a gritar, mirando con los ojos muy abiertos hacia el esfínter terroso y palpitante que en ese momento estaba comenzando a expulsar de sus entrañas el cuerpito ínfimo y delicado de una criaturita humana. Basilio, aún recuperándose del orgasmo, se incorporó del suelo y, sonriendo, se acercó a ayudar en el parto. Su vecina retrocedía horrorizada, con las manos reteniendo un alarido y los ojos a punto de caer como dos

uvas maduras sobre la alfombra. Cuando el cráter húmedo y sangrante de estiércol acabó de dar a luz, Basilio sostuvo a la criatura entre sus brazos y, de una dentellada, cortó el cordón que aún le unía a la madre tierra. Al mismo tiempo llorando y sonriendo, se fue acercando hacia su vecina, quien cada vez estaba más próxima a la puerta. Cuando su espalda chocó contra la madera vieja, Basilio dijo:

—Ten, cariño, esta criatura es tuya y de los dos —tendiéndole el cuerpo ensangrentado y rechoncho del recién nacido.

En ese momento, la vecinita estalló en un rojo alarido de horror e incomprensión, y dando media vuelta, abrió la puerta y salió huyendo de allí.

Basilio se quedó solo y triste, sin entender el miedo repentino que le había entrado a su vecina. Agachó la cabeza y pensó que las alegrías duraban poco. De cualquier forma, acababa de tener un hijo con esa muchacha. Y aquello era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo. Si ella no quería cuidarlo, él lo haría solo.

Para demostrarse esa idea a sí mismo, Basilio lamió la sangre de la carita y del cuerpito del bebé.

Le gustaba porque era amargo. Le gustaba porque era amargo y porque era suyo.

IX. El día después. El descubrimiento. La receta.

A la mañana siguiente, Basilio despertó con una gran sonrisa en el rostro. Algo había cambiado dentro de él. Quizá fuera su recién adquirido instinto paternal. No obstante, el gesto tardó poco en torcérsele, pues en apenas un momento regresó aquel apestoso olor, atacando sin reservas sus fosas nasales. Arrugó la cara y contuvo una arcada. Se levantó y besó la maceta engendradora. Después abrió un cajón de su escritorio y allí descubrió a su hijo, pataleando entre todos los demás escritos que guardaba en su interior. Buscó con la mirada por la habitación y encontró una pinza para tender la ropa. La cogió y se la colocó en la nariz a su bebé. Después, recuperando la sonrisa, lo besó con ternura en la frente y cerró el cajón.

¿A quién le importaba, después de todo, que una panda de médicos e ingenieros de pacotilla le hubieran impedido para ejercer su trabajo? ¿Acaso era necesario ser inteligente para poder cuidar de una criaturita así? ¿Era acaso obligatorio tener cerebro para ser feliz?

Claro que no.

Basilio volvió a pasear la mirada por la habitación, después cogió de una estantería el bote de ambientador con olor a lavanda. Lo alejó de su cara y lo roció por toda la sala. No obstante, aquella fragancia dulzona no era más que un disfraz que apenas conseguía tapar hasta las rodillas ese otro putrefacto hedor. Por eso, Basilio pensó en preguntar a su vecinita. Quizá supiera de algún remedio casero que bien le hubiera podido enseñar su madre años atrás. Pero al cabo desechó la idea por considerar demasiado precipitado una charla, y menos aún sobre asuntos tan banales, cuando lo que en realidad debía hacer con ella era hablar de manera tranquila y sosegada, como personas adultas que eran —aunque no estaba seguro de que ella tuviera aún los dieciocho años—, y tratar el asunto del bebé con la madurez y la importancia que se merecía. Por eso se quedó donde estaba, sentado sobre la cama, y decidió

que más tarde llamaría a casa de sus padres. Hacía mucho tiempo que no hablaba con ellos, y quizá su propia madre le pudiera recomendar algo. No les comentaría nada de lo que le había sucedido en los últimos días, por supuesto. Ni lo de su examen, ni lo de la operación, ni mucho menos lo del bebé. Había cosas que era mejor ocultarles a los padres.

Sin embargo, en aquel momento, Basilio tuvo una certeza como pocas veces había tenido en su vida. Comenzó a olisquear como un perrillo, siguiendo el rastro del mal olor, y un rato después se veía agachado, levantando los faldones de las sábanas que caían sobre su cama aún sin hacer. Entre toda aquella oscuridad, un ramalazo de aire roto y pútrido le golpeó directamente en la nariz. Alargó la mano y esta se hundió en un tocho viscoso, amarillento y blanduzco, no demasiado grande, pero de una textura carnosa y recubierta de pliegues y volantes, cuya erosionada superficie apareció ante sus ojos penetrada con violencia por un lapicero azul. En efecto, no podía tratarse de otra cosa que no fuera un pedazo de cerebro extirpado, que había estado ahí durante todo este tiempo, debajo de su cama, pudriéndose, incluso antes de que se lo hubieran arrancado de la cabeza. El desgajado fragmento de su antigua lucidez estaba en penosas condiciones y apestaba. Los dedos de Basilio se hundían en su arquitectura agusanada, y el arma que lo había penetrado aparecía astillada e inservible, con el orificio de entrada negruzco y replegado sobre una especie de bolsa purulenta y gangrenada.

Aunque muy poca gente hubiera sabido qué hacer con aquella masa informe y pútrida, Basilio tuvo una idea genial. Puesto que en rigor acababa de ser padre, en aquel momento no podía ocurrírsele nada mejor que darle un hermanito a su primogénito. Así que se puso manos a la obra. Cogió el irreverente vademécum que contenía las posturas del Kamasutra y lo introdujo con cuidado por la vagina dilatada de abono orgánico y humus afrodisíaco que tenía como maceta sobre su escritorio. Después hizo lo mismo con su pedazo de cerebro, que hizo penetrar en toda su humedad, llevándose con él su mal olor y su herida. Por último, llenó la regadera y la descargó sobre el agujero y las faldas de la montañita, que aparecía ante sus ojos más hermosa y florida que nunca.

Basilio volvió a sentarse sobre su cama y suspiró satisfecho. Por

primera vez en su vida, se sentía pleno, con ganas de vivir. Y no estaba dispuesto a dejarse atropellar por nadie más. Ya no quería saber nada de médicos ni de ingenieros, de operaciones de mal gusto ni de exámenes absurdos. Por fin tenía su vida controlada, cocinándose a su gusto.

Al fin comprendía lo que era amar, amar a sus criaturas, y con eso le bastaría para seguir adelante. Ahora era padre, y en su recién instaurada alegría, pensaba en la maravilla que podría nacer de aquella otra receta que acababa de preparar. Basilio nunca había estado muy seguro de nada en su vida, pero esta vez sí estaba seguro de algo:

Estaba seguro de que a ninguno de los hijos de su mente les llegaría a faltar nunca el amor.

IGNACIO CID HERMOSO, escritor madrileño, ingeniero industrial y profesor nacido en el año 1985. Cultiva la novela y el relato en diversos géneros, especialmente el realismo mágico, la melancolía fosca, el surrealismo, el erotismo, la novela negra, el terror y el *thriller* emocional, pero siempre desde una óptica muy personal y un estilo inconfundible que se han ido convirtiendo con el tiempo en señas de identidad de su propia voz literaria.

Cuenta con diversas publicaciones a título individual: la antología recopilatoria de relatos «*Texturas del miedo*» con Saco de Huesos Ediciones dentro de su Colección A Sangre (diciembre de 2010); la novela «*El Osito Cochambre*» con Editorial 23 Escalones (marzo de 2012), finalista como mejor novela nacional en los Premios Nocte 2013; la novela negra «*Nudos de cereza*» con Editorial Punto en Boca (junio de 2014); la novela de terror «*Gespenst*» con Dolmen Editorial dentro de la Colección Stoker (febrero de 2015); el libro de relatos ilustrado por el artista argentino Javier Hernández, «*Grotesque*» dentro de la línea Maldoror de Dissident Tales Editorial (noviembre de 2015); y la nouvelle «*Anoche, mientras te observaba*» publicada por Editorial Base en su colección Narrativas Hispánicas (marzo de 2016). También en coautoría el libro de

relatos «*Girando en Simetría*» junto a Darío Vilas, José Luis Cantos y Rafa Rubio con Tyrannosaurus Books (abril de 2015).

Antes de dar el salto a la publicación profesional, resultó ganador del «IV Premio Liter de literatura de terror» (Huesca, 2009), del «II Certamen Monstruos de la Razón» (2009) en la categoría de terror, del «II Certamen El Caldero Mágico» (Herencia-Ciudad Real, 2009) y del «IV Certamen de microrrelato Teseo» (2010). También fue segundo premio en el «V Certamen Internacional Karma Sensual: para comerte mejor» (2009) y en el «I Certamen de relatos Todos los Santos» de H-Horror (2010); además de finalista en multitud de concursos literarios.

Tiene numerosos relatos publicados en antologías de certámenes, tales como *Calabazas en el Trastero* (Saco de Huesos Ediciones): «*Terror Oriental», «Bosques*» (ganador del Premio honorífico Nosferatu), «*Peste*» y «*Monstruos de cine»; «Ovelles Elèctriques*» en sus dos primeras ediciones; «*32 motivos para no dormir*». (Editorial Círculo Rojo); «*Antología Z v. 6: Todos los Santos*». (Dolmen Editorial); etc. También ha participado en antologías colaborativas de la altura de «*Fantasmagoria*». (Nowtilus-Tombooktu), «*PerVersiones: Cuentos Populares», «Versículos Prohibidos*» (23 Escalones), etc.

Autor invitado a prestigiosos festivales literarios nacionales como la Semana Negra de Gijón y los Celsius 232 de Avilés, así como a la Feria del Libro de Madrid. Hasta el día de hoy, ha completado cinco novelas, dos novelas cortas, un libro de relatos y más de setenta cuentos; además de múltiples microrrelatos, reseñas literarias y críticas cinematográficas publicadas en webs como Filmaffinity, OcioZero o Cultura Hache (antes de su desaparición).

Antiguo redactor de la revista pulp «*Los zombis no saben leer*» y exmiembro de Nocte (Asociación Española de Escritores de Terror). En la actualidad se encuentra trabajando en nuevos proyectos de índole individual y colectiva.

Notas

[1] En dialecto Ktolúa (valiente estirpe de indios americanos en vías de extinción), significa: guía, gurú, líder, jefe de un grupo o colectivo. N. del T. < <

[2] En dialecto Ktolúa quiere decir «hijo de Eka». Eka es conocida entre los moradores del desierto de Ktualpé como «la gran puta». Juntando ambos vocablos: «hijo de la gran puta». N. del T. < <

[3] Del dialecto Ktolúa: persona inteligente o de una sabiduría digna de la que aceptar consejo. N. del T. < <

[4] Del dialecto Ktolúa: amigo del alma, compañero espiritual más allá de las trabas de la carne y del hueso. N. del T. <<

[5] Aunque no procede del dialecto Ktolúa, diversos estudios afirman que tiene su raíz en una lengua madre ya extinguida, llamada Tlulú, y viene a significar «mundo virtual, nivel de existencia en un plano superior al plano material que todos compartimos». N. del T. <<

[6] Del dialecto Ktolúa: con poder, poderosos debido a su fortuna y al sometimiento que ejercen sobre el pueblo. N. del T. < <

[7] Deidad Ktolúa en forma de pájaro antropomorfo. Dios del aire y de las criaturas que lo habitan. N. del T. < <

[8] Del dialecto Ktolúa: «alalá» significa trasero, culo, cloaca. «Krickllae» significa grillo. La expresión vendría a decir: «oscuro como el culo de un grillo». N. del T. < <

[9] Se ha intentado descifrar el significado concreto de todas estas palabras, pero ha sido imposible, pues desconocemos la lengua de la que proceden. No obstante, algunos vocablos como «Ktulú» y «salalám» sí podemos asegurar que proceden del dialecto Ktolúa, y significan respectivamente: «Dios» y «morir». N. del T. < <

[10] Dock significa muelle en inglés. < <